DOC SAVAGE

por KENNETH ROBESON



MISTERIO SUBMARINO

Misterio submarino

Kenneth Robeson
Doc Savage/36

CAPÍTULO I

EL HOMBRE SIN LENGUA

EN el Sound de Long Island cerca de Nueva York, hay la playa de Paradise, que es una de las más frecuentadas durante el verano, porque ofrece excelentes oportunidades para practicar la natación.

La mayor parte de los que concurren a ella son ciudadanos de Manhattan que, después de luchar por la vida en la ciudad, durante toda la semana, van allá a tomar algún descanso.

La playa de Paradise es, además, muy poco ruidosa y tal es otra de las razones de que sea muy frecuentada.

En el primer sábado del mes de septiembre; sin embargo, la tranquilidad de la playa de Paradise vióse alterada con la mayor violencia.

El observador del cuerpo de Salvamento de Náufragos estaba sentado en lo mas alto de una torre situada en un lugar en que el agua era bastante profunda.

Aquél fue el primero en ver lo que ocurría. Había anochecido ya, puesto que dos horas antes se puso el sol.

Unos potentes reflectores brillaban en dirección al mar, situados en altos mástiles, y más allá de la torre del observador. La luz de aquellos proyectores le permitieron ver lo que ocurría en el agua.

—¡Se ahoga un hombre! —gritó, aunque cometiendo una equivocación.

Sin vacilar un instante se arrojó al agua, dando una zambullida y echó a nadar rápidamente hacia el Sound. Por allí nadaba un hombre que movía débilmente sus miembros.

EL observador se figuró que sería un bañista imprudente, pero, al llegar a su lado, pudo darse cuenta de que aquel individuo iba vestido de pies a cabeza, excepción hecha de que no llevaba zapatos

ni chaqueta.

Llegó una ola hasta los dos hombres; no era muy grande, porque, en aquel lugar no son considerables durante el buen tiempo.

Si embargo, sumergió al individuo que nadaba vestido y transcurrieron unos momentos antes de que se asomara, jadeante y más débil que antes.

El observador tendió una mano para sostenerlo y, al mismo tiempo, miró hacia el Sound, deseoso de averiguar de dónde había salido aquel hombre.

Y se figuró que había estado navegando en un bote y que éste había zozobrado.

—¿Estaba usted sólo? —le preguntó—. ¿Sabe usted si hay alguien más que necesite auxilio?

—¡Cállese! —contestó el nadador—. Lléveme a tierra o suélteme para que pueda seguir nadando.

Un ligero esquife, que impulsaba a remo otro individuo del Salvamento de Náufragos, llegó en aquel momento y tomó a bordo a los dos hombres que estaban en el agua.

Luego empuñó los remos y avanzó hacia tierra El hombre que acababan de salvar se puso en pie, deseoso, al parecer, de abandonar el bote como si tuviera gran prisa.

Sus salvadores lo detuvieron, pues ya sabían, por experiencia, que los que han estado a punto de ahogarse, se dejan dominar, a veces, por el histerismo y apenas saben lo que hacen.

—¡Suéltenme! —gritó el hombre a quien acababan de salvar.

—No podemos dejarle en libertad hasta que el doctor lo haya examinado —dijo uno de sus salvadores.

Entonces el salvado obró de un modo traicionero. Agarró un remo, deseoso de dejarlo caer sobre las cabezas de sus salvadores, para dejarlos sin sentido.

Por extraño que parezca, lo consiguió, y como ya estaba casi en contacto con la arena de la playa, saltó a tierra, y se alejó, acompañado, por el ruido que hacía su mojado traje.

En la playa había una multitud bastante considerable, pero el salvamento se llevó a cabo con tanta discreción que muy pocos se dieron cuenta de lo ocurrido.

Algunos se adelantaron cautelosamente para enterarse mejor.

Pero echaron a correr, gritando, en cuanto se dieron cuenta de lo que acababa de ocurrir.

En el primer momento, nadie hizo la menor tentativa para aprehender al fugitivo. Los habitantes de Nueva York conocen muy bien la conveniencia de no meterse en lo que no les importa.

Sin embargo, dos optimistas se dispusieran a interceptar el camino de aquel hombre. Uno de ellos, que era hombre grueso, recibió en el estómago un golpe con la punta del remo y el otro un buen palo en la cabeza.

El fugitivo llegó a una fila de casetas y se metió por entre ellas.

En aquel momento, tal vez muy pocas personas se habían dado cuenta de la presencia de una lancha, a motor, que apareció en la región iluminada por los proyectores. Aquella embarcación llevaba a varios hombres.

Impulsada por un poderoso motor, se acercó a la playa y sus ocupantes, a excepción de uno de ellos, saltaron a tierra.

El que quedó a bordo se apresuró a alejarse de la playa y, en breve, perdióse en la oscuridad.

En la playa reinó muy pronto mayor excitación. Los que acababan de desembarcar de la lancha a motor iban enmascarados y, además, llevaban revólveres.

Aquellos individuos echaron a correr tras el fugitivo. De momento nadie les interceptó el paso, porque, los que se hallaban en la playa, no estaban armados.

De pronto, uno de los policías destacados en la playa, se acercó corriendo.

Gritaba y empuñaba el revolver. Inmediatamente se oyó un tiroteo.

El agente de policía no tardó en comprender que su salario no le cubría suficientemente el riesgo de recibir un balazo y, del modo más ignominioso, se apresuró a buscar refugio.

Los que se hallaban en la playa se apresuraron a penetrar en las casetas de baño y en los pabellones que había por allí y, en breve, funcionaron unos cuantos teléfonos, pidiendo auxilio a la policía.

Lo cual, desde luego, no sirvió para nada.

El fugitivo, entonces, se dio cuenta da que sus perseguidores estaban ya muy cerca.

Más allá de la playa había un espacio destinado a los

automóviles de los bañistas, y el fugitivo se metió entre los vehículos, tal vez en busca de uno de ellos que no tuviese la portezuela cerrada con llave.

En el extremo de la fila de automóviles empezó a funcionar un motor.

Su chófer, que no se había dado cuenta de lo que ocurría, decidió emprender la marcha. El fugitivo se dirigió a toda prisa hacia aquel automóvil.

Pero sus perseguidores adivinaron esa tentativa. AL oír que el automóvil se ponía en marcha, se imaginaron lo que haría aquel individuo y procuraron interceptarle el paso.

Lo consiguieron y, en silencio, se apoderaron del hombre que corría.

Este se hallaba ya exhausto y por esta razón sus enemigos no tuvieron ninguna dificultad en alcanzarlo.

Le derribaron a golpes y lo dejaron sin sentido, del mismo modo como él hiciera con los dos individuos que lo habían salvado.

Media hora después la víctima recobró el sentido. Miró a sus aprehensores, aun enmascarados, a los que podía ver a la luz de una lámpara de bolsillo y luego se fijó en un espeso matorral que estaba al otro lado, pero a distancia demasiado grande.

—Debería estar muerto —dijo cruelmente uno de sus aprehensores—. Ese individuo tiene más vida que un gato.

El preso no dijo nada; trató de moverse pero no lo consiguió, porque lo retenían con la mayor fuerza.

—De todos modos no tardará en morir —observó otro de aquellos hombres.

—¡Soltadme! —gruñó el preso—. Os habéis equivocado.

—Eso es lo que te figuras —replicó uno de los enmascarados—. Nos has estropeado el buque, dejándolo de modo que se hunda en pocas horas.

—No he sido yo —replicó la víctima.

—¡Pero, hombre! ¡Si te hemos sorprendido con las manos en la masa! —replicó otro.

—No sé una palabra de Taz, ni de todo lo demás —exclamó el preso, con acento quejumbroso—. Os equivocáis con respecto a mí. ¡Oh, sí! Podéis estar seguros.

—Bueno, el caso es que te hemos cogido —exclamó uno,

echándose a reír.

Oyéronse otras carcajadas de siniestro acento.

—Te llamas Verne, ¿verdad? —preguntó uno de los enmascarados—. "Veinte Mil Leguas" Verne. Así te llaman, ¿verdad?

EL preso, con la mayor vehemencia, contestó en sentido negativo.

—¡Oh, sí! Eres el mismo —exclamó uno de los enmascarados—. Y "Diamond" Eve Post te pagaba un sueldo por tus servicios.

—¿"Diamond" Eve Post? —exclamó el preso—. No sé quién es.

Fingía la mayor extrañeza y sinceridad, pero no era buen actor.

—Mira, no mientas —replicó otro—. Sabemos que estabas a sueldo de esta muchacha.

—No —insistió el preso.

—Te envió a bordo para abrir las llaves de la cala, en tanto que toda la tripulación estaba en tierra. Pero tú lo hiciste mejor aún, metiendo a bordo un barril de ácido.

—Que derramaste en la cala —añadió otro.

—El maldito líquido corroyó las planchas metálicas y ahora el fondo del barco parece una criba.

—Eso es un error —insistió el cautivo.

—Hemos encontrado el barril vacío que contuvo el ácido —le dijeron—. Estaba forrado interiormente de vidrio. Y era el mismo que, según aseguraste, contenía tu provisión particular de licor.

El prisionero miró asustado a sus enemigos.

Era un hombre pequeño, de corta estatura, pero, sin embargo, tenía unos miembros relativamente largos, que le daban extraño aspecto.

En la coronilla tenía una pequeña calva redonda. Su traje era burdo, sus pantalones estaban provistos de grandes botones, a la moda de los marineros.

Pero lo más notable, de aquel individuo era su piel, cruzada de venitas rojizas, que le daban un aspecto desagradable.

—Si no me soltáis, voy a morir —exclamó en tono quejumbroso —. Después de lo que me habéis hecho...

—¡Cállate! —exclamó uno de los enmascarados, dándole un puntapié—. Lo mejor será meterle un cuchillo por entre las costillas.

—No —objetó otro—. Hemos de hacer algo que dé a esa "Diamond" Eve motivos de preocupación. Ya hemos cogido a ese

hombre, pero parece ser más duro de lo que nos figuramos.

—Ya está listo —observó otro—. Tal vez tardará un poco, pero acabará por morir.

—¿Y si consigue llegar a un hospital? —preguntó el que acababa de aconsejar la cuchillada—. En Manhattan hay hospitales capaces de curarlo.

Aquellas palabras obligaron a todos a reflexionar. De pronto, uno de ellos sacó un frasco del bolsillo. Lo agitó y dijo:

—Aquí hay un poco de ácido qué contenía el barril. Yo lo guardaba para enseñarlo al jefe. Pero acaba de ocurrírseme una idea.

Se arrodilló al lado del preso; le metió en la boca el cañón de un revólver, destapó la botella y arrojó un chorro de líquido a la boca del cautivo.

EL resultado fue espantoso. EL desdichado profirió unos gritos horribles y, al fin, sus enemigos le arrojaron una chaqueta, para taparle la cabeza.

Pero unos momentos después la retiraron. La boca, los labios y la parte inferior del rostro del desdichado, aparecían quemados de un modo espantoso.

Y eran dignos de lástima sus gemidos y las voces de dolor que profería.

—Es un ácido poderoso —observó el hombre de la botella—, capaz de comerse la cadena de un áncora.

—¿Ya hemos pensado en sus manos? —preguntó otro—. Podría escribir, solicitando que lo metan en un hospital.

—Ya arreglaré eso —contestó el hombre de la botella.

Desenvainó un cuchillo de marinero e hizo buen uso de él.

—El crimen que has cometido contra nuestro buque nos pone casi en la posibilidad de perder todo lo relacionado con Taz —gruñó —. Ahí tienes la recompensa, y creo que eso será una lección para "Diamond" Eve.

Soltó a su víctima, que se puso en pie, tambaleándose y profiriendo unas voces inexpresivas y raras.

El dolor que sentía en su quemada boca era tan grande que ni siquiera se fijó en la sangre que le salía de las muñecas. Y echó a correr lo mejor que pudo.

Sus manos eran ya inútiles, porque le habían cortado todos los

ligamentos.

Sus enemigos profirieron un grito de amenaza, pero tal vez él no lo oyó.

—Di a esa dama, si puedes, que aun le espera algo peor si sigue conduciéndose como lo hace —aconsejó uno de los que gritaban.

El desdichado corría tambaleándose de tal modo, que un hombre al paso normal lo habría alcanzado. Salió al fin de entre la maleza y se vió en un prado, más allá del cual había una plataforma.

Los ojos llenos de lágrimas de la víctima no le permitieron ver de momento que aquello era la estructura terminal del ferrocarril elevado.

Pero al fin echó a correr hacia ella.

Aguardaba allí una multitud de gente que esperaba el tren para regresar a la ciudad. En cuanto apareció el desdichado se oyeron numerosos gritos de horror y una mujer se desmayó.

Pero nadie lo tocó ni le ofreció el menor auxilio, quizá a causa de su horrible aspecto.

El suelo quedó cubierto de sangre y algunos individuos siguieron al desdichado, aunque sin acercarse a él.

Volvióse el herido hacia ellos, profirió una voz horrible, pero no pudo darse a entender.

Otros gritaban llamando a los policías y pidiendo una ambulancia. Una mujer daba fuertes voces, diciendo que andaba suelto un loco que se había herido a sí mismo.

El mutilado parecía estar sumido en la desesperación. Miraba a un lado y a otro con sus doloridos ojos y, en aquel momento, el Destino se presentó a él.

Gracias a una serie de circunstancias el desdichado pudo ver un cartelón y se acercó a él para, examinarlo mejor. Era un poste anunciador del ferrocarril, contratado por un magazine popular.

Nada le importaba el título al desdichado, pero concentró la atención en las palabras titulares, que decían:

LA ASOMBROSA AVENTURA DE DOC SAVAGE
ASOMBROSOS DETALLES EN EL PROXIMO NUMERO ACERCA DEL HOMBRE MISTERIOSO EN LA AVENTURA DE ESTE MES

Estas palabras sugirieron algo al mutilado. Y como en aquel momento había llegado un tren subió a él.

El convoy echó a correr y la víctima se guareció en el rincón de

un vagón, rechazando a todos los que le ofrecían su ayuda.

CAPÍTULO II

EL MUDO Y EL MUERTO

DETRÁS de una de las puertas del piso ochenta y seis de un rascacielos de Nueva York, había entonces una discusión. En la puerta se veía una placa que decía:

CLARK SAVAGE Jr.

Una de las voces parecía pertenecer a un niño. La otra era muy suave bien modulada, como de quien estaba acostumbrado a hablar en publico.

—Estás loco, Ham —afirmaba la voz infantil—. Los llevan así para que les resulte fácil ponérselos y quitárselos.

—Mira, Monk, eres un cabezota y un antropoide. Has de saber —replicó la otra voz—, que los llevan así porque resultan más elegantes. No hay otra razón.

Aquellos dos individuos continuaban defendiendo sus respectivos puntos de vista, pero, de pronto, interrumpieron la discusión.

Eran tan diferentes entre sí como sus propias voces. EL que hablaba con acento parecido al de un niño, a la débil luz de la sala, podría haber sido confundido fácilmente con un gorila de ciento veinticinco kilos.

Prácticamente no tenía frente y su rostro feo resultaba, sin embargo, agradable gracias a su boca grande y sonriente.

En cuanto a los brazos, muy largos, de modo que las manos velludas le llegaban casi a la rodilla, le daban aún más aspecto simiesco.

Era el teniente coronel Andrew Blodgett Mayfair.

El otro era un individuo de estrechas caderas que vestía un traje de última moda, muy elegante. Su rostro, muy regular, tenía la

frente alta, los ojos agudos y la boca móvil, propia de un orador.

Empuñaba un delgado bastón negro, que había agitado al acentuar sus argumentos. Era el brigadier general Teodoro Marley Brooks.

—Estás equivocado, tonto —exclamó Monk, continuando la discusión—, para poder quitárselos fácilmente, si alguna vez caen por la borda.

Ham apuntó con su bastón al rostro de Monk.

—Tienes una sesera propia de un niño —gritó.— El hecho de que estén cortados así, carece de significado.

En silencio, entró en la sala un hombre corpulento que parecía de bronce.

—¿Qué demonio estáis discutiendo? —preguntó.

Monk y Ham dieron un salto, como si, de pronto, hubiesen sumergido los pies en agua fría.

—¡Doc Savage! —gritó Ham.

—¡Caray, Doc, nos has asustado! —dijo Monk.

—¿Qué discutíais? —les preguntó Doc Savage.

—Acerca de los pantalones de los marineros —replicó Monk—. Aun el más tonto sabe que son muy anchos por el extremo inferior, para que los marineros puedan quitárselos y ponérselos fácilmente, en un caso de apuro, pero este tonto de Ham…

—A ese capricho de la naturaleza —replicó Ham, apuntando con su bastón—, no hay más que verle para darse cuenta de que su cabeza no puede contener una sola célula de cerebro. Ahora bien. Los pantalones de los marineros…

En el corredor se oyó el ruido de la puerta del ascensor. Sonaron luego unos pasos y un hombre se acercó, tambaleándose, a la puerta.

Monk se quedó contemplando aquella aparición espantosa y abrió la boca.

Quiso decir algo, pero las palabras no se asomaron a sus labios. Ante ellos se hallaba el hombre mutilado.

Si es posible, aun ofrecía un aspecto más espantoso que cuando asustó a la multitud de los pasajeros que esperaban el tren.

Ya la sangre no manaba de sus muñecas, pero, en cambio, tenía la boca teñida de rojo y a cada una de sus débiles aspiraciones, proyectaba un pequeño chorro de gotas de saliva.

Quiso hablar, pero sólo consiguió proferir algunas voces inarticuladas.

—¿Qué pasa? —le preguntó Monk.

La víctima se tambaleó y, al fin, se cayó a gatas al suelo, pero como sus mutiladas manos no lo sostuvieran, se cayó al fin, tendido.

Mientras los otros se dirigían a él, hizo un esfuerzo poderoso y consiguió ponerse nuevamente en pie. Tosió y profirió otras voces inarticuladas, en su evidente esfuerzo para hablar.

Pero luego, dándose cuenta de que no podía, se dirigió con pasos vacilantes hacia la mesa escritorio. En ella había unos tinteros y algunas plumas.

Los empujó con el codo y los hizo caer al suelo, de modo que la lujosa alfombra quedó manchada de negro y de rojo.

—¡Lástima! —exclamó Monk—. El kediveh de Egipto regaló esta alfombra a Doc.

El mutilado pareció no hacer caso de estas palabras. Humedeció el dedo pulgar de un pie en la tinta y empezó a trazar líneas sobre la alfombra.

Era un trabajo lento, porque, naturalmente, aquel hombre no tenía habilidad en utilizar sus pies con semejante objeto.

Pero era evidente que se esforzaba en trazar un mensaje.

Doc Savage atravesó el recibimiento y luego una puerta que daba a una biblioteca, habitación muy espaciosa, llena hasta rebosar de libros científicos, no igualada por ninguna otra. Después de cruzar la biblioteca, el hombre de bronce entró en un taller laboratorio.

Tomó una lata de pintura que usaba para pintar los aparatos extraordinarios que con tanta frecuencia construía.

Tomó igualmente un pincel y un rollo de alambre, con objeto de atar el pincel a uno de los pies del mutilado. Y, con todo ello, regresó al recibimiento.

Durante su ausencia había ocurrido algo espantoso a su visitante, pues lo vio retorcido sobre el suelo.

Monk, que estaba acurrucado al lado de aquel individuo, levantó la mirada.

—No sé lo qué le pasa, Doc —dijo—. Ese pobre hombre ha tenido una especie de convulsión o un ataque.

Doc Savage se inclinó sobre aquel individuo, lo examinó y luego,

dirigiéndose a Monk, ordenó:

—Mi caja de instrumentos.

Monk entró en el laboratorio y volvió a los pocos segundos con lo pedido.

Doc Savage había estudiado muchas cosas, pero quizá sobresalía más que en ninguna en la cirugía. Hizo un rápido diagnóstico y añadió:

—Tú quédate aquí, Monk —y señalando las extrañas líneas que aquel desdichado había trazado en la alfombra, añadió:— Fíjate bien en eso y procura descifrar su significado.

Monk, a quien le desagradaba verse alejado de los sucesos interesantes, exclamó:

—¡Pero, Doc! ¿Qué…?

—Sólo hay una cosa capaz de salvar a este hombre —contestó Doc Savage—. Y la tenemos en nuestro almacén del muelle. Voy a llevarlo allá.

Cogió en sus brazos al desconocido y luego se dirigió a Ham.

—Trata de averiguar de dónde procede este hombre.

Tanto Monk como Ham se aplicaron a sus respectivas tareas.

Poco tiempo necesitó Doc para llegar con su carga a lo que parecía ser un almacén desocupado, junto a los muelles del río Hudson, pero aquel almacén era, en realidad, una combinación de hangar y cobertizo para las embarcaciones.

Doc llevó a la víctima hacia un aparato que parecía un gran tanque de acero provisto de una portezuela en el extremo y de numerosas válvulas y llaves en el exterior.

Cualquier buzo profesional habría reconocido en aquel aparato una cámara de presión.

En cuanto los buzos salen del agua son metidos en una cámara de ese tipo, para disminuir gradualmente la terrible presión que han sufrido en sus descensos en el mar, con objeto de impedir las terribles burbujas de aire en su corriente sanguínea.

Doc Savage no llegó a abrir la portezuela de la cámara de presión, porque el pobre hombre que había llevado hasta allá, había muerto.

Doc Savage empezó a trabajar frenéticamente sobre el cuerpo de aquel desdichado, en su deseo de despertar en él una chispa vital.

Luego lo metió en la cámara de presión, pero todos sus esfuerzos

fueron vanos.

La víctima se había visto sujeta a una presión terrible y nadie cuidó de hacerla disminuir.

Resulta de ello la formación de unas burbujas de nitrógeno en su corriente sanguínea: pero, sin embargo, con ser algo mortal, no fue la causa de su fin.

Con toda evidencia, había muerto a consecuencia de las quemaduras que recibió en la boca y en el esófago y, probablemente, también a que se había desangrado en gran parte por las heridas de las muñecas.

Doc Savage registró la ropa del cadáver y examinó luego este último.

Cualquier observador poco experimentado hubiese jurado tal vez que allí no había nada digno de llamar la atención.

En la vuelta de los pantalones, aun mojados, encontró algunos granos de arena y Doc los examinó con una potente lupa de bolsillo.

—Orilla norte del Sound de Long Island —murmuró para sí.

Eso no habría asombrado a un geólogo inteligente, porque las arenas de distintas localidades tienen a veces tanta personalidad como las huellas dactilares.

En la camisa del muerto y en el hombro izquierdo, había una mancha rojiza, que el agua no hizo desaparecer del todo. Doc añadió unos lentes a su lupa, de construcción especial, para aumentar su capacidad de ampliación, y examinó la mancha.

—Pintura al cobre de la cala de un barco —dijo al fin.

Luego tomó un recipiente metálico limpio y, no sin alguna dificultad, consiguió hacer caer algunas gotas de agua de la ropa de aquel sujeto.

El interior de aquel edificio era enorme. Sus paredes eran muy gruesas y el tejado tan sólido que, prácticamente, estaba hecho a prueba de bomba.

En aquel lugar se guardaba un surtido muy numeroso y variado de vehículo para cruzar el aire, el agua y también para navegar por debajo de su superficie.

Había varios aviones, desde el aparato de gran velocidad hasta el pequeño autogiro. Un dirigible, de modelo extraordinario: algunos botes muy rápidos y, a un lado, en una especie de dique seco, se veía un pequeño submarino.

Doc Savage abrió un cajón y sacó una caja metálica que abrió, dejando al descubierto un numeroso y bien elegido número de sustancias químicas.

Pertenecía a Monk, que solía llevarlo consigo en sus expediciones.

Con habilidad, hija de largos estudios, Doc Savage analizó aquella muestra de agua. La operación no era fácil, pero tampoco imposible.

El agua de las vecindades de Manhattan contiene cierta cantidad y determinado tipo de materias extrañas que disminuyen gradualmente, a medida que el agua se aleja de la metrópoli.

Poco después Doc Savage pudo averiguar, aproximadamente, el lugar de que procedía aquel agua.

—Las cercanías de la playa Paradise —murmuró.

Tal era el resumen de lo que podía averiguar. El hombre de bronce dejó el cadáver dentro de la cámara de compresión y cerró la portezuela.

Poco después se hallaba de regreso en el laboratorio del rascacielos. Prestó oído y no pudo percibir nada en absoluto. Llamó a Monk y a Ham, pero no obtuvo respuesta.

El hombre de bronce atravesó el laboratorio y la biblioteca y se detuvo en el umbral de la antesala.

Permaneció allí inmóvil y profirió, por un momento, aquel ruidito particular que figuraba, entre sus más extrañas características.

Aquella nota, vaga y fantástica, era indefinible, como los caprichos del viento que sopla en una selva de árboles desprovistos de hojas y aumentaba y decrecía en intensidad.

Tal vez él mismo no se daba cuenta de lo que hacía y aquel ruido extraño solamente lo dejaba oír en los momentos de intensa excitación mental.

Monk yacía en el suelo de la antecámara, con brazos y piernas extendidos.

Y en su cuerpo simiesco parecía advertirse la inmovilidad de la muerte.

CAPÍTULO III

"DIAMOND" EVE

HABÍA desaparecido también una buena parte de la alfombra. Alguien había cortado un gran trozo de ella con un afilado cuchillo.

El corte era más o menos circular. El fragmento que faltaba contenía las extrañas señales que el mutilado trazó en él con el pie.

Doc abrió una puerta y, cuando iba a atravesarla, vió a un individuo extendido sobre el brillante suelo del corredor. Estaba sin sentido y, al parecer, había recibido un golpe en la cabeza.

Era el elegante Ham, que se cayó con su bastón negro de aspecto inofensivo.

Doc Savage llevó a su compañero al recibimiento.

Después de examinarlo, vió que Monk estaba desmayado por haber recibido un golpe en la cabeza. Doc Savage se dedicó a auxiliar a sus dos compañeros.

Monk, que era el más vigoroso de los dos, fue el primero en abrir los ojos.

Y, con la mente confusa, empezó a decir:

—Eres un tonto, Ham. Los pantalones de los marineros...

Se interrumpió, sentándose de repente y parpadeó. Luego, con voz ya normal, exclamó:

—¡Caray! Siento un ruido extraordinario.

—¿Qué ha sucedido?

—Ese tiene la culpa —contestó Monk apuntando un enorme pulgar a Ham—. Dejó entrar a una mujer y a un individuo que la acompañaba. Y los dos...

—¡Mentira! —replicó Ham sin abrir los ojos—. ¡Ha sido culpa de Monk, que tenía la obligación de vigilar!

—¡Pero tú los hicistes entrar! —chilló Monk.

—Ellos, inmediatamente, me dejaron sin sentido —añadió Ham —. Los encontré en el vestíbulo, mientras me esforzaba en seguir la pista de aquel hombre de la boca quemada. Dijéronme que podían dar detalles interesantes, y los hice entrar.

—Fue la mujer —gruñó Monk—. Llevaba dos revólveres. Y con uno de ellos me amenazó atravesar la comida que hice este mediodía. Y me golpeó con el otro por detrás de la oreja, de modo que yo perdí todo interés por lo que me rodeaba.

—A mí me hicieron levantar las manos —contestó Ham.

—¿Qué sabéis de ellos? —preguntó Doc Savage, señalándoles la alfombra cortada.

Ham arrugó la frente, en busca de una explicación que, al mismo tiempo, fuese una disculpa.

—La muchacha era muy guapa —exclamó Monk—. Y estoy seguro de que Ham le dio cuenta de todo lo sucedido.

—¡Cállate, mico! —exclamó Ham—. Ella dijo que el hombre de la boca quemada era su hermano y deseaba averiguar qué había sido de él. Lloraba, y me dio tanta lástima...

—Que se lo dijiste todo —terminó Monk en tono irónico.

—¡Sí, señor! —gritó Ham colérico—. Y tú habrías hecho igual, antropoide. Era tan bonita y estaba tan apenada...

—Veo que sabes tanto de mujeres como de pantalones de marinero —replicó Monk.

Ham se quedó mirando a su compañero, como si lo animaran terribles intenciones contra él.

—He cometido un error —confesó de mala gana—. Esos dos me engañaron para entrar aquí y luego me dejaron sin sentido. Hecho esto, cortaron y se llevaron una parte de la alfombra, para que no tuviésemos la posibilidad de averiguar lo que aquel desdichado quiso indicarnos con sus raros dibujos.

—Eso demuestra —observó Monk—, que el mensaje era muy importante. Ha desaparecido ya. Y, sin embargo me parece que las noticias que contenía debían de ser muy interesantes. Tú, desde luego, no habrías sido capaz de descifrar el jeroglífico.

—Ya veremos esto —exclamó Doc Savage.

El hombre de bronce agarró una mesa maciza para arrastrarla hasta el centro de la sala y se subió encima del mueble, para llegar hasta el techo.

Estaba decorado al estilo moderno y contenía triángulos y discos de metal brillante y de vidrios de color.

Bajo las manipulaciones de Doc, se separó una placa de vidrio y apareció debajo una cámara cinematográfica, encajada en el techo.

—Poco tardaremos en revelar esta cinta —dijo, mientras sacaba el chasis para llevarlo al almacén.

Después de haber estado trabajando unos minutos, Doc llamó a Ham.

—Telefonea a la playa Paradise, en el Sound de Long Island, para ver si puedes averiguar algo acerca del extraño visitante.

Ham se tragó dos píldoras contra el dolor de cabeza y llamó por teléfono.

—Este individuo apareció en la playa Paradise —dijo al terminar —. Llegó a nado desde el Sound, dejó sin sentido a dos individuos del Salvamento de Náufragos y luego huyó. Poco después, una lancha a motor desembarcó un grupo de hombres enmascarados, que empezó a perseguirlo. En Paradise nadie sabía más acerca del particular.

Doc Savage empleaba un proceso de revelado rápido inventado por él, para las películas cinematográficas, que daban pruebas de tamaño muy pequeño.

Cesó el ruidito del aparato que arrollaba la película para hacerla pasar por el baño revelador.

Hizo pasar esta película a un carrete y luego la llevó a un proyector.

—¿Cuándo pusiste en funcionamiento la cámara cinematográfica? —preguntó Monk, curioso.

—Antes de salir para llevarme a este desdichado a la cámara de compresión —replicó Doc—. Como ya sabes, el botón de puesta en marcha está, dentro de la librería.

La cinta pasaba por delante del proyector.

—¡Aquí está! —exclamó Monk—. Caramba,, aquí tenemos una buena reproducción de los dibujos de la alfombra.

—Haremos pasar el resto de la cinta —dijo Doc Savage— Será interesante ver nuevamente a esa joven.

Ocurrieron las cosas tal como habían dicho Monk y Ham. La película mostraba al primero en el momento de contemplar la inscripción en la alfombra y rascarse la cabeza. Luego se abría la

puerta y entraba Ham, seguido de cerca por una muchacha rubia.

—¡Qué bonita es! —murmuró Monk.

La muchacha parecía contar unos veinte años, era, rubia y muy guapa.

Vestía con la mayor elegancia y sencillez. Pero, sobre todo, los tres espectadores se fijaron en las joyas que llevaba. En los dedos, en la garganta y en las muñecas, resplandecían numerosos y grandes diamantes.

—Esa mujer lleva una fortuna consigo —observó Ham.

—Fíjate en el gorila que la acompaña —gruñó Monk.

Este llamó gorila al compañero de la muchacha, simplemente por envidia, pues, en realidad, era un individuo alto, fuerte y nada feo.

Su rostro estaba curtido por la intemperie. Tenía el cabello descolorido por el sol, y ondulado. Vestía chaqueta y pantalones azules.

—¡Mira! —exclamó Monk, fijándose en los pantalones—. Son anchos por abajo.

Iba ya a iniciarse nuevamente la discusión de aquel tema, cuando la interrumpió Doc Savage.

—Ahora conectaremos el aparato reproductor del sonido al proyector, porque puede ser muy interesante lo que han dicho.

Pronto estuvieron hechas las necesarias conexiones. El altavoz empezó a zumbar y se oyeron muy bien los golpes que habían derribado a Monk y a Ham. El primero profirió un gruñido y Ham se divirtió mucho al oírlo.

Pero guardó silencio al notar que la joven empezaba a hablar.

—¡Deprisa, Seaworthy! No nos entretengamos descifrando este mensaje. Vale más llevarnos el pedazo de alfombra. Córtalo.

Su voz era de un timbre muy agradable. El hombre que la acompañaba contempló la alfombra, y dijo:

—¿Qué demonios habrá querido indicar Verne? ¿No lo adivinas?

La joven fijó los ojos en la alfombra, estudiando las señales que había en ella.

—¡Oh! —exclamó—. Eso habría puesto a Doc Savage sobre la pista. Sabría todo lo relativo a Taz. Es preciso llevarnos eso. Córtalo.

Seaworthy sacó un cuchillo y empezó a trabajar.

La joven, durante la operación, permaneció a un lado y era evidente que estaba muy emocionada. Y, en determinado momento, profirió una exclamación parecida a un sollozo.

—¡Pobre Verne! —dijo en voz baja—. Sin duda lo han cogido. Me gustaría saber si pudo derramar el ácido en la cala de su barco.

—Si lo ha hecho, no hay duda que naufragara aquel cascarón de nuez —gruñó Seaworthy—. Eso les impedirá llegar a Taz antes que nosotros.

—No sé si vale la pena —contestó ella, encogiéndose de hombros—. Eso equivale a muchos millones y a algo más precioso todavía que el dinero. Pero, ¿vale la pena llevar a cabo todo eso? Muchas veces me pregunto por qué no se ha abolido ya el dinero. No sirve más que para originar molestias y desgracias sin cuento.

—Sí no hubiese dinero existiría otra cosa por la cual también lucharía la gente —contestó Seaworthy, que parecía, algo filósofo.

Luego de haber cortado el pedazo de alfombra, lo arrolló, se puso el lío debajo del brazo y miró a su compañera.

—¿Por qué no quieres que Doc Savage intervenga en eso? —preguntó—. Tal vez pudiéramos llegar a un trato con él.

Ella golpeó el suelo con un pie y, con la mayor franqueza, dijo:

—Soy codiciosa. Quiero hacerme dueña del dinero y del poder que puedo obtener en Taz. Si Doc Savage interviniese en el asunto, tal vez yo no lograse ni una cosa ni otra, porque él sería capaz de ponerlo todo a disposición del mundo entero.

Entonces los dos emprendieron la marcha. La película cinematográfica siguió registrando lo que sucedió después, pero ya carecía de interés, porque en la habitación no hubo el más pequeño movimiento.

—Ya no habrá nada más —observó Monk.

—Poco cuesta pasarla hasta el final —replicó Doc Savage.

Cosa de un minuto después, Monk, muy excitado, exclamó:

—¡Mirad eso!

Eso era la figura de un hombre que, de un modo furtivo, había penetrado en la antecámara.

Aquel sujeto participaba de todas las características del arco iris. Llevaba unos pantalones de color de ciruela. La chaqueta era de color rojo fuerte con cuadros azules.

La camisa era amarilla y la corbata a cuadros blancos y verdes.

Llevaba un pañuelo de color limón, un sombrero verde y unos zapatos brillantes y amarillos.

La imagen de aquella aparición fue proyectada con todos sus brillantes colores, porque Doc Savage había cesado ya de utilizar los negativos ordinarios en blanco y negro en sus fotografías.

El hombre arco iris se asomó furtivamente y miró a su alrededor en la estancia. Luego penetró en la biblioteca y se perdió de vista.

Volvió al poco rato y se quedó mirando al suelo, fijándose en la parte de alfombra que habían cortado. Luego se acercó a Monk y le dio un puntapié.

Hizo lo mismo con Ham y cualquiera hubiese podido creer que deseaba despertarlos creyendo, tal vez, que estaban dormidos.

—Ya me extrañaba a mí tener tan doloridas las costillas —gruñó Monk.

El altavoz empezó a hablar. Aquel hombre, vestido de un modo tan extraordinario, no había pronunciado una palabra, pues sus labios no llegaron a moverse.

—¿Ha encontrado usted algo, capitán Flamenco? —preguntó la voz.

—Nada —contestó el interpelado.

—El flamenco —observó Ham, en voz baja—, es un ave de brillantes colores, de modo que el nombre conviene magníficamente a ese sujeto.

El capitán Flamenco habló de nuevo.

—Quisiera saber lo que ha sucedido aquí —dijo—. ¿Qué tempestad habrá dejado sin sentido a ese par de tontos?

Se acercó a Ham y le dio otro puntapié.

Al verlo Ham dio un respingo, como si de nuevo sintiera aquel golpe y dijo:

—Protesto enérgicamente contra ese trato.

La voz procedente del corredor llamó de nuevo al capitán Flamenco, diciendo:

—Bueno, ¿qué vamos a hacer ahora?

—Lo cierto es que no vamos a fondear aquí —contestó el capitán Flamenco—. Veremos si al otro lado de la calle encontramos una ensenada desde la cual podamos vigilar este pequeño puerto.

Y se alejó, con el paso oscilante de un marinero.

La película se proyectó hasta el final sin mostrar ninguna otra

cosa de interés.

Doc interrumpió el mecanismo del proyector, hizo pasar la película en sentido contrario, hasta que apareció una de las mejores fotografías de las señales hechas con tinta en la alfombra.

Entonces interrumpió de nuevo el paso de la película.

—Sería muy interesante tener una ampliación de eso —dijo.

Inmediatamente emprendió aquel trabajo de hacer una ampliación. Mientras tanto Monk, dando un ronquido, dirigió el índice hacia la calle y dijo:

—Ya has oído lo que dijo ese capitán vestido de loro, Doc. El y su compañero estaban dispuestos a quedarse de guardia. ¿No sería conveniente sorprenderlos?

—Esa es una de las pocas ideas aceptables que Monk ha tenido en su vida —observó Ham—. Si lográsemos coger a esos individuos y los interrogásemos, tal vez conseguirían poner en claro todo este asunto.

—¿Queréis cercioraros de eso mientras se hace la ampliación? —preguntó Doc.

Monk se frotó las costillas, en el lugar en que, según descubriera, en la película, había recibido dos puntapiés.

—¡Ya lo creo!

—Pues andando —replicó Doc dando su permiso.

Monk y Ham no perdieron un instante. Tomaron unos poderosos prismáticos, abrieron las ventanas, se asomaron y empezaron a examinar la calle.

Pero antes tomaron la precaución de apagar las luces de la estancia en que se hallaban. Era muy poco probable que alguien pudiera descubrirlos.

El cielo nublado estaba muy negro y el resplandor de las luces de la calle no llegaba a aquella altura. Los ojos de Ham resultaron ser los más agudos.

—¿Ves eso? —dijo señalando.

Monk miró y pudo ver a un individuo que, sin la menor duda, era el mismo sujeto vestido de alegres colores que los había visitado.

Estaba en pie, en el hueco de una puerta, desde la cual podía observar la entrada del rascacielos.

—Aunque no se lo figura, nos está esperando —gruñó Monk—.

Vamos.

Monk y Ham consiguieron llegar, por la parte posterior de la casa, al tejado de la que se hallaba enfrente del lugar en que esperaba su hombre.

Poco después, bajaron la escalera del edificio contiguo y, una vez al nivel de la calle, pudieron ver fácilmente al hombre que querían sorprender.

Había allí muy poca luz y los dos amigos salieron a la calle y se aproximaron en silencio. Pero el individuo vestido con los colores del arco iris los oyó y se volvió.

Quedóse muy sorprendido, pero permitió que Monk lo cogiera por un brazo y Ham por el otro. Poco después fue evidente la razón de que no se hubiese preocupado.

—Os habéis tirado una plancha, compañeros —exclamó una voz.

Monk y Ham levantaron la mirada. Aquel zaguán tenía una galería que corría a cierta altura sobre el suelo y a ella estaba asomado un individuo que empuñaba una escopeta con el cañón aserrado.

Monk encogió sus poderosos hombros y empezó a gruñir. Era una característica de Monk la de que, cuando se disponía a luchar, perdía su voz infantil, que se transformaba en voz de bajo.

Ham avisó en voz baja a su compañero para que procediera con cuidado.

Mientras tanto, el hombre que los había amenazado, habló, diciendo:

—Es muy posible que llevéis chalecos a prueba de bala. Pero, desde el lugar que ocupo, me importan muy poco esas precauciones, porque esta arma tiene mucha dispersión y, además, los perdigones pueden daros en la cabeza.

—¡Demonio! —murmuró Monk. ¿Cómo se habrá enterado ese individuo de que llevamos chalecos a prueba de balas?

—¿No ves que asoma tu chaleco por debajo de la chaqueta, tonto? —le dijo Ham—. Si te vistieras en casa de un buen sastre no te sucederían estas cosas.

—Más adelante tendrán ustedes ocasión de hablar de modas —observó el individuo vestido de colorines.

—Ya bajo, capitán Flamenco —dijo el que estaba arriba.

Arrojó su escopeta al capitán y, apoyándose en la barandilla,

saltó al nivel del suelo sin ninguna dificultad. Mientras tanto, Flamenco amenazaba con el arma a los dos ayudantes de Doc.

—Bueno, andando —les dijo luego.

—Veo que ya estabais preparados para eso —observó Monk.

—¡Claro! —replicó el capitán Flamenco—. ¿Para qué, si no, me puse de vigilancia de manera que pudieseis verme desde arriba?

—Bueno, pero ¿qué quiere usted de nosotros? —gruñó Monk.

—Permaneced atentos y lo sabréis —contestó el capitán Flamenco—. Ahora poned rizos a las lenguas y fijaremos el rumbo.

Al llegar a la calle siguiente, el capitán Flamenco se quedó en pie en la acera y no tardó en dirigirse a él un automóvil, atraído por la brillantez de los colores de su traje.

El automóvil era un sedan no muy caro, ni tampoco nuevo o bien cuidado, pero, en cambio, bastante capaz.

El conductor era hombre de cuello grueso y de rostro redondeado. Su cutis era áspero y rojizo, como si recientemente lo hubiesen frotado con papel de lija. Llevaba gorra de marinero y, en la cinta, había un nombre.

El capitán Flamenco se quedó contemplando la gorra y dio una excelente exhibición de un hombre que estaba a punto de sufrir un ataque.

Agarró por el cuello a aquel individuo, y le preguntó:

—¿Has perdido la sesera? —gruñó.

Luego se fijó en el nombre que había en la cinta de la gorra y leyó:

MARES TROPICALES

—Bueno, vamos a ver, ¿qué te has propuesto con esto? —preguntó el capitán.

—Pues que si alguien se fijaba en mí o perdiese esta gorra —contestó el conductor—, me figuré que parecería...

Se inclinó para pronunciar unas palabras al oído del capitán, que contestó:

—Está bien, está bien.

Monk y Ham no pudieron enterarse del resto de la frase.

—Bueno, ¿qué vamos a hacer ahora? —preguntó Monk—. ¿Qué se proponen ustedes?

—Esta noche —contestó el capitán Flamenco, mirándolos airados—, he perdido un buque. Un sinvergüenza arrojó un ácido

tan fuerte en la cala que destruyó las planchas de metal. Por consiguiente no estoy de buen humor y vale más que los dos me obedezcáis ciegamente. Ahora, subid.

Monk y Ham fueron metidos en el automóvil que se dirigió a la parte baja de la ciudad.

Quitáronles los chalecos a prueba de balas y el capitán Flamenco los examinó con la mayor curiosidad.

El automóvil se sumó al tráfico rodado y atravesó los puentes que ponen en comunicación el río Este con Brooklyn.

Luego torció a la derecha y siguió corriendo a lo largo de las muelles.

Los cobertizos que había a lo largo del río eran al principio muy grandes para ser sustituidos más adelante por otros de menores dimensiones y de peor conservación. Llegaron, por fin, a un espacio destinado a pequeños astilleros.

De repente, y por una razón que no era fácil comprender, el compañero del capitán Flamenco se echó a reír y tuvo que meterse un puño en la boca para contener su hilaridad.

—¿Qué te pasa? —le preguntó el capitán Flamenco.

—¿Qué van a hacer de nosotros? —preguntó Monk.

—Ahora lo sabrás —replicó el capitán—. Habéis de decirnos qué cosa sabe Doc Savage acerca de este asunto.

CAPÍTULO IV

MARES TROPICALES

EL automóvil se detuvo por fin ante uno de aquellos astilleros. El conductor apagó las luces y dejó el motor en marcha.

Vieron un pequeño barco de vapor, viejo y oxidado, amarrado al muelle.

Tendría, a lo sumo, una eslora de sesenta metros. Aquel barco necesitaba una buena mano de pintura.

Sobre su cubierta había algunas bombillas eléctricas encendidas a cortos intervalos, de modo que todo el barco y el muelle que estaba delante se hallaban bien iluminados. Y no se veía a nadie a bordo ni en torno de la nave.

Monk y Ham fueron metidos en un pequeño cobertizo saturado de olores desagradables de artículos navales. Fueron interrogados después que les hubieron atado de pies y manos. Al parecer, Flamenco deseaba informes con respecto a Diamond Eve Post y a Seaworthy.

Luego salieron del cobertizo para sostener una conversación reservada. AL hacerlo, una sombra de grandes dimensiones se metió en el cobertizo.

Monk sintió unos dedos que manipulaban sus ligaduras; luego percibió claramente el ruido de la cuerda al romperse y reconoció a la persona cuyo vigor era capaz de realizar fácilmente aquella hazaña.

—¡Doc! —murmuró.

—Silencio —replicó el hombre de bronce.

—¿Cómo nos has encontrado? —murmuró Monk.

—Siguiendo el automóvil que os ha traído —explicó el hombre de bronce mientras se ocupaba en soltar a Ham.

Luego se dirigió a la puerta del cobertizo para intentar la captura de Flamenco y de sus dos hombres.

Pero ellos recelaron algo y fueron a ampararse en una estiba de maderos.

Doc arrojó un madero más allá del montón y luego disparó un tiro que fue a dar en el costado del barco.

A su bordo se originó entonces la mayor agitación y asomaron a la cubierta unos hombres armados de rifles.

Desde el lugar en que se hallaban, Doc y sus compañeros pudieron leer perfectamente el nombre del buque:

MARES TROPICALES

Los hombres armados que había en el buque empezaron a descender por la plancha. Algunos de ellos llevaban luces eléctricas.

Doc entregó a Monk y a Ham las enormes pistolas ametralladoras que había inventado y que disparaban balas humanitarias, puesto que no mataban, sino que sólo producían desmayo.

—Observad la puerta —les mandó Doc Savage—. Procurad que el capitán Flamenco y los otros dos no se retiren en esta dirección. De este modo tendrán que acercarse a nado.

Monk y Ham se dirigieron a la puerta. En cuanto se hubieron alejado, ningún movimiento dio a entender que Doc Savage hubiese cambiado de posición. Mas, a pesar de todo, había obrado así.

Y se hallaba a menos de tres metros del capitán Flamenco y de sus dos camaradas. Pudo oír que los tres hombres disputaban.

—El haber traído a esos dos individuos para interrogarlos ha sido una imprudencia —exclamó uno de ellos.

—Desde luego; era algo arriesgado —gruñó el capitán Flamenco, — pero quise atraer a Doc Savage para que la cuadrilla del Mares Tropicales se las haya con él.

En aquel momento se oyó una exclamación de asombro desde la puerta. Era la voz de Monk que, sin duda, acababa de recibir una intensa sorpresa.

Doc Savage miró hacia allá, para averiguar la razón que tuvo su compañero para proferir aquella voz y, en el acto, vio a la joven de los diamantes que acababa de salir del buque y capitaneaba a los marineros, recomendándoles el ataque.

La acompañaba el individuo a quien dio el nombre de

Seaworthy, durante su visita a la oficina de Doc Savage.

—Ahora —exclamó el capitán Flamenco—, voy a dar una lección a la señorita "Diamond" Eve Port.

Con toda la rapidez de que eran capaces sus adiestrados músculos, Doc Savage sacó del bolsillo una lamparilla eléctrica.

Dirigió un haz luminoso hacia el capitán Flamenco, el cual apuntaba su revólver hacia la joven. Aquel inesperado chorro de luz le impidió hacer fuego contra ella, pero se volvió para disparar, en cambio, contra Doc.

Pero éste apagó la luz y se acurrucó, de modo que la bala del capitán Flamenco fue a dar en los maderos que había más allá.

Oyóse entonces el disparo de varios rifles. Las balas zumbaron a cierta altura. La tripulación del Mares Tropicales había empezado el fuego.

El capitán Flamenco empezó a blasfemar con voz aguda y enfurecida. No pudo permanecer donde se hallaba.

Sus enemigos del Mares Tropicales se dispersaban a un lado y a otro, de modo que, en breve, lo habrían flanqueado.

—Vamos a ver qué pasa ahora —exclamó el capitán Flamenco.

Se puso en pie de un salto y, corriendo, se dirigió al agua. Los otros dos le seguían de cerca. Los auxiliaba entonces la oscuridad.

Llegaron al agua, pero, por sorprendente que eso pueda parecer, no se arrojaron, sino que fueron a guarecerse detrás de una balsa de pintores y allí se entregaron a alguna operación, que Doc Savage no pudo adivinar.

Además, él estaba entonces ocupado en disimular su presencia.

Era razonable creer que el capitán Flamenco y los demás se habían quitado algunas prendas de ropa para facilitar la natación, pero, al ponerse en pie, pudo verse que no habían hecho nada de esto.

Vestidos como estaban se sumergieron en la bahía. Desaparecieron y no asomaron de nuevo la cabeza, como podía esperarse y se debía temer al mismo tiempo, porque, en cuanto lo hiciesen, serían acribillados a tiros.

Pero ocurrió algo increíble, y que más tarde tuvo un significado muy diferente.

Era algo que, en cierto modo, anunciaba los asombrosos y fantásticos sucesos que habían de ocurrir antes de la terminación de

la aventura.

Aquellos tres individuos que se habían arrojado al agua, no volvieron a aparecer.

Esto último era absolutamente cierto. Los tripulantes del Mares Tropicales, que se hallaban en la orilla, dirigieron hacia allá los focos de sus lamparillas eléctricas.

Otros echaron al agua dos lanchas a motor y se embarcaron en ella. Las tales embarcaciones estaban provistas de unos proyectores muy poderosos.

La joven que se adornaba con profusión de diamantes llevaba el mando de aquellos hombres, y lo hacía con la mayor eficiencia. El individuo llamado Seaworthy parecía ser el segundo en el mando.

Había transcurrido más de media hora antes de que Doc Savage se reuniese con Monk y Ham cerca de la puerta. Estaban solos allí y podían conversar.

—El capitán Flamenco y sus dos compañeros llevaban, sin duda aparatos portátiles para sumergirse en el agua —murmuró Monk.

—No —contestó Doc—. Los vi claramente antes de sumergirse y puedo asegurar que no llevaban ningún equipo apropiado para el caso.

—Entonces hay que suponer que se habrán ahogado —observó secamente Ham.

—Es extraño —comentó Doc Savage—. Penetraron confiados en el agua, como si supieran muy bien lo que estaban haciendo.

—Todo este asunto me parece muy raro —gruñó Monk—. Y lo peor es que aun no tenemos la más ligera idea de lo que está sucediendo.

—Tenemos, sin embargo, dos líneas de partida —le dijo Doc Savage.

—¿Qué quieres indicar con esto? —preguntó Monk.

—Por ejemplo, lo que está ocurriendo aquí, en primer lugar, —contestó Doc—, y luego recuerda las señales que dejó en la alfombra aquel pobre mutilado.

—¿Y qué significan? —preguntó Monk—. A mí me parecieron unas señales desprovistas de significado.

—No he tenido tiempo de cerciorarme acerca de eso —replicó Doc. El hombre de bronce sacó del bolsillo un rollo de papel fotográfico, ya impresionado, y añadió:— Esa es la ampliación de la

señal de la alfombra. Guardadla y procurad que no os descubra nadie.

—¿Y tú qué vas a hacer? —preguntó Monk.

No obtuvo respuesta, mas no se sorprendió por esto. Doc Savage tenía la costumbre, a veces muy molesta, de no explicar lo que se disponía hacer.

Aquella era, pues, una de tales ocasiones. Se alejó en silencio y se perdió en la oscuridad.

Miráronse Monk y Ham, se encogieron de hombros, y, sin ser observados, atravesaron la puerta del pequeño astillero, para ocultarse entre algunos automóviles viejos y estropeados que llenaban un solar, al otro lado de la calle.

Doc Savage, a juzgar por sus movimientos, tenía un proyecto claro y definido. EL Mares Tropicales estaba casi desierto, porque todos sus tripulantes se dedicaban a la inútil búsqueda de los tres individuos que se habían desvanecido debajo del agua.

Si Doc Savage hubiera seguido andando a lo largo del muelle, las luces lo habrían hecho visible.

Por esta razón se agarró de un salto a la borda, subió a la cubierta y, poco después, pudo oír que la tripulación se disponía a regresar.

En el acto se apresuró a ocultarse, de modo que pudiera oír sin ser descubierto.

Oyó en primer lugar la voz del individuo llamado Seaworthy.

—¡Maldito sea este capitán Flamenco! —exclamó—. Tanto él como sus dos compañeros han desaparecido.

Aquella observación era asombrosa, por lo menos teniendo en cuenta el hecho evidente de que los tres hombres debían haberse ahogado.

—Estamos en un verdadero apuro —dijo la muchacha—. ¿Qué hacía aquí el capitán Flamenco? ¿Qué causa le obligó a disparar el tiro que nos llamó la atención?

Eso indicaba que no sospechaba siquiera la presencia de Doc Savage y de sus dos compañeros.

—Me parece —contestó Seaworthy—, que vino aquí con toda intención y empezó el tiroteo, deseoso de originar una investigación policíaca.

—En caso de que la policía registrara nuestro buque, se

frustraría todo nuestro plan —replicó ella alarmada.

—Escucha —dijo Seaworthy.

A lo lejos se oía claramente una sirena de la policía.

—¡La policía! —exclamó la joven—. Alguien la habrá avisado por teléfono. Tal vez algún vecino. ¿Qué vamos a hacer?

—¡Zarpar inmediatamente!

Y empezó a gritar algunas órdenes.

Aquel barco tenía el aspecto de ser impulsado por calderas de vapor, pero, en realidad, estaba equipado de motores Diesel y de un aparato eléctrico de puesta en marcha. Doc Savage lo comprendió así en cuanto oyó el ruido de los motores.

Las hélices empezaron a girar y el aparato se alejó con una facilidad impropia de su aspecto.

La policía llegó con retraso, de modo que no pudo hacer más que quedarse en tierra y dar algunos gritos.

Todos los tripulantes, a excepción de los que se hallaban en el cuarto de máquinas, se asomaron a la cubierta durante los primeros momentos emocionantes de aquella rápida partida. Doc Savage se aprovechó de la oportunidad para examinar mejor el barco y pudo fijarse en algo sorprendente.

El Mares Tropicales había sido construido para transportar carga, pero sus características indicaban algún otro objeto, cuya naturaleza no era fácil determinar.

En el centro del barco se habían instalado camarotes para gran número de personas, y no estaban aquellos alojamientos en el castillo de proa, como de costumbre.

En la proa hubo primero una sola escotilla, pero luego se practicaron dos más. Aquellas escotillas estaban muy bien cerradas con candados.

Doc Savage habría dado cualquier cosa por saber lo que había en la cala del barco, cuando sus tripulantes empezaron a andar por la cubierta para entrar en los pasillos inferiores.

El Mares Tropicales habíase alejado ya bastante y se dirigía a alta mar.

Se apagaron todas las luces. No se necesitaba ninguna para seguir navegando, puesto que las boyas provistas de faroles le indicaban claramente el camino a seguir.

A un lado y a otro de la embarcación y con mayor rapidez de la

que se hubiera podido sospechar, pasaban las luces rojas y verdes.

El Mares Tropicales era un barco muy rápido.

Doc Savage se deslizó poquito a poco al puente. Nadie lo descubrió, tal vez a causa de la oscuridad. El puente estaba provisto de numerosos cristales, algunos de los cuales permanecían abiertos.

Doc se alojó en un hueco que había detrás del puente, desde donde podía oír lo que se dijera.

Primero sólo oyó la conversación normal, referente a la navegación y al rumbo. Luego resonó de repente el timbre de un reloj despertador y un individuo fue a pararlo profiriendo un juramento.

—Sin duda, la policía va a avisar por radio a los guardacostas —observó la joven, inquieta.

—No es fácil que nos encuentren —contestó Seaworthy—. La oscuridad es intensa. Nuestro radiotelegrafista, antes de salir, dio cuenta de que dentro de poco, encontraremos niebla.

—Llegada la mañana estaremos tan lejos que ya no podrán encontrarnos —exclamó la joven.

—El mundo entero no sabrá de nosotros —exclamó Seaworthy —, hasta que hayamos llegado a Taz y se enteren de lo sucedido.

—¿Cuánto tardaremos en llegar a Taz? —preguntó ella.

—No lo sé, "Diamond" Eve.

—No me des ese apodo —exclamó ella, irritada—. Me lo colgaron los periódicos y no me gusta.

—Desde luego, señorita —contestó Seaworthy, saludando con exagerado respeto.

La joven se dirigió a estribor y, con ayuda de unos prismáticos, registró la noche. EL Mares Tropicales se hallaba entonces en la boca del puerto.

Brooklyn aparecía inundado de difusa luz, hacia la izquierda, en tanto que las luces de Statens Island se veían a mayor distancia y a la derecha.

—No hay la menor señal de los guardacostas —observó ella.

—También navegan con las luces apagadas —le recordó Seaworthy—, pero espero que saldremos con bien.

La joven volvió al centro del puente y preguntó:

—¿Estás seguro de que podemos confiar en los hombres de a bordo?

—En absoluto —contestó Seaworthy—. Los conozco a todos personalmente y también he navegado con cada uno de ellos.

—Es de desear que no nos ocurra lo mismo que al capitán Flamenco.

—¿El capitán Flamenco? —exclamó Seaworthy—. Le hemos dejado sin barco. Fue magnífica mi idea de arrojar ácido en su cala.

—¡Pobre "Veinte Mil Leguas" Verne! —exclamó la joven, estremeciéndose.

—Entregaremos una fortuna a sus parientes —le prometió Seaworthy—. Después que hayamos llegado a Taz podremos hacer muchas cosas.

La joven guardó unos instantes de silencio.

—¿Estás segura de llevar a bordo todo el equipo necesario?

—Llevamos cuanto fue posible comprar con el dinero que teníamos —contestó Seaworthy—. Desde luego, si hubiésemos tenido una cantidad mayor a nuestra disposición, habríamos adquirido un pequeño submarino desde el cual los buzos podrían realizar sus exploraciones.

—Estoy arruinada —exclamó la muchacha con acento de tristeza —. He aventurado en eso cuanto tenía, incluso vendí mis piedras preciosas. Todo lo que llevo ahora es, simplemente, cristal.

—Pues no lo parece —observó Seaworthy.

—Ahora se hacen muy buenas imitaciones —contestó ella—. Y las adquirí para que no se alterase mi aspecto.

Dicho esto, se volvió y salió del puente. Doc Savage estaba en la oscuridad y, antes de que ella lo viese, se halló retenida por sus poderosos brazos.

CAPÍTULO V

EL HOMBRE DE CIENCIA

NO es fácil hacer prisionera a una persona, a poca distancia de otra, sin que ésta se dé cuenta. Y entonces fue más difícil, a causa de la relativa tranquilidad que reinaba cerca del puente.

Doc Savage sostenía fuertemente a la joven con su brazo derecho, y la levantó para que sus pies no tocasen el suelo, en tanto que le oprimía la boca y la nariz con la mano izquierda.

A pesar de todo, la lucha de la joven fue suficiente para llamar la atención de Seaworthy, que entonces empuñaba la rueda del timón.

—¿Ocurre algo? —preguntó.

Doc Savage había pasado innumerables horas haciendo experimentos con su propia voz, con la que llegó a hacer cosas asombrosas.

Uno de sus mayores deseos fue adquirir la habilidad de imitar una voz femenina, pero nunca alcanzó el éxito; sin embargo, era capaz de pronunciar así algunas pocas palabras.

—He tropezado —dijo con voz bastante parecida a la de "Diamond" Eve Post.

—¡Oh! —exclamó Seaworthy, engañado—. Ya nos veremos luego.

Doc se retiró con la mayor cautela, llevando consigo a la cautiva que seguía luchando. Al apoderarse de ella no lo hizo obedeciendo a ningún impulso caprichoso.

El Mares Tropicales se dirigía, sin duda, a algún lejano objetivo, y Doc deseaba interrumpir su viaje hasta que el misterio estuviese aclarado.

Y en el caso de que consiguiera alejar a la joven, era razonable

suponer que se aplazaría el viaje.

Al apoderarse de ella, el hombre de bronce no corría grandes riesgos, porque las cercanías del puente estaban casi desiertas, pero le faltaba una cualidad. No podía leer en el futuro, y no era clarividente.

No pudo prever que Seaworthy aprovechara aquel instante para recordar una pregunta que quería dirigir a la joven.

—Oye, capitana —gritó—. ¿Dónde pusiste el pedazo de alfombra que sacarnos de la oficina de Doc?

Este no tuvo más remedio qne imitar en lo posible la voz de su cautiva, y contestó:

—No pienses en eso.

—Quiero saberlo —contestó Seaworthy—. Precisamente lo he recordado en este momento. Tal vez nos lo dejamos olvidado en el muelle.

Estaba muy excitado y se dirigió lacia donde suponía que se hallaba la joven. Y entonces vió a esta última en poder de Doc Savage.

Seaworthy tenía la voz muy poderosa. Profirió tal aullido de sorpresa que, sin duda, se oyó desde tierra. Luego atacó.

Doc Savage se retiró, llevando a su cautiva. A bordo había una tripulación bastante numerosa y todos los marineros parecía gente vigorosa, y, como es natural, él no podía combatir contra todos.

Descendió por una escalerilla y, a poca distancia, vió la puerta de un mamparo, que atravesó y cerró a su espalda.

El panel era metálico y podía ser cerrado por uno u otro lado. Y Doc lo cerró a su espalda.

El Mares Tropicales vióse de pronto animado por multitud de marineros que gritaban enfurecidos. Y Seaworthy contribuía, sin duda alguna, al coro de maldiciones e invectivas.

—¡Es el individuo de bronce! —gritaba—. Acaba de apoderarse de la capitana. A ver si lo encontráis.

Doc Savage experimentaba algunas dificultades con la muchacha, que no tenía nada, de débil. Se volvió por dos veces, hasta que él hubo acentuado la presión de su mano sobre la cara.

Luego, en vez de bajar al piso inferior del barco, cambió de dirección y buscó los lugares más elevados. Ya en el muelle había hecho un registro cuidadoso de la nave.

Las lanchas a remos o a motor, que se utilizaron para buscar en vano al capitán Flamenco y a sus dos hombres, estaban colgadas de los pescantes y no había habido tiempo para hacer dar la vuelta a estos últimos y poner las embarcaciones suspendidas sobre cubierta de modo que estaban colgadas sobre el mar.

Doc Savage se dirigió al costado de babor, donde estaban aquellas embarcaciones.

Avanzaba con la mayor prisa posible y se dijo que, con un poco de suerte, apenas le quedaban disponibles más allá de uno o dos minutos.

Llegó al costado de una lancha a motor y, sosteniendo a la muchacha, para que no pudiera gritar, soltó los cabos que retenían al pequeño esquife.

Aquella tarea le resultó muy difícil, pues había de trabajar con una sola mano, en tanto que la muchacha seguía luchando y mordiendo.

Estaban de tal modo dispuestas las lanchas, que desde ellas mismas era posible descender hasta el agua. Pero, sin embargo, esta operación no había de llevarla a cabo un solo individuo.

Doc Savage hizo descender la lancha, cosa de unos tres metros y medio.

Luego se descompuso algo, y tanto él como su prisionera y la embarcación descendieron rápidamente, de modo que tuvo que soltar a la joven, la cual empezó a gritar. Pero ello no importaba ya, porque los motones estaban sin aceite y sus chirridos le habrían hecho traición.

Así, pues, Doc abandonó toda clase de precauciones para obrar con rapidez.

La lancha chocó ruidosamente contra el agua y una ola la arrojó contra el casco del navío. Doc se apresuró a cortar los cabos de los pescantes y luego, apoyando el pie en el casco del barco, se alejó de él.

Hasta entonces no le habían dirigido ninguna luz, lo cual facilitaba su elevación. Luego oyó que Seaworthy que gritaba varias veces:

—¡No tiréis! Se lleva consigo a la capitana.

Doc Savage vióse obligado a soltar a la joven, quien, en el primer momento, quiso saltar por la borda, pero su compañero de

viaje la retuvo, obligándola a acercarse, en tanto que él trataba de poner en marcha el motor.

—¡Seaworthy! —gritó "Diamond" Eve.

—¿Qué pasa? —preguntó el interpelado, desde la borda del barco.

—¡Continuad vuestro viaje! —contestó ella—. Dirigios a Taz.

—¡De ningún modo! —replicó Seaworthy—. No tardaremos en libertarte de ese tío de bronce.

—¡No seas tonto! —gritó "Diamond" Eve—. Doc Savage se ha apoderado de mí para obligaros a que renunciéis al viaje, pues se figuró que no querríais continuarlo sin mí.

Doc luchaba con algunas dificultades en el motor. Parecía como si estuviese cerrada del todo la llave del gas, y resultaba difícil encontrar la válvula.

Tapó de nuevo con una mano la boca de la joven, pero alcanzó un éxito muy mediano.

—Dirigios inmediatamente a Taz —ordenó la joven al ver a su segundo—. Si emprendéis el regreso y abandonáis la empresa, Doc Savage será dueño de todo el negocio.

—Pero tú... —exclamó Seaworthy.

—No me pasará nada —contestó la muchacha—. Me libraré de Doc Savage. Luego tomaré un avión y ya nos encontraremos en Taz. O bien esperaré vuestro regreso...

—No me gusta esa idea.

—Sigue el viaje —ordenó la muchacha.

En aquel momento, Doc Savage consiguió taparle la boca. Casi instantáneamente se puso en marcha el motor. La lancha era muy rápida y navegaba velozmente sobre el mar que, por momentos, adquiría violencia.

La masa, relativamente enorme, del Mares Tropicales, se quedaba rezagada y al fin sólo se habría podido reconocer su situación por las voces de los hombres que gritaban desde cubierta.

Pero, poco rato después, también dejaron de oírse aquellas. Era evidente que el Mares Tropicales seguía navegando hacia alta mar, como ordenara la joven.

Doc Savage dijo dirigiéndose a ésta:

—Ahora tendremos una larga conversación y podrá Usted explicarme multitud de cosas.

—Es usted muy optimista —contestó ella.

En cuanto hubieron llegado al despacho que Doc Savage tenía en el rascacielos, Doc estaba ya persuadido de que la joven tenía razón y de que no estaba dispuesta a dar la menor noticia sobre el misterio.

En realidad, todo consistió en contestar a una sola pregunta. Y lo hizo mientras ambos subían en el ascensor.

—¿Qué ha sido del pedazo de alfombra que se llevaron de aquí? —preguntó Doc.

—Sé halla a bordo del Mares Tropicales —contestó ella con acento malicioso—. Ya nunca podrá averiguar lo que decía.

El ascensor los dejó en el piso ochenta y seis y los dos avanzaron por el corredor. En el acto llegó a sus oídos una disputa.

—Eres un tonto de remate— —insistió la voz infantil de Monk —. Desde luego, es que tienes una cabeza incapaz de comprender las cosas. Sin embargo, sabes muy bien que son anchos por la parte inferior por una razón muy buena.

—Es ridículo —contestó Ham.

Era evidente que volvían a discutir acerca de los pantalones de los marineros. En extremo asombrados, miraron a la compañera de Doc Savage.

Luego Monk se puso en pie y le hizo una reverencia.

—Tengo muchísimo gusto en verla a usted.

—Pues, siento mucho tener que echarle un jarro de agua fría —contestó ella.

—¿Por qué? —inquirió Monk.

—Porque mi presencia no le reportará ningún beneficio. De modo que tal vez se expresara mejor diciendo que siente mucho verme.

—Indudablemente, se trata de una mujer decidida.

—Eso es —contestó ella.

Ham la examinó con la mayor atención.

—Veo que es muy animosa —dijo—, pero si la llevásemos a ver lo que queda del pobre "Veinte Mil Leguas" Verne, tal vez perdería esa decisión de que hace gala.

La muchacha palideció, pero continuó en la misma actitud.

—¿Qué le hicieron? —preguntó.

—Le quemaron la boca con ácido y luego le cortaron los

ligamentos de las muñecas —contestó Ham sin ambages—. Y, además, parece que lo sometieron a una violenta presión atmosférica.

La joven tragó saliva varias veces.

—Probablemente, en el barco del capitán Flamenco había una cámara de compresión —dijo—. Sin duda metieron al pobre Verne en ella y de este modo originaron su muerte ulterior.

—¿Qué es Taz? —preguntó de pronto Doc Savage.

La muchacha fingió ponerse muy pensativa y luego, en tono sarcástico, replicó:

—Vamos a ver, ¿qué podrá ser? Quizá el principio de la palabra Tasmania. Pero no, porque hay una letra diferente.

Doc Savage se volvió a Monk y le preguntó:

—¿Tienes esa ampliación?

—Desde luego —exclamó el interpelado, entregándosela.

Doc la extendió sobre la mesa. Las señales que dejara el moribundo en la alfombra eran claramente perceptibles.

—¿Qué es eso? —preguntó la joven contemplando la ampliación.

—Una fotografía de la alfombra, antes de que la cortase su amigo Seaworthy.

—¡Oh! —exclamó ella, enlazando sus dedos, al parecer en extremo desalentada.

Doc Savage encargó a Monk el cuidado de vigilar a la joven, tarea que el químico aceptó de muy buena gana.

—Si me diera usted su palabra de que no intentará huir —le dijo —, la situación sería mucho más agradable.

—No prometo nada —contestó ella.

Ham miró al techo y, como si hablara consigo mismo, pero en alta voz, dijo:

—Eso demuestra lo tonto que sería Monk ante una mujer bonita. Aceptaría su palabra, que, sin duda, no vale nada.

—Me acordaré de eso, idiota —replicó la muchacha.

—Yo creo que su palabra sería más digna de fe —insistió Monk.

—Gracias —dijo la joven—. Desde luego, cumpliría mi promesa, pero no quiero hacer ninguna.

Doc Savage llamó la atención de la joven hacia la ampliación fotográfica.

—Me imagino —dijo—, que no querrá usted descifrar ese jeroglífico en nuestro obsequio.

—Tiene razón. Pero, además, no comprendo su significado —aseguró ella.

—Sin embargo, el hombre que trazó estos signos trabajaba para Usted —le recordó Doc—. Y quería comunicarnos algo.

—Estaba loco por el dolor —dijo ella—. Y, probablemente, no sabía lo que hacía.

El hombre de bronce no insistió. Ham, que se había procurado otro bastón con espadín, se acercó para observar atentamente la ampliación fotográfica.

Monk lo imitó, pero sin dejar de vigilar a la muchacha, pues estaba persuadido de que, si la dejaba escapar, su compañero tendría motivos más que suficientes para burlarse de él.

Ham meneó la cabeza y dijo:

—No puedo comprender lo que dice aquí.

Monk contempló también aquellos jeroglíficos desde varios ángulos.

—Hay aquí una línea sinuosa —dijo—. En el centro se ve medio círculo, y en el borde de éste algo parecido a una cruz. A un lado hay otra línea, como si alguien tratara de dibujar un tablero de ajedrez.

El decorado de la antesala, que era reciente, tenía ciertas tendencias modernistas, pero ello no se hizo para darle mejor aspecto, sino porque aquellos paneles modernistas proporcionaban numerosos escondrijos como por ejemplo uno que contenía una colección de mapas.

Aquel cajón de mapas era muy grande y estaba ribeteado de metal bruñido que, en realidad, era un espejo en extremo eficaz.

Doc Savage desenrolló el mapa del Sound Island y, al mismo tiempo, observó la imagen de la joven reflejada por el espejo.

Luego posó un dedo sobre el mapa.

La muchacha se esforzó en permanecer tranquila, pero no lo consiguió del todo.

—El muerto era un marino —dijo Doc Savage—. Por consiguiente, estaba habituado a los mapas. Y la línea que dibujó es el perfil de alguna costa.

—¡Caramba! Entonces —exclamó Monk—, ese semicírculo será

una caleta, una bahía o algo por el estilo.

—Posiblemente, la Caleta Diez Brazas —observó Doc Savage. Al mismo tiempo indicó aquel lugar en el mapa y Monk y Ham, después de breve inspección, manifestaron su creencia de que la línea de la costa que figuraba en el mapa coincidía casi por completo con la trazada en la alfombra.

Monk dirigió una amable sonrisa a la muchacha.

—No somos tan tontos como se figura usted, ¿verdad? —preguntó.

—Ándense con cuidado —contestó "Diamond" Eve—. Eso es todo lo que puedo decir.

Amanecía cuando Doc Savage detuvo su automóvil. Se apeó Monk y luego se volvió, ostensiblemente para ayudar a "Diamond" Eve Post, pero en realidad para sujetarla por el brazo y darle a entender que no podría huir.

Ham se apeó desde el asiento delantero. A no ser en caso absolutamente necesario, Ham evitaba viajar en el mismo asiento que Monk.

Doc Savage cerró las portezuelas del coche.

Los rodeaba el mayor silencio. Ni siquiera la brisa agitaba las hojas y los pájaros no cantaban.

Con toda evidencia, aun no había llegado el momento de empezar sus gorjeos.

Monk se volvió a la joven y le dijo:

—Sería muy agradable que nos dijese usted algo interesante.

—Pues no quiero —contestó ella secamente.

Habían seguido un camino poco frecuentado que conducía, más o menos, hacia el Sound de Long Island. Luego lo siguieron a pie.

—Este es el lugar más apacible que he visto en mi vida —murmuró Monk.

Pero se equivocaba, según pudo observar un momento después.

Surgió una voz del matorral inmediato, exclamando:

—¡Caramba! Me figuraba que no te veríamos nunca más.

—¡Renny! —exclamó Monk—. ¿Para qué has venido aquí?

El recién llegado salió de entre las matas, alumbrándose con una lamparilla de bolsillo, sobre cuyo lente de aumento había extendido el pañuelo para disminuir la intensidad de su luz.

Aquel hombre era un gigante, pero en cuanto alguien se fijaba

en sus manos, ya su estatura parecía cosa insignificante. Tales miembros eran asombrosamente grandes y, además, fuertes sobre toda ponderación.

Su rostro tenía expresión puritana y, probablemente, aquel hombre no tenía un solo amigo en el mundo. Registraba sus emociones a la inversa, es decir que, cuanto más feliz era, más hosco y huraño se mostraba.

—¿Cómo has venido aquí, Renny? —le preguntó Monk de nuevo.

Pero esta pregunta fue contestada por Doc Savage.

—Mientras tú y Ham os las habíais con el capitán Flamenco, di cuenta a Renny, por teléfono, de lo que sucedía. Y por mi indicación ha venido aquí.

—En tal caso —observó Monk,— habrás descifrado ya las señales de la alfombra.

—AL principio no hice más que adivinarlo —replicó Doc Savage —. Más tarde, esa señorita confirmó la exactitud de mi suposición, gracias a la mirada de ansiedad que apareció en su rostro cuando indicamos este punto en el mapa.

—Me parece —dijo Monk, dirigiéndose a la joven,— que nos evitaríamos todos muchas molestias si nos dijese qué hay de todo eso.

—Haga el favor de no molestarme más —contestó ella.

Renny rugió en tono suave.

—Han sucedido ya muchas cosas, Doc. Y voy a mostrarte algunas.

Siguieron avanzando en silencio, en pos de Renny.

Este era el coronel John Renwick, famoso en el mundo entero como ingeniero civil, y que formaba parte del grupo de ayudantes de Doc Savage.

Había aún otros dos miembros de la organización de éste: el mayor Thomas J. Roberts, Long Tom, técnico electricista, y el geólogo y arqueólogo William Harper Littlejohn, Johnny, pero ninguno de los dos se hallaba en los Estados Unidos. El mago de la electricidad estaba en la América del Sur y el geólogo y arqueólogo en Europa, cada uno de ellos ocupado en sus respectivas actividades.

Renny indicó la conveniencia de detenerse en cuanto llegaron a

la playa, antes de que pudieran divisarlos desde el mar.

—¿Qué os parece eso? —dijo, señalando.

La escena, en la pequeña caleta, parecía arrancada de una lámina de la historia de la época de los piratas, cuando los grandes navíos eran calafateados en las arenas coralíferas del mar Caribe.

El barco había sido varado en tierra. Se realizó la operación en la pleamar y era entonces visible la mayor parte de su casco. Era un buque de vela, dotado de un motor auxiliar, según demostraba la existencia de una hélice.

De los tres mástiles, el de proa llevaba velas cuadradas y los otros dos llevaban velas de cuchillo. Era una goleta verdaderamente desconcertante.

A bordo no se percibía la menor señal de vida.

—No está desierta como parece —dijo Renny, haciendo esfuerzos por no levantar su profunda voz.

—¿Qué has visto? —le preguntó Doc Savage.

—A mi llegada, la goleta había sido varada ya —explicó Renny—. Me dijiste que curiosease por aquí. Y lo cierto es que no he hecho otra cosa. Han desembarcado muchas mercancías de esa goleta, para embarcarlas en barcazas, que luego se llevaron unos remolcadores.

Señaló con el dedo hacia el Sound, en donde podían verse las luces de navegación del remolcador, al que seguían varias barcazas.

—Ahí va con la última carga —dijo—. Sin embargo, me parece que aun no han vaciado lo que contiene el barco. La marea bajó, hasta el punto de que no pudieron atracar con las barcas a su costado para el trasbordo de la mercancía.

—¿Puedes explicarme —preguntó Ham—, por qué han varado esa goleta?

—Me acerqué a ella lo más que pude —contestó Renny—. Y averigüé que tiene el fondo destrozado. Parece como si en la cala hubiesen derramado un ácido muy fuerte.

—¿Y tienes alguna idea de la razón de que descarguen esa goleta? —preguntó Doc—. ¿Sabes qué mercancías eran?

—Todo iba metido en cajas —contestó Renny—. Sólo exceptuaron unos cuantos rollos enormes de cable.

—Ya iremos a echar un vistazo.

—O tiene usted un descaro extraordinario o carece de sentido

común —observó la joven.

—Mira, Renny —dijo Doc,— podrías quedarte aquí y vigilar a esta joven, en tanto que nosotros subimos a bordo de la goleta.

—¡Oh, de ningún modo!— —exclamó Renny, que se figuró que perdería la ocasión de intervenir en una buena lucha.

—Yo me quedaré con ella —ofreció Monk.

Ham replicó secamente:

—También lo haría Renny; pero, a causa de la poca luz, aun no se ha dado cuenta de lo muy hermosa que es esa muchacha.

—Valdría más que se abstuviera de esas bromas estúpidas —contestó ella.

La dejaron en compañía de Monk y echaron a andar por la playa, sin alejarse de los árboles enanos, cuyas ramas colgaban por la arena.

Era muy sencillo no hacer ruido, gracias a la suavidad de la arena y al rumor de las diminutas olas.

—Fijaos ahora en que el bauprés de la goleta —observó Doc Savage—, llega casi hasta los árboles. Eso nos ofrece la oportunidad de pasar a bordo.

—El agua debe ser muy profunda en este lugar —sugirió Renny.

—Por eso la llaman Caleta de las Diez Brazas. Entonces pudieron leer el nombre de la goleta, que era Highloao.

—¡Qué nombre tan raro! —observó Renny.

—Por el contrario, es muy adecuado —replicó Doc Savage.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Renny, frunciendo las cejas.

Pero no terminó la pregunta, ni tampoco obtuvo la respuesta. En aquel momento hubo un fuerte chasquido en la maleza.

Parecía que se aproximaban unos hombres luchando entre sí, pues se oían coléricos gruñidos y también golpes.

—Eso —observó Renny—, es algo nuevo.

Doc Savage y sus ayudantes se hallaban casi debajo de su objetivo o sea el bauprés, pero al oír cierto movimiento en la cubierta superior, se retiraron a la maleza, en el mayor silencio posible.

Aproximábanse los ruidos por entre las matas y oyeron claramente los juramentos de un hombre cuya voz pudieron reconocer.

El capitán Flamenco.

Era increíble. Parecía como si se hubiese despertado de entre los muertos, porque, según todas las apariencias, el capitán Flamenco había perecido al sumergirse en el agua inmediata al astillero, puesto que no reapareció.

Sin embargo, allí estaba, vivo. En aquel momento decía:

—Vale más que te calmes, compañero. Por ahora te conservamos en nuestra compañía.

—Esto es muy raro —replicó una voz aguda—. Y le aseguro que le costarán muy caras las indignidades a que me ha sometido.

El que acababa de hablar estaba, sin duda, colérico, mas, a pesar de todo, conservaba cierta dignidad escolástica en su modo de hablar.

Ham se aproximó al oído de Doc.

—Me parece reconocer la voz de ese individuo.

—La has oído muchas veces por radio —le contestó Doc.

Salió del matorral un grupo formado por media docena de individuos, uno de los cuales llevaba un farol de petróleo.

Lo levantó para que el capitán Flamenco pudiese subir a bordo. Los demás se ocupaban en vigilar a su preso.

Este era un hombre pequeñito, canoso, vestido de gris y que andaba de un modo raro. Una cuerda le rodeaba el cuello y le sujetaba los brazos y, al parecer, había sido maltratado.

—Tal vez convendría apoderarnos de esta gente, Doc —dijo Renny, impaciente.

Aquellos hombres oyeron su voz y se sobresaltaron. Entonces Renny los atacó.

Pesaba cerca de ciento veinte kilos, conocía todos los ardides de lucha del mundo entero, y sus enormes puños eran tan eficaces como dos bloques de cemento.

Cayeron dos hombres antes de que tuviesen la posibilidad de defenderse.

El tercero se cubrió la cara con los puños, pero Renny los golpeó y aquel individuo cayó a los golpes que le dieran sus propias manos.

Doc Savage intervino con Renny en la lucha. Con los brazos cogió a dos hombres, los estrechó uno contra otro y sus dedos metálicos estuvieron activos un instante.

AL ponerse en pie, aquellos dos individuos no lo imitaron.

Doc Savage sabia originar una pérdida temporal del sentido,

oprimiendo determinados centros nerviosos de la columna vertebral. Eso era mucho más eficaz que un golpe.

Ham intervino en la lucha procurando no descomponer ni estropear su ropa.

Desenvainó su espadín, cuya punta estaba bañada en una substancia química que producía un rápido desmayo, de modo que un ligero pinchazo era más que suficiente para lograr este resultado.

De este modo hizo caer al único enemigo que quedaba en pie.

Quedó, pues, libre el que hasta entonces había sido prisionero. Y movía las piernas de un modo raro.

—¡Maravilloso! —exclamó—. Me han tenido preso durante semanas enteras.

—¡Ah! Ya comprendo quién es —exclamó Ham.

—Se llama Stanley Watchford Topping —contestó Doc Savage—. Es una de las más célebres autoridades de la vida submarina.

—Es verdad —contestó el aludido.

CAPÍTULO VI

LA CAJA DE LATÓN

DOC Savage y sus compañeros permanecieron ocultos en el matorral, vigilando la goleta. Aun no habían podido interrogar al hombre que libertaron, quien se hallaba entonces al lado de Doc Savage.

—¿Dijo usted antes que lo habían retenido prisionero? —preguntó éste.

—Durante varias semanas —contestó Topping.

Desde la goleta dispararon seis veces, a intervalos regulares. Las balas fueron a enterrarse entre las matas.

Aquellos tiros no llamaron la atención de nadie, cosa comprensible, dado lo desierto del lugar y la hora de la madrugada. Tal vez en pleno día hubiera sido distinto.

—Y ¿para qué quieren esa goleta? —preguntó Doc Savage.

—Para dedicarse a la piratería. Y reteniéndome preso evitaban la posibilidad de que los denunciase. Yo solía utilizar esta goleta en mis expediciones por alta mar —añadió Topping—. A bordo llevo un equipo bastante notable de aparatos que no se encontrarían en ninguna otra parte, y tal vez quisieran hacer uso de ellos.

—¿Para qué?

—Eso es una historia extraordinaria que tal vez no creerá usted.

En aquel momento surgieron dos fogonazos de la borda de la goleta y las balas fueron a dar muy cerca de los dos hombres.

—Vale más que me cuente usted esa historia —sugirió Doc.

—Haré algo mejor. Y es mostrarle cosas interesantes —contestó Topping—. Soy dueño de la tierra que rodea esta caleta, que me sirve para fondear mi barco. Tengo también una casa a corta distancia de aquí.

—Sí. Ya lo he leído a veces en el periódico.

—Bueno, pues si podemos llegar a mi casa le mostraré algo muy interesante.

—¿Qué es eso?

—Mejor será que lo vea, porque así lo creerá.

Desde el barco dispararon otros tiros. Renny levantó su pistola ametralladora y disparó dos ráfagas cortas.

En cuanto cesaron los estampidos, no se oyó más que algún ligero ruido a bordo, como prueba de que sus defensores habían sido puestos fuera de combate.

—Si pudiéramos llegar a mi casa... —murmuró Topping.

—Vamos allá —le dijo Doc Savage—. Los tripulantes de la goleta se estarán quietos hasta que sea de día.

Luego Doc llamó a Ham y a Renny y, en compañía de Topping, echaron a andar. Monk, según se imaginaban, seguía guardando a la joven.

La casa era muy grande y, por su aspecto, parecía como si hubiesen agrupado tres o cuatro cajas de embalaje de distinto tamaño.

Las paredes eran de piedra y tenían muy pocas ventanas.

—¿Está ahí dentro lo que quiere mostrarnos?— —preguntó Doc.

—Sí —contestó Topping—. Y eso lo explicará todo. Por otra parte, estoy algo intranquilo —añadió—. El jefe de esa gente es una mujer que trabaja a las órdenes del llamado capitán Flamenco.

—¿Está usted seguro de que esa muchacha es el jefe de todos esos? —preguntó Ham.

—Sí, señor —replicó Topping—. Pero quiere ocultarlo a todo el mundo y ni siquiera lo sabe su propia cuadrilla.

—Pero ¿por qué está usted inquieto? —preguntó Doc.

—Porque a lo mejor se presentan esa mujer o el capitán Flamenco.

—Ella está en nuestro poder —explicó Doc Savage—, y la guarda Monk, que es uno de nuestros compañeros.

—De todos modos —dijo Topping—, tal vez convendrá que uno de nosotros se quede de guardia en la puerta.

—Quedas nombrado para eso, Ham —ordenó Doc.

EL ambiente de la casa estaba saturado de dos olores. Uno de ellos de pescado y el otro, de más difícil definición, de modo que

Doc preguntó por él.

—Procede del alimento especial para las morayas —explicó Topping.

—¿Y qué es eso? —preguntó Renny.

—Tengo aquí algunos peces tropicales y otros ejemplares vivos. Ya sabe usted que soy especialista en la vida de los peces en alta mar.

—¿Y qué es una moraya? —repitió Renny—. No había oído nunca ese nombre.

—Tal vez el animal más peligroso y feroz de todos los mares —contestó Topping—. Son unas anguilas muy grandes.

Avanzaban entonces por un corredor, en cuyas paredes había numerosos peces disecados.

—Me parece que las anguilas no son feroces, precisamente —contestó Renny.

Entraron en una sala espaciosa, donde había varios acuarios poblados de peces.

—Las morayas son feroces —añadió Topping—. Las que tengo aquí son capaces de partir a un hombre en dos, y hay algunas de una especie particular que son más venenosas que una serpiente de cascabel.

Cruzaron la sala de los acuarios y Topping abrió otra puerta de metal muy fuerte, como todas las demás.

—Aquí están —dijo Topping, encendiendo la luz.

Renny echó una mirada y vió que allí no había ninguna ventana.

Las morayas nadaban en sus respectivos acuarios, y cuando una de ellas abrió por casualidad la boca, les proporcionó la ocasión de que examinasen su terrible dentadura.

Los cristales que cubrían lateralmente los acuarios eran muy gruesos y su altura era algo superior a la que puede alcanzar un hombre de puntillas.

La parte superior de los acuarios estaba cubierta por un enrejado de acero.

—Una vez —dijo Topping,— una de las morayas salió de su tanque y nos dio mucho hacer. Desde luego, no pueden permanecer mucho rato fuera del agua, pero son animales peligrosos.

Renny, al ver la boca abierta de la moraya, sintió un escalofrío y no dudó de su ferocidad.

—¿Dónde está lo que hemos venido a ver? —preguntó Doc.

—Ahí —contestó Topping, indicando el extremo de la estancia.

Habríase allí un ala del edificio que tenía, a cada lado de las paredes, acuarios ocupados por las morayas. En el extremo de la sala había un estante y en él una caja.

—Oro —exclamó Renny al descubrirlo.

—No, solamente es de latón —corrigió Topping.

Aquella caja tenía una altura aproximada de quince centímetros y una anchura de cerca de treinta.

En cuanto a la longitud era, sin duda, superior a un metro ochenta. Tenía la tapa provista de bisagras, y estaba cerrada con candado.

—¿Es de usted? —preguntó Doc.

—Pertenece a esa inteligente y terrible muchacha —replicó Topping—. El capitán Flamenco la guardaba para ella.

Mientras avanzaban por entre los acuarios, Doc examinó las morayas y sabía muy bien que aquellos animales figuraban entro los más peligrosos del océano.

El grupo siguió adelante y Renny parecía estar inquieto.

—¿Qué hay dentro de la caja de latón? —preguntó Doc.

—Algo terrible —contestó Topping—. Una cosa increíble.

—Eso ya lo había dicho usted antes —observó Doc Savage.

—Les he traído aquí para mostrarles el contenido de la caja, pues quiero que lo vean con sus propios ojos De lo contrario tal vez no lo hubiesen creído.

Renny dio un salto al observar que una de las morayas rozaba el cristal de su acuario.

—¿Está usted seguro de que uno de esos animales puede matara un hombre? —preguntó.

—Lo he podido comprobar yo mismo —contestó Topping estremeciéndose—. Es una muerte horrible.

Llegaron al estanque en que se hallaba la caja.

—¿No tendrá un contenido explosivo? —preguntó Renny.

—Nada de eso —se apresuró a contestar Topping,— aunque tal vez, en sentido figurado, hubiese de decirse tal cosa.

—¿No exagera usted acaso?

—¡Oh, no! —contestó Topping.

Renny levantó la caja por un lado y observó que no pesaba

mucho.

—Voy en busca de un martillo —dijo Topping—. Pero tal vez tengamos que romper la cerradura.

Renny dio un suspiro de alivio y se disponía a decir que estaba muy nervioso, cuando...

Hubo una explosión espantosa, que arrojó a todos ellos contra el estante. La caja de latón fue a parar al suelo y se produjo completa oscuridad.

Se oyó un ruido que todos pudieron identificar. Alguien cerraba por fuera la puerta que acababan de cruzar.

Topping profirió un grito de horror y luego expresó el miedo que sentía, exclamando:

—¡Las morayas! ¡Una explosión...! ¡Una bomba! ¡Ha destrozado los tanques!

Hubo una pausa, durante la cual se oyeron claramente los chapoteos del agua y algunos roces ominosos.

Renny agarró el estante y trató de averiguar si podría soportar su peso, pero se desprendió fácilmente de la pared.

—¡Las morayas andan sueltas! —exclamaba Topping—. Y a oscuras como estamos, nos será imposible evitarlas.

Era cierto. EL suelo estaba cubierto de agua, que llegaba a las rodillas de todos ellos. El agua estaba casi caliente y parecía ser un fluido vital de unos bichos desconocidos.

CAPÍTULO VII

MONK ANDA EN BUSCA DE DOC

MONK estaba cubierto de harapos, como si le hubieran arrancado las prendas de ropa de su cuerpo. Y, en efecto, había sido así.

El químico se vio obligado a luchar. Mientras guardaba a "Diamond" Eve, vióse atacado por el capitán Flamenco y algunos de sus hombres. Y se vio reducido a la impotencia antes de poder actuar. Luego lo ataron y lo rodearon de guardias.

Durante la lucha, "Diamond" Eve emprendió la fuga, sin que nadie se diera cuenta de ello. Y, a los pocos instantes, volvió para amenazar con un revólver a los guardianes de Monk.

En cuanto los hubo obligado a emprender la fuga, puso en libertad al químico, quien no llegó a comprender la razón de su conducta.

La muchacha se apoderó de las armas de fuego de los guardianes e indicó a Monk la conveniencia de que se defendiese.

En efecto; así lo hizo y tal fue la causa de que resultara con la ropa destrozada.

En aquel momento resonó la explosión en la casa. Monk se retiró un tanto y luego gritó, llamando a su jefe y amigo, pero no obtuvo respuesta.

En vista de ello se dirigió allá, con el ímpetu de un elefante que ataca.

A su alrededor oyó varios disparos. La maleza parecía estar llena de enemigos y los proyectiles producían gran ruido al atravesar las ramas y las hojas.

Cuando Monk se veía envuelto en una pelea, solía tener mucha suerte, pero eso se debía tal vez más a su manera de actuar, pues casi nunca obraba como parecía lógico. Esto explicaba la razón de

que no le alcanzara ninguna bala.

En cambio, si se hubiera mostrado cauteloso y prudente, es muy probable que hubiese ocurrido lo contrario.

Ante la puerta de la casa vió a un hombre, tendido en el suelo, de lado, con las piernas algo recogidas y la cabeza apoyada en un brazo doblado.

Parecía dormido, pero Monk no dejó de comprender que su compañero Ham no era capaz de dormirse allí, y en semejante situación.

Monk saltó una cerca de piedra y atravesó el vatio. Hubo otro tiroteo y Monk se vio rodeado de balas.

Llegó al lado de Ham y, levantándolo en sus brazos atravesó el espacio descubierto, dejando a su espalda un intenso tiroteo.

—¡Doc! —gritó otra vez Monk.

Pero tampoco consiguió respuesta.

Lo que más interesaba a Monk era, sin duda, el bienestar de Doc Savage, pero su preocupación mayor, aunque él no la habría admitido en ningún caso, era el posible peligro que amenazara a Ham.

Este resultó solamente atontado por un tremendo golpe en la cabeza, según demostraba, el chichón que en ella tenía.

Y al ver que la cosa no tenía importancia, Monk oprimió aquel chichón sin mucha delicadeza. Ham gimió, revolviéndose.

Monk dio varios tirones de oreja a su compañero y éste, irritado, asestó un puñetazo a su atormentador.

—Eso no se hace así —observó, dirigiéndose a Monk.

—¡Hombre, lo hice para que recobraras el sentido! ¿Dónde está Doc?

Pasaron entonces dos balas, rozando las cabezas de ambos compañeros, para ir a clavarse en la pared. Los dos amigos se separaron de ella.

—Por ahí dentro —gruñó el abogado—. Yo estaba de guardia. Algo habrá hecho explosión. La corriente de aire que salía del interior me ha derribado. Además, salió un hombre que me dejó sin sentido antes de que yo pudiera levantarme.

—¡Buena guardia hiciste! —dijo Monk.

Entraron en la habitación que contenía varios acuarios pequeños. Muchos de los cristales se habían roto.

Las puertas de la estancia, eran peculiares, pues tenían los umbrales elevados, como las de los barcos, de modo que el agua se había contenido dentro de la estancia y por aquélla nadaba una cantidad muy grande de peces espinosos.

Y los grandes empezaban ya a devorar a los pequeños.

Monk llegó a la puerta de un extremo, que conducía a la sala de las morayas. Vió que estaba cerrada y que la llave había desaparecido.

Tiró de la puerta, que resistió, la golpeó con el hombro y entonces se dio cuenta de que era metálica.

—¡Doc! —gritó con toda su fuerza—. ¿Estás ahí?

No recibió ninguna respuesta. El umbral de acuella puerta estaba levantado también y el interior de la estancia, fue invadido por el agua.

Ham se acercó a Monk.

—¿Qué te parece esto? —preguntó.

Pero Monk, en vez de contestarle, le recomendó que prestara oído.

Pudieron percibir claramente el ruido que hacían varios hombres en el interior, cuando se dieron cuenta que alguien se acercaba corriendo a la casa.

Monk y Ham se dirigieron a la puerta.

Entonces pudieron ver que los enemigos eran el capitán Flamenco y una serie de sus hombres.

Monk se apresuró a cerrar la puerta y dijo a Ham:

—Dame tu pistola ametralladora.

—Me la quitó el mismo individuo, que poco antes me dejara sin sentido.

—Pues estamos aviados —gruñó Monk.

Las balas empezaron a cruzar la puerta y los dos compañeros se retiraron hasta el umbral de la sala de los acuarios. Y se quedaron allí buscando la manera de hacer algo.

Los ruidos que percibieron a su espalda les obligaron a volverse. Habíase abierto la puerta que daba a la sala de los acuarios de las morayas y, por ella, apareció Doc Savage.

CAPÍTULO VIII

CUATRO DURMIENTES

EN una de sus broncíneas manos llevaba Doc Savage un pequeño instrumento que formaba parte de su equipo corriente y que servia para abrir toda clase de cerraduras.

En la otra mano sostenía una reja de barras de acero.

Renny y Topping llevaban el otro extremo de aquella reja y también de otras tres más, con las cuales habían formado una especie de barrera a su alrededor, para defenderse de los ataques de las morayas.

Parecían muy satisfechos de haber salido de aquel lugar y se dirigieron al encuentro de Monk y Ham. Renny empuñaba la lamparilla eléctrica de Doc.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Monk.

—Anguilas morayas —contestó Renny—. Son venenosas y capaces de morder como los tiburones.

—Tratamos de utilizar contra ellas nuestras pistolas ametralladoras —explicó Doc—. Pero esas balas humanitarias se aplastaron al chocar contra el agua.

—Entonces Doc —explicó Renny—, pudo arrancar una reja de la parte superior de los acuarios y, con ellas, nos rodeamos para protegernos.

Topping, con voz aguda y casi inarticulada, gimió:

—¡Nos hemos salvado de una muerte increíble y cierta! Nunca olvidaré esos momentos.

—¡Gracias a Doc! —rugió Renny—. Y usted, en cambio —añadió dirigiéndose a Topping—, anduvo muy torpe al manejar su propia reja.

Pero entonces se fijó en las razones de aquella torpeza, porque

Topping tenía ocupados los brazos en transportar la caja de latón.

—Perdóneme, —dijo el ingeniero—, veo que ha tenido presencia de ánimo. Yo nunca me habría acordado de esa caja.

—Tampoco yo —replicó Topping—, pero Doc Savage me indicó la conveniencia de sacarla.

—Bueno, ¿y qué es eso? —preguntó Monk.

—Algo que explicará la razón de lo ocurrido —contestó Topping.

—Bueno, pues, ábralo.

Oyóse entonces otro estampido y toda la casa tembló sobre sus cimientos.

Cayeron pedazos de estuco. Era una bomba que había destruido la puerta principal.

—Será preciso aplazar el examen de esta caja —dijo Doc con voz tranquila.

La pistola ametralladora de Renny era la única arma de fuego que poseía el grupo.

El gigantesco ingeniero la graduó para que hiciese disparos sueltos y dirigió un par de balas a través de la puerta.

—Pocas municiones quedan en el tambor —exclamó inquieto—. Será preciso ahorrar los tiros.

A la derecha de la sala de los acuarios había una puerta que, a causa de la oscuridad, les había pasado inadvertida.

Doc Savage la abrió y pudo entrar a una habitación que contenía un banco de carpintero y algunos estantes, en que había todo lo necesario para disecar peces. Y, en efecto, sobre la mesa vió una barracuda a medio terminar.

—Es mi taller —explicó Topping—. Más allá, una escalera, conduce al piso superior.

—¿Hay puerta trasera? —contestó Doc.

—Por aquí —dijo Topping, guiándolos.

Hallábanse en la parte de la casa destinada a vivienda. Los suelos estaban cubiertos de alfombras y los muebles eran sólidos y de mediana categoría.

La puerta posterior era de madera y tenía una vidriera. La hora era aún muy temprana, de modo que en el interior de la casa aun reinaba la oscuridad y Doc Savage tuvo que utilizar su lamparilla eléctrica.

En cuanto el rayo de la luz cayó sobre la vidriera, ésta fue atravesada por algunos balazos y se rompió.

—Sin duda están vigilando por ambos lados —observó Doc Savage.

—Eso —objetó Renny—, se parece al caso de aquel que saltó de la sartén para caer en las brasas.

Doc Savage preguntó a Topping si tenía armas de fuego en la casa.

—Solamente armas de caza —contestó el hombre de ciencia.

Los llevó escalera arriba, hacia un lugar que resultó ideal para la defensa.

Era una habitación muy espaciosa, cuadrada y de paredes de cristal, que servia como solario. En una pared vieron tres escopetas de caza, muy caras.

A su lado había cajas de cartuchos y todos los instrumentos necesarios para hacerlos, pues Topping, como buen cazador, gustaba de fabricarse sus propios cartuchos.

Descolgaron las escopetas y, llevando una de ellas, Doc bajó la escalera.

Apuntó a la puerta, que había sido abierta, a tiempo para recibir el ataque de cuatro hombres.

Apuntó a sus piernas y la escopeta disparó dos tiros.

Los cuatro enemigos echaron a correr. Las otras dos escopetas dispararon desde más arriba. En el exterior los hombres gritaban doloridos.

Oíanse los disparos de los rifles y los revólveres. Doc Savage hizo fuego dos veces más desde la puerta y sus sitiadores volvieron a ocultarse en la maleza.

Subió hacia el solario y entonces pudo ver que la mayor parte de las ventanas habían sido atravesadas por las balas.

Las que quedaban intactas se rompían rápidamente, una tras otra, bajo un granizo de plomo. Había aumentado considerablemente la luz del día, de modo que los defensores no podían aventurarse a mirar al exterior.

Doc Savage se dirigió a un armario de luna, rompió el espejo en grandes fragmentos, que repartió entre sus amigos.

De este modo podían permanecer tendidos de espaldas y ver reflejados en el espejo todo cuanto ocurría en el exterior.

Poco después, los hombres del capitán Flamenco reanudaron el ataque. Pero el fuego de las seis escopetas deshizo su formación, porque, si bien las postas no eran proyectiles mortales, por lo menos producían heridas muy molestas.

Continuó el fuego, pero como las paredes de la casa eran de piedra, poco daño hacían en ella los proyectiles. Y, mientras tanto, iba pasando el tiempo.

Tal vez una hora después, Doc Savage, que estaba tendido en la casa, al lado de la pared que miraba al mar, aconsejó a sus compañeros que acudiesen a mirar.

Ellos obedecieron y pudieron ver un remolcador y una línea de barcazas que se acercaban.

El patrón del remolcador, muy hábil, consiguió situar las barcazas a lo largo de la arena de la playa y a la menor distancia posible de la goleta.

La mayor parte de los sitiadores de la casa abandonaron aquel lugar para dirigirse a la goleta y empezaron a descargar grandes cajas de las barcazas.

Al parecer algunos de aquellos bultos eran muy pesados.

Doc Savage llevaba su pequeño tubo provisto de microscopio, el cual, cambiando las lentes, se podía convenir en un anteojo para mirar a larga distancia, y lo fijó en aquellas operaciones.

—¿Qué hay en las cajas, Doc? —preguntó Monk.

—No tienen marca ninguna —contestó el hombre de bronce—. ¿Sabe usted algo de eso? —preguntó volviéndose a Topping.

—No estoy seguro —contestó Topping—, pero sospecho que estas cajas contendrán los instrumentos necesarios para la terrible cosa que se disponen a realizar.

—Oiga, Topping —dijo Renny—. Ya es hora de que nos aclare usted este misterio.

—Abramos la caja de latón —sugirió Monk.

—¡Cuerno! ¿Dónde está? —preguntó Monk mirando a su alrededor.

—Abajo —contestó Topping, muy asustado al parecer.

—¿Y qué demonio hace allí? —preguntó Renny.

—La dejé en mi taller —explicó Topping—. Estaba entonces muy excitado, pero iré a buscarla.

—Pues yo le acompañaré, para que no se olvide de lo que va a

hacer —replicó Renny.

Los dos hombres avanzaron a gatas por el suelo y luego bajaron la escalera.

Aquella era la primera oportunidad que tuvo Monk para hablar con Doc Savage y aprovechó la ocasión, diciendo:

—Me parece, Doc, que ese Topping pertenece a la cuadrilla.

—¿Cómo se te ha ocurrido esa idea? —preguntó el hombre de bronce.

—Por algunas cosas que oír decir al capitán Flamenco cuando fui atacado en compañía de esa muchacha —explicó Monk—. Estaba seguro de que tú ibas a caer en una trampa. Y resulta que, en efecto, fue así.

Ham, quizá para contradecir a Monk, observó a su vez:

—Pero ¿no estaba Topping en compañía de Doc y de Renny cuando las morayas salieron de sus acuarios?

—¿Es así? —preguntó Monk.

—En efecto, estaba allí —contestó el hombre de bronce.

—¿Y no crees que ese individuo pudo evitar de algún modo el ataque de las anguilas, tal vez subiéndose a algún sitio?

—No había ningún lugar al que pudiera encaramarse —contestó Doc Savage—. Tampoco había allí ventanas y la única puerta estaba cerrada.

—¿Qué te parece eso? —preguntó Ham.

—Bueno, este detalle parece que lo sincera —observó Monk—. Ahora, en cuanto hayamos visto lo que hay en la caja de latón…

Se oyó un grito desde abajo. Era de Renny y parecía estar asombrado y colérico a la vez.

—¡Ha desaparecido la caja de latón! —exclamó con voz tonante.

Monk se puso en pie, pero, en el acto, le dispararon un tiro. El se apresuró a ponerse a gatas y así se dirigió a la escalera.

—¿Dónde está? —rugió.

Renny parecía deseoso de averiguarlo, pues empezó a interrogar a Topping, con voz en la que se advertía su recelo.

Poco minutos después Renny y Topping subieron al solario. El segundo, a juzgar por el aspecto de su ropa, parecía haber pasado por un agujero.

—Ese individuo —observó Renny, señalándolo irónicamente con un dedo—, continúa diciendo que dejó allí la caja de latón. Y, caso

de que sea cierto, alguien la ha robado.

—Tal vez se la llevó uno de los hombres del capitán Flamenco —tartamudeó Topping.

Doc Savage, con gran riesgo para su persona, apuntó su anteojo hacia la goleta.

—Mirad —dijo a los demás cuando habían transcurrido unos segundos.

Ham tomó el anteojo y luego profirió una exclamación de sorpresa.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Monk.

—La caja de latón —dijo Ham—. Los hombres del capitán Flamenco se han apoderado de ella. De eso no hay duda. Se la llevaron hacia la goleta, y ahora la están cargando.

—Bueno, basta de comedia —exclamó Renny volviéndose a Topping—. Ya es hora, díganos todo lo que sepa.

Sin duda alguna Topping era hombre muy nervioso y estaba muy asustado.

Los individuos que se hallan en esta situación hacen a veces cosas muy raras. Topping se congestionó y las venas se mostraron en su frente.

Cerró los puños con alguna fuerza y, al parecer, estaba dispuesto a acometer a Renny.

—¡Ya no quiero más malos tratos! —exclamó—, ¡váyanse ustedes a paseo, porque no quiero decirles una sola palabra más!

—Pues hablarás, si no quieres tener un disgusto gordo —exclamó Renny.

Pero no se supo cómo habría podido terminar aquella escena.

El tiroteo del exterior aumentó en volumen y en intensidad, hasta adquirir las proporciones de una verdadera batalla y, por extraño que parezca, apenas si una bala que otra iba a dar en el solario.

—Tropas federales —dijo Doc Savage, asomándose—. Los tiroteos anteriores les han llamado la atención y por eso han venido.

El capitán Flamenco y sus hombres se apresuraban a emprender la fuga.

Lleváronse sus heridos hacia la goleta y embarcaron en ella. Luego pasaron a una de las barcazas y, por fin, al remolcador.

Y la borda de éste era de madera muy gruesa y fuerte, y les proporcionó un excelente baluarte.

Soltaron las cuerdas que unían las barcazas al remolcador. El tubo de emisión de éste empezó a despedir chorros de vapor.

Hervía el agua a corta distancia de la hélice y luego el barco se dirigió hacia la Caleta Diez Brazas.

La policía siguió disparando sin cesar, pero ya sus tiros no tenían la menor eficacia.

Doc Savage y sus hombres salieron de la casa y el primero explicó todo lo ocurrido a la policía del Estado. Luego, tras de encargar a Renny que vigilase a Topping, Doc, acompañado de Monk y de Ham, se dirigió a la punta de tierra de la caleta y miró hacia el Sound Island. El remolcador de las barcazas se había perdido de vista entre la niebla de la mañana.

Decidido a interrogar estrechamente a Topping, se volvieron hacia donde lo habían dejado, pero ya no pudieron encontrarlo.

Entonces descubrieron a Renny sin sentido en unas matas. Topping había cogido descuidado al enorme ingeniero, le golpeó la cabeza con una piedra, y escapó.

Doc decidió regresar a su cuartel general. Por el camino, telefonearon a las estaciones de guardia de la costa, preguntando con respecto al vapor de carga Mares Tropicales, al que se había visto con rumbo hacia el Este.

Pero el tal barco no había sido localizado, porque la niebla que reinaba en el Atlántico era mucho más espesa que en el Sound.

Parecía como si el asunto hubiese llegado a un punto muerto. Monk y Ham reanudaron su discusión acerca de por qué los pantalones de los marineros eran anchos por abajo.

De este modo llegaron al piso ochenta y seis del rascacielos de Manhattan, donde tenían su cuartel general.

Abrióse la puerta de la antesala en cuanto Doc Savage se hubo aproximado a ella. Aquel fenómeno, que producía la mayor extrañeza en todos, era muy sencillo.

Oculto en el suelo, y ante la puerta, había un electroscopio, muy sensible, conectado con un reloj, el cual, a su vez, actuaba sobre el mecanismo que abría la puerta.

Doc llevaba una placa de metal radioactivo en un tacón de sus zapatos, y eso afectaba el electroscopio que ponía en marcha el

funcionamiento del aparato.

Cuando Monk y Ham estaban en lo mejor de su discusión, el primero la interrumpió para dar un salto hacia la mesa, en la que vió un artículo que no estaba antes.

Parecía un saco de viaje de gran tamaño, de cuero grueso y provisto de una reja de ventilación en cada uno de sus dos extremos.

Monk levantó aquel saco y se oyó una serie de gruñidos.

—Habeas Corpus —exclamó Monk, muy satisfecho.

Ham, cuyo rostro se congestionó, empezó a gritar.

—¿Cómo demonio ha llegado aquí?

—Lo habrá traído mi secretaria —contestó Monk, sonriendo, en tanto que abría el saco de viaje.

Salió Habeas Corpus. Este era un cerdo domesticado y que, entre la familia de los cerdos, era tan feo como Monk en la raza humana.

El cerdo tenía unas orejas larguísimas, cara muy curiosa y un cuerpo muy flaco. Ham, indignado, se dirigió a la ventana y se asomó a ella.

Muchas veces había manifestado su opinión de que el mundo no podía tolerar la existencia de aquel cerdo.

Monk quiso reanudar la discusión acerca de los pantalones de los marineros, pero, al parecer, Ham había llegado al límite de su paciencia.

Se volvió, levantó el puño y dio un paso hacia Monk, pero entonces, ocurrió algo raro.

Ham abrió en extremo la boca y en su rostro apareció una extraña expresión. Se doblaron sus rodillas y se sentó en el suelo.

—Envenenado por su propia respiración —dijo Monk, figurándose que quería bromear.

Ham se cayó de cara y un momento después le ocurrió lo mismo a Renny, que se desplomó como árbol descuajado.

—¡Demonio! —gritó Monk.

Y, a su vez, sintió una cosa inexplicable.

Doc Savage, con la tremenda velocidad de que eran capaces todos los miembros de su adiestrado cuerpo, atravesó la antesala, y la biblioteca, y se dirigió al laboratorio. Movíase casi con frenesí.

Llegó al lado de una caja que contenía muchas botellas con productos químicos.

Tomó tres de ellas y bebió de cada una en sucesión, aunque sin tragar el líquido, para que se mezclara en su boca. Luego se tragó la mezcla.

El hombre de bronce volvió a la antesala con la misma prisa que antes.

Ham, Monk y Renny estaban tendidos en el suelo, así como Habeas Corpus.

Doc se inclinó para examinarlos.

Oyóse entonces, y con mayor intensidad que de costumbre, aquel trino especial y fantástico que llenó la antesala, la biblioteca y el laboratorio.

AL principio fue muy intenso, pero decreció, poquito a poco.

Y, al mismo tiempo, el hombre de bronce perdió la posibilidad de seguir sosteniéndose en pie. Dobló la rodilla, y luego se inclinó hacia el suelo, en el cual apoyó las manos, y a los pocos segundos, su cuerpo gigantesco se tendió por completo y se relajó.

CAPÍTULO IX

PASAJEROS HACIA NASSAU

DOC Savage estaba desnudo de la cintura arriba. Sus músculos, aun en estado de reposo, parecían cables sobre los cuales se extendía la fina piel de color de bronce.

Doc se hallaba sentado en una silla. A su espalda estaba abierta una puerta, por la que entraba, la brisa salada del mar y el ruido del agua que rozaba la nave. En la habitación había un armario encajado en la pared, una alfombra algo gastada, dos salvavidas colgados y, en la puerta, un aviso dando cuenta de dónde se hallaba el bote salvavidas correspondiente a aquel camarote.

Había también una cama. En ella estaban tendidos Renny, Ham, Monk y el cerdo Habeas Corpus.

Por espacio de algunos minutos no se oyó allí ningún ruido. Doc Savage no se movía. El reloj de a bordo dio las seis. Dos mujeres pasaron por el corredor exterior hablando entre sí.

—Llegaremos esta misma noche a hora avanzada a Nassau —dijo una de ellas.

Y continuaron su camino.

Ham se revolvió un poco en la cama, levantando un brazo y dejándolo caer sobre Monk. Este lo separó como si hubiese sido un insecto y Renny, sin moverse, dio un gruñido.

Doc Savage se puso en pie, se dirigió al lavabo y tomó un vaso de agua y arrojó el líquido con fuerza a la cara de cada uno de aquellos hombres.

Luego también hizo lo mismo con el cerdo, que se puso en pie en el acto, para guarecerse debajo de la cama.

Monk se incorporó, despacio, aunque con los ojos cerrados. Y, al abrirlos, miró a Doc, al camarote y a sus compañeros.

Parpadeó varias veces y luego sacudió a Ham.

Este abrió poco después los ojos y miró a Monk, cual si fuese un verdadero demonio. No contestó. Renny volvió a gruñir, revolviéndose sobre Ham, que dio un balido.

Transcurrieron aun cinco minutos antes de que estuviesen todos despejados.

Monk miró de nuevo a su alrededor.

—Lo que quisiera saber —dijo—, es dónde estamos, cómo hemos llegado y qué hacemos aquí.

—Te has olvidado de una pregunta interesante —dijo Doc Savage—, y es averiguar a qué día estamos de la semana.

—Era sábado cuando nos quedamos sin sentido —gruñó Monk —. Y supongo que hoy es sábado por la tarde.

—Jueves —replicó Doc Savage.

—Oye, ¿quieres burlarte de nosotros? —preguntó Monk.

—Hoy es jueves —repitió Doc Savage—. Habéis estado sin sentido casi cinco días enteros.

Todos se mostraron extrañadísimos. Ham, de un salto, se dirigió a la puerta y no tardó en notar que estaba cerrada.

Monk se limitó a sentarse en la cama y a poner cara de asombro. Renny, sin embargo, se dirigió a la porta y consiguió pasar la cabeza por ella.

—Agua —dijo después de echar una mirada—. Nada más que agua.

—Estamos en un camarote de estribor —dijo Doc Savage—. Y en breve creo que llegaremos a una isla llamada Great Isaac, donde hay un faro. Está situada en el borde de la ruta que conduce a Nassau, siguiendo un camino muy profundo.

—¿A Nassau? —preguntó Renny, muy extrañado.

—Es el puerto principal de New Providence, una de las islas del norte del Mar Caribe —contestó el hombre de bronce—. El barco llegará esta noche, según dijeron dos pasajeras al pasar por delante de esta porta.

Monk se puso a gatas sobre el suelo y, extendiendo un brazo por debajo de la cama, hizo salir a Habeas Corpus, que parecía muy enojado por lo ocurrido.

Había perdido su agilidad, pero aun estaba bastante animoso para tranquilizar a Monk. Este miró fijamente a Doc Savage.

—¿Qué nos ha sucedido? —preguntó.

—Es una historia muy rara.

—Todo este asunto lo es —replicó Monk—. Desde el momento en que entró aquel individuo en nuestra oficina poco antes de morir.

—¿Cuál es la última cosa que recuerdas? —preguntó Doc.

—Pues, que en la oficina tuve sueño y necesidad de echarme a dormir —contestó Monk.

—Eso fue causado por un nuevo tipo de anestésico que ahora se empieza, a usar en los hospitales —contestó Doc—. No sería difícil obtener ese producto de alguna fábrica de productos químicos. Y eso explica tal vez cómo ha podido esa chica apoderarse de ello.

—¿Chica? —exclamó Monk poniéndose en pie de un salto.—; ¿Quieres decir, acaso, que "Diamond" Eve Post...?

—Sí, ella ha sido —contestó Doc—. Probablemente insufló el gas por debajo de la puerta. Como es inodoro no nos dimos cuenta. Luego nos hizo transportar a todos a bordo de este vapor que, a la vez, es de carga y de pasajeros y hace la ruta regular a las islas del Caribe.

—¿Qué nos trajo a bordo? —preguntó Monk con la mayor incredulidad.

—Lo consiguió sin que se diese cuenta nadie —dijo Doc—. Cada uno de nosotros fue metido en un gran baúl y ella los hizo meter todos en este camarote. Logrado esto nos sacó, hizo retirar los baúles y es muy probable que nadie más que ella esté enterada de nuestra presencia a bordo.

—¿Y por qué ha hecho esto? —preguntó Monk.

—Eso es un misterio —replicó Doc.

—¿Y cómo es posible que sepas todo eso? —siguió preguntando Monk muy escamado—. ¿Has hablado con esa muchacha?

—No. Es muy probable que nos crea todavía dormidos.

—¿Cómo has descubierto todo eso? —insistió el químico.

—Tomé un antídoto para el anestésico —explicó Doc Savage—. Tuve la fortuna de reconocerlo cuando Ham perdió el sentido. Y me dio tiempo para llegar al laboratorio y mezclar las sustancias que pudiesen destruir sus efectos.

—Entonces tú no has perdido el sentido —observó Monk.

—Claro que no —replicó Doc.

Monk meneó la cabeza, como si no acabase de comprender, pero luego preguntó:

—¿Por qué has desempeñado esa comedia? ¿No valía más apoderarse de esta mujer?

—Como ya habrás notado —replicó Doc—, no se deja manejar fácilmente. Nos trajo a bordó de este barco con algún propósito definido, de modo que, lo más natural, era dejarla obrar y averiguar el resultado.

—¿Está a bordo "Diamond" Eve Post? —preguntó Monk con cierto interés.

—Si —contestó Doc Savage.

Monk sonrió. De pronto recordó algo y, poniéndose otra vez a gatas, examinó una serie de cajas de metal que había debajo la cama.

Estaban numeradas y muy bien cerradas.

—Ese —dijo—, es el equipo que habitualmente llevamos con nosotros cuando salimos de viaje —murmuró—. ¿Cómo demonio han llegado aquí?

—Las ha hecho traer esa muchacha. Todo ese equipo, según recordarás, estaba reunido en un armario —añadió Doc—. De modo que no tuvo necesidad de andar buscando de un lado a otro y, segura de lo que hacía, lo trajo todo.

—¿Y por qué habrá hecho eso? —preguntó Monk.

—Chitón. Alguien llega.

Prestaron oído y, en efecto, percibieron unos pasos firmes y atrevidos que se detuvieron ante la puerta de su camarote.

Un leve chasquido les dio la impresión de que alguien metía una llave en la cerradura, pero pronto se dieron cuenta de que el recién llegado no usaba la llave, sino que abría con una ganzúa.

Doc Savage señaló la cama y sus compañeros se apresuraron a fingir que estaban sumidos en el sueño.

Al fin se abrió la puerta y Doc Savage se había tendido al lado de sus compañeros. Uno de sus brazos lo tenía cruzado sobre los ojos, para poder ver sin que su enemigo recelara la menor cosa.

Se abrió la puerta y apareció Topping. Andaba con paso resuelto y firme y en su rostro no había ninguna indecisión. Era evidente que quería dar la impresión de ser muy animoso. Pero abandonó aquella atrevida actitud al ver a los individuos que estaban sobre la

cama. Ello lo asustó y, volviéndose a la puerta, se dispuso a salir, pero, de pronto, debió de recordar que los individuos que estaban en la cama no se habían movido.

Titubeó unos instantes y luego volvió a entrar. Sin embargo, temblaba y se retorcía las manos.

—Esa muchacha es terrible —dijo con voz audible—. Esa muchacha les ha dado muerte a todos —añadió mirando a los individuos tendidos en la cama.

Entonces, inesperadamente, se abrió la puerta a su espalda. La hoja de madera rebatió con la mayor fuerza contra la pared para dar paso al capitán Flamenco y a tres de sus hombres, que sacaron las pistolas de sus bolsillos.

Doc Savage observaba la escena, entreabriendo apenas los ojos, pero no se movió.

Era evidente que Topping no había esperado a aquellos sujetos. Se acurrucó, de espaldas a la pared y no pronunció una sola palabra.

—¿Qué les pasa a ésos? —preguntó el capitán Flamenco fijándose en los que estaban en la cama.

Luego, sin esperar respuesta, agarró a Renny y lo sacudió con violencia. El ingeniero era un excelente actor y supo dar la impresión de que estaba dormido.

—¡Caramba, a esos sujetos les pasa algo! —exclamó el capitán Flamenco.

—Eso lo habrá hecho esa chica —observó uno de sus hombres.

—Es muy lista —murmuró el capitán Flamenco—. Sin duda los ha tenido encerrados aquí desde que salimos de Nueva York, sin que se enterase nadie. Ni siquiera sabíamos que estaba ella a bordo hasta que la vimos entrar en el comedor.

—Hemos estado de suerte cuando la seguimos y pudimos ver que entraba aquí —observó uno de los hombres.

El capitán Flamenco se quedó pensativo. Ajustó su corbata, se ladeó el sombrero y luego dio una palmada.

—Ya comprendo lo que se proponía esa muchacha —exclamó.

—¿Qué? —preguntó uno de sus compañeros.

—Nos siguió y pudo averiguar que habíamos embarcado con todas sus cosas —dijo el capitán—. Adivinó el rumbo que pensábamos seguir y por eso se trajo al hombre de bronce y a los

demás para soltarlos contra nosotros.

El capitán Flamenco sacó un enorme cuchillo marinero y, con la mayor frialdad, dijo:

—Aquí es dónde vamos a terminar para siempre con la molestia de Doc Savage.

Se acercó a la cama y sus compañeros también sacaron cuchillos. Topping no se movió ni dijo una sola palabra.

Doc Savage, de un salto rapidísimo, abandonó la cama y se puso en pie.

Un momento después lo imitaron sus compañeros, que se dispusieron a afrontar a los enemigos. Aquella prometía ser una lucha excelente.

Pero no se llevó a cabo, gracias a una interrupción inesperada. Se oyó la voz de "Diamond" Eve Post, que, con la mayor tranquilidad, dijo:

—Es una suerte qué empuñe una pistola automática que dispara con la mayor rapidez.

Un cuadro de proporciones tan insignificantes que nadie lo había notado siquiera, se ladeó para dejar al descubierto un agujero por el cual se asomaba la boca de una pistola automática.

Topping dio un grito tan agudo que cualquiera lo hubiese creído de mujer.

Dio un salto hacia la puerta, la abrió y salió.

Ya fuese porque el miedo de Topping se les hubiese contagiado o por otra razón cualquiera, todos creyeron que la fuga era lo más aconsejable y desaparecieron con una rapidez extraordinaria, cerrando la puerta antes que Doc llegase a alcanzarla.

Doc agarró el pomo, pero, sin duda, uno o más fugitivos lo sujetaban en el exterior. Doc hizo tuerza, pero solo consiguió desatornillar el pomo, que se le quedó en la mano.

El que lo sujetaba por el exterior se vio también en la misma situación. Dio un gruñido de placer y echó a correr para reunirse con los demás.

La puerta estaba, pues, bastante bien cerrada y Doc no tenía ningún instrumento para abrirla. Luego la empujó con el hombro.

Le dio tal vez media docena de empujones y, al fin, se desprendió el cerrojo.

Doc salió al corredor y miró hacia proa, pero ya no vió a sus

fugitivos.

Entonces el hombre de bronce se dirigió a popa.

Abrióse la puerta del camarote inmediato y se asomó primero al cañón de una escopeta y luego apareció "Diamond" Eve Post, quien, sonriendo, exclamó:

—Se han marchado. Y creo que no conviene perseguirlos, porque el capitán Flamenco tiene, por lo menos, treinta hombres a bordo.

Doc Savage la miró fijamente. Monk y los demás estaban ya en el corredor.

Aparecían deprimidos y hambrientos, porque habían pasado varios días sin comer.

—Ahora volveremos al camarote —dijo Doc Savage a la joven—, y le haremos unas cuantas preguntas.

—Es inútil, —contestó ella—, porque no quiero contestar.

De todos modos consintió en entrar en el camarote y mientras se sentaban los tres hombres de Doc, ella dijo a éste:

—Está usted despierto y despabilado. ¿Cómo es posible?

Doc Savage no tuvo inconveniente en decirle que no había estado sin sentido durante aquellos días como les ocurrió a sus compañeros.

—No me lo explico —contestó ella—. Varias veces he mirado por un agujero y pude ver que también usted permanecía inmóvil.

—Como yo me daba cuenta de su llegada por el ruido de sus pasos —contestó Doc,— tenía tiempo para adoptar la actitud conveniente.

En aquel momento se oyó un tiro y Monk, asombrado, exclamó:

—Pasa algo en la cala.

—El capitán Flamenco —contestó "Diamond" Eve Post—. Se habrá decidido ya a dar el golpe.

Y aquella fue la primera vez que notaron que estaba asustada.

CAPÍTULO X

PIRATERIA

DOC Savage sujetó a la joven por un brazo y, con acento autoritario, le preguntó:

—¿Qué se propone el capitán Flamenco?

—Apoderarse del barco —contestó la joven—. Como nosotros le estropeamos la goleta que utilizaba, y él necesita un barco, quiere apoderarse de éste.

Doc Savage salió al corredor y ella lo siguió. Monk, Ham y Renny, de mala gana, imitaron su ejemplo.

—Acuérdese usted —dijo la joven a Doc—, de que su equipo está en el camarote.

—Tal vez lo necesitemos —contestó el hombre de bronce.

Los cuatro, porque la joven no se movió, fueron en busca de las cajas metálicas que contenían su equipo.

—Tengo algunas provisiones en mi camarote —advirtió ella—. Voy a buscar algo que comer.

Un momento después salió llevando un maletín. Y Monk, al notar su pequeño tamaño, exclamó:

—¡Caramba, soy capaz de comer mucho más de lo que contiene éste!

—Aquí hay alimentos concentrados —contestó ella—. Si pone usted una de esas píldoras en una olla de agua, resulta un caldo de buey excelente.

—Ahora —dijo Doc interrumpiéndola,— vamos al punto más importante del buque, o sea la oficina de radio.

—Me parece que está en la cubierta de botes y hacia proa.

—No, sino hacia popa —corrigió Doc—. Y ahora que recuerdo, deseo preguntarle si este buque se llama Caribbenda.

Avanzaban entonces por el estrecho corredor y la joven preguntó a Doc:

—¿Cómo se ha enterado usted del nombre de este buque?

—Lo he oído pronunciar varias veces en los últimos días —explicó el hombre de bronce.

—¡Oh! Llegué a figurarme que era usted vidente.

Subieron por una escalerilla y casi en el mismo instante oyeron los gritos de un hombre y su voz parecía estar saturada de horror.

Salieron a la cubierta superior, en donde había una confusión de ventiladores, chimeneas, mástiles, escotillas, sillones y un patio para juego.

La caseta de la radio estaba allí cerca. Ante su puerta vieron a un hombre en pie y pudieron notar que sostenía un revólver. Sin duda, se atemorizó al ver a Doc Savage y a sus compañeros, porque se apresuró a emprender la fuga.

El hombre de bronce se acercó a la caseta de la radio y una mirada a su interior le bastó. El radiotelegrafista estaba en el suelo sin sentido y también observó que los aparatos de telegrafía inalámbrica habían sido destrozados.

Monk dejó caer la caja de su equipo, tornó un sillón y corrió a lo largo de la barandilla que había saltado el hombre del revólver.

De este modo descendió a la cubierta inferior y luego emprendió la carrera.

Monk le arrojó el sillón, que le dio de lleno, y el fugitivo cayó al suelo.

Pero no quedó sin sentido y, después de dar varias vueltas sobre sí mismo, empezó a disparar sobre Monk, quien se apresuró a retirarse.

La sirena del barco empezó a chillar en tono quejumbroso, de modo que Doc Savage y su ayudante, después de haber intentado comunicarse por medio de sus voces, en vista de que no lo conseguían, recurrieron a hacerse señas con los dedos, de acuerdo con el alfabeto de los sordomudos.

—EL aparato de radio está inservible —afirmó Monk.

—Ya lo sé —contestó Doc—. Ahora conviene impedir que esos bandidos entren en el cuarto de máquinas.

Echaron a correr hacia delante, en dirección a la escalerilla que les permitiría llegar al cuarto de máquinas. Pasaron por el lado de

un ventilador, que les permitió oír unos sonidos raros.

—Escuchad —dijo Doc, deteniéndose y señalando el ventilador.

Percibieron claramente el quejido ahogado de un hombre. Luego oyeron un tiro, un grito y, por fin, hubo silencio.

Pero, a los pocos segundos, el capitán Flamenco, exclamó:

—Ya que somos dueños del cuarto de máquinas, poco nos importa el resto del navío. En cuanto a la radio, está ya estropeada por completo.

—Este ventilador conduce al cuarto de máquinas —añadió Doc —, y parece ser que el capitán Flamenco ha logrado su propósito.

En el puente resonó un tiro.

Uno de los hombres del capitán Flamenco disparaba contra ellos, con un rifle de gran alcance.

Doc Savage y sus compañeros se apresuraron a ocultarse. Aun disponían de las cajas de su equipo, y cada, uno de ellas abrió la suya y examinó el contenido.

—¡Qué lastima? —exclamó Renny—. No tenemos pistolas ametralladoras.

—Yo hice cuanto pude —contestó la joven—. Pero me fue imposible encontrarlas.

—Tampoco hay gas —observó Monk—. Y ni siquiera máscaras antigas. Me parece que nos vamos a ver en un lío desagradable.

La joven logró reanimar un tanto a los cuatro hombres, dándoles algunas noticias.

—El capitán Flamenco dispone de toda suerte de armas —dijo—. Tuvo la ocasión de traer todo cuanto pudiera necesitar.

En diversas partes del buque se oían algunos tiros. Las pasajeras chillaban sin parar y los hombres gritaban con voz ronca y airada.

Inesperadamente, Doc abandonó a sus compañeros y se dirigió a la caseta de la radio. Consiguió entrar en ella, y al salir llevaba consigo un paquete de papeles amarillos que encontrara sujeto a un tablero de la pared.

—¿Qué es eso? —preguntó Monk.

—Radiogramas enviados y recibidos por el buque, desde que salimos de Nueva York —contestó Doc.

Monk se disponía a hacer algunas preguntas, pero antes de que las formulase oyéronse muchos gritos en la cubierta inferior.

Entre ellos se oía, la voz del capitán Flamenco dando órdenes.

Al parecer, llevaba a los pasajeros debajo de la cubierta de popa.

Monk, asomándose, vió el lado de una escotilla cubierta de cristales, que parecía una casita. Su altura era casi semejante a la de un hombre.

Monk abrió su caja metálica y examinó el contenido. Doc Savage se acercó.

Aquella caja contenía un pequeño laboratorio químico transportable y el geoquímico y Doc examinaron su contenido.

—¿Qué podemos hacer con todo eso, Doc? —preguntó Monk.

Este, aun cuando gozaba de la fama de ser uno de los más notables químicos industriales de la Nación, sabía muy bien que Doc lo aventajaba, en aquella ciencia.

—Por lo menos, deberíamos probar una cosa —contestó Doc Savage.

Inmediatamente empezó a trabajar. En tres cubetas mezcló tres diferentes grupos de substancias químicas. Aquellas cubetas eran plegables y de un modelo muy ingenioso. Luego, Doc tomó cierto número de pequeños frascos de vidrio provistos de sus respectivos corchos.

Llenó los frasquitos, los tapó y luego sacudió el contenido. Durante toda aquella operación, Doc, contuvo el aliento, y cuando quería respirar se volvía para recibir la brisa marina.

—Tal vez lo verán —observó Monk—. Además, huele mucho.

—Ya procuraremos orillar esta díficultad —le dijo Doc.

En la cubierta superior gozaban de gran facilidad de movimientos, como si los hombres del capitán Flamenco estuviesen muy ocupados en otras partes, pero sin duda alguna debía, de haber guardianes en las escalerillas.

Doc Savage se dirigió a una gran caja de madera cuya tapa estaba provista de bisagras. Había otras varias encima de la cubierta y estaban destinadas a guardar las mangas de caucho para caso de incendio.

Esas mangas estaban envueltas por un tejido de algodón. Doc Savage tomó un rollo y en él derramó una substancia química muy inflamable.

Llevó la manga hasta un ventilador muy grande y luego aplicó un fósforo al extremo de aquélla, que empezó a arder con la mayor violencia.

Doc Savage metió el extremo incendiado por la abertura del ventilador.

—El humo —dijo volviéndose a Monk—, llenará la mayor parte del salón y de los camarotes.

—Pero si encuentran esa manga encendida, la apagarán —dijo la joven, que había, estado observando con la mayor curiosidad.

—Naturalmente —dijo Doc;— pero antes ya habrá producido bastante humo.

Con gran ansiedad esperaron, y de este modo transcurrieron cinco minutos.

Luego se oyeron algunos gritos y uno de los marineros, más nervioso que los restantes, dio la voz de ¡fuego!'.

Mirando hacia popa y acercándose a la escalerilla, Doc pudo ver humo. Y oyó también que muchas personas tosían violentamente.

—Menas mal —observó Monk—. Este humo impedirá que perciban el olor de lo demás.

Doc Savage se dirigió hacia proa llevando consigo los frasquitos que había llenado con aquella mezcla de productos químicos, y al pasar por cada uno de los ventiladores arrojaba a él uno de los frascos, con bastante violencia para que se rompiese.

En algunos ventiladores echó hasta dos y tres frasquitos, y luego, terminada, ya la operación, fue a reunirse con sus compañeros.

—Ahora, veremos qué sucede —dijo.

—¿Que había en los frasquitos? —preguntó "Diamond" Eve Post.

—Un liquido que se escapará rápidamente y que al ser respirado deja sin sentido —le contestó Doc Savage,— y tiene la ventaja de ser muy eficaz a escasa concentración.

Habían observado que el viento soplaba por estribor y, por consiguiente, se situaron en aquel lado.

—¿Y se podrían evitar, mediante unas máscaras, los efectos de este gas? —preguntó "Diamond" Eve.

—No tendrán tiempo —contestó Doc Savage—. Y gracias al humo no descubrirán la presencia de este gas.

—Apuesto cualquier cosa —dijo la joven,— a que no podrá dejar insensibles a los individuos de la cuadrilla, del capitán Flamenco.

—No conoce usted los efectos de este gas —contestó Monk.

—Supongo que para que produzca efecto habrá de ser respirado antes.

—Claro está —contestó Monk.

—Pues bien, ya verán ustedes cómo no tiene eficacia ninguna con los hombres del capitán Flamenco.

Doc miró con la mayor atención a la joven, sin duda muy interesado por lo que acababa de decir. Mientras tanto, se oían unos ruidos significativos en la cubierta inferior.

Algunos hombres vigilaban y, al parecer, reinaba allí el pánico. Una mujer gritaba, diciendo que hombres y mujeres se caían muertos de repente, y Monk, al oírla, lamentó el miedo que sufrían, pero no había manera de evitarlo.

Poco a poco se callaron aquellas voces, atemorizadas y pocos minutos después reinaba en el buque un silencio sepulcral.

—Me parece que ha llegado el momento de intentar el descenso.

—Tenga usted cuidado —dijo "Diamond" Eve—. Le aseguro que ni el capitán Flamenco ni sus hombres habrán sido víctimas del gas.

—¿Pero cómo puede ser eso? —preguntó Doc Savage, extrañado —. ¿Quiere hacer el favor de explicarse de una vez?

—¿No recuerda usted que en Nueva York pudo ver cómo el capitán Flamenco y dos hombres más se metían en el agua y no volvían a salir? —replicó la joven.

—Verdaderamente, es difícil olvidarlo —dijo Doc—. Cualquiera hubiese podido creer que se habían ahogado, pero no fue así.

—Bien. No voy a decirle nada más, pero tenga cuidado al bajar —insistió ella.

—Llegará un momento —le advirtió Doc Savage—, en que nos hará perder la paciencia. Las atenciones debidas a una mujer serán olvidadas al fin. Recuerde que tenemos medios a nuestra disposición para obligarla a hablar.

—¿Se figura que tengo miedo? —replicó ella.

Doc Savage y sus tres compañeros se dispusieron a descender. El buque dio algunos bandazos, como si nadie ocupase la rueda del timón. El sol estaba a punto de ponerse. Doc Savage detuvo a sus amigos, diciéndoles:

—Esa muchacha parece estar muy segura de lo que dice, de modo que tal vez convendrá que seamos algo precavidos.

Dicho esto, se dirigió a una pequeña claraboya que alumbraba un reducido salón escritorio. Pudo levantar fácilmente el cristal y apareció un hueco suficiente para darle paso.

Sin ruido, puso los pies en el suelo y prestó oído. No oyó nada y entonces se dirigió a una porta, que le permitió observar la cubierta de popa.

Allá habían conducido a los pasajeros y los tripulantes del buque.

Y Doc los vió tendidos en la misma posición en que habían quedado al caer.

Entre ellos no pudo descubrir a uno solo con los ojos abiertos.

Entonces se dirigió a la puerta y se asomó por ella. En el acto oyó media docena de tiros.

CAPÍTULO XI

CARGA OCULTA

DOC Savage, gracias a un ejercicio largo e intenso, era capaz de percibir una cosa determinada con una rapidez mucho mayor que otras personas.

Y, al mismo tiempo, había adquirido la habilidad de moverse con mucha mayor celeridad que otras personas.

El capitán Flamenco y sus hombres estaban ocultos por la cubierta. Iban armados, pero, después de ver a Doc Savage, fue necesario apuntar hacia él.

Necesitaron para eso una fracción de segundo, pero aquel corto tiempo permitió a Doc Savage retirarse con la mayor oportunidad.

Sonaron los disparos y las balas estropearon la puerta y las paredes de la salita. Doc Savage no perdió un instante. La muchacha tuvo razón.

Dirigióse de nuevo a la claraboya que había levantado y, agarrándose a las manos de Monk y de Renny que se las tendían, subió fácilmente a la cubierta superior. Hecho eso, cerraron las claraboyas.

—Se ve que ese gas no ha sido eficaz —observó Renny.

—Ha producido el debido efecto en los pasajeros —le contestó Doc,— pero nuestra amiga tuvo razón al afirmar que el capitán Flamenco y sus hombres estarían despabilados.

—Sin duda, se han puesto máscaras —gruñó Monk.

—No —replicó Doc.

—Pues es muy raro.

—¡Bajad! —ordenó entonces a gritos el capitán Flamenco.

—Vale más que subas a buscarnos —le contestó Monk.

—¡Y un cuerno! —replicó el capitán Flamenco—. Sé que lleváis

vuestro equipo y ya conozco algunos de vuestros trucos.

—Nunca va mal tener un poco de fama —murmuró Renny, cuidando de que el enemigo no oyese su voz.

—Nos tienen miedo —dijo Monk—. Por eso no nos han atacado ya.

"Diamond" Eve Post se acercó a ellos, evidentemente muy complacida de que las cosas hubiesen resultado tal como predijo. Y preguntó:

—¿No se lo había anunciado ya?

Monk la miró intensamente y decidió valerse de la persuasión. Por eso, muy serio, dijo:

—Estamos en una situación peligrosa, señorita Post. Y usted se encuentra también complicada en ella. ¿No le parece que sería muy oportuno y conveniente que nos dijese usted cuanto sabe?

—Bueno, ahora quiere usted aplicar la lógica conmigo —exclamó ella.

—Le digo una cosa llena de sentido común —le aseguró Monk—. Esos hombres están dispuestos a matarnos a todos, si pueden. No sabemos qué andan buscando y menos comprendemos por qué el gas narcótico no les ha hecho ningún efecto.

—Oiga —replicó "Diamond" Eve—. Cuanto menos sepan ustedes, mejor. Todos, el capitán Flamenco, Topping, yo misma y todo el mundo, vamos en busca de Taz. Y usted no sabe qué cosa es Taz. ¡Magnífico!

—Esta conducta de usted no es lógica —replicó Monk.

—¡Ya lo creo! —replicó ella—. Yo voy en busca de Taz, que me pertenece en buena justicia. Estoy segura de que usted no me daría la razón, asegurando que Taz pertenece al mundo entero. Ahora usted y yo hemos de estar de acuerdo, porque el capitán Flamenco nos persigue a los dos. Pero una vez pasado este peligro, yo proseguiré por mi cuenta.

Monk se indignó y se disponía a expresar su cólera, cuando el capitán Flamenco volvió a gritar:

—¡Doc Savage!

—¿Qué pasa? —replicó el llamado.

—Mire en la cubierta de proa —aconsejó el capitán Flamenco—. Le doy mi palabra de que no dispararemos contra usted.

Doc Savage, a pesar de la protesta de Monk, se dirigió allá.

El hombre de bronce sacó del bolsillo un aparatito telescópico de espejos y lentes intercambiables, gracias a lo cual podía utilizarse como periscopio, telescopio y microscopio.

La joven no se le lo había quitado del bolsillo mientras lo creyó inanimado.

Y, graduando debidamente el aparato, Doc miró por encima de la barandilla.

No pudo descubrir al capitán Flamenco, aunque sí a algunos de sus hombres, que se hallaban al lado de varios pasajeros inconscientes.

Tenían las pistolas preparadas y apuntadas hacia los cuerpos inanimados del pasaje y la tripulación.

De pronto se oyó la voz del capitán Flamenco que, sin duda, se había ocultado, preguntando:

—¿Está usted mirando, hombre de bronce?

—Sí —gritó Doc Savage.

—Tome un bote salvavidas de la cubierta superior —rugió el capitán Flamenco—. A muy poca distancia, hacia el Sudeste, se halla el cabo Great Stirrup. Si se aplican ustedes a los remos podrán llegar hasta allá. Y luego les será fácil tomar pasaje en la goleta que va a Nassau o podrán ir a otro lugar cualquiera. Es una buena idea, ¿no le parece?

—Puede ser que no nos guste —replicó Doc.

—Preferirá, sin duda, ver cómo esos pasajeros son acribillados a balazos —le contestó la voz poderosa del capitán Flamenco.

El largo silencio de Doc Savage después de las palabras del capitán, podía significar que pesaba las circunstancias y las probabilidades acerca de lo que acababa de oír.

No eran agradables y tampoco había razón para sospechar que el capitán Flamenco se dispusiera a hacerlos víctimas de algún engaño.

Aquel individuo había cometido ya en otra ocasión un acto de piratería, de modo que, en caso de ser preso, no había duda de que moriría en la horca.

—¿Y los pasajeros? —preguntó Doc.

—Los pondremos a bordo de los botes y soltaremos en alta mar esas embarcaciones —contestó el capitán Flamenco.

—Supongo que usted mismo se da cuenta de lo difícil que le

resultará creer que vamos a confiar en su palabra.

—No tiene ninguna necesidad de confiar en ella —replicó el capitán Flamenco— Ahora he ordenado que los carguen en las barcazas y que los echen al agua por este costado. Aquí hay poca corriente. En cuanto despierten podrán ver claramente el faro de Great Stirrup. De un modo u otro podrán dirigirse allá a remo. Y si usted mismo se niega a marcharse, hundiremos esas barcas cargadas de gente dormida.

La situación era clara y sólo se podía decir que se aceptaba o no:

—Desde luego, nos marcharemos a bordo de un bote salvavidas —contestó Doc—. Pero a la menor señal de traición por su parte, le aseguro que habrá jaleo.

—Vamos a obrar con la mayor sinceridad y lealtad —replicó el capitán Flamenco,— pero había olvidado una cosa. Esa muchacha se queda a bordo.

—¡No! —se apresuró a contestar Doc.

—Piénselo bien —le aconsejó el otro.

Doc Savage volvió al lado de sus compañeros y "Diamond" Eve, sonriendo, exclamó:

—Veo que se preocupa usted mucho de mí y que aun se ha expuesto a ser muerto por mi causa. Son ustedes unos hombres estupendos —añadió con cierta emoción.

La situación en que se hallaban les obligó a guardar silencio. Los hombres del capitán Flamenco apenas se movían.

Se encendieron algunas luces y resonó la campana del reloj de a bordo.

—Lo malo es que no tenemos armas apropiadas —murmuró Monk.

Unos rápidos pasos le obligaron a guardar silencio. De pronto no comprendió la causa, pero luego empezó a gritar:

—¡Esa muchacha! ¡Se marcha!

Lo cierto era que se había marchado para reunirse con el capitán Flamenco, según les demostró éste con sus voces de alegría.

—¿Por qué demonio habrá hecho esto? —gruñó Monk.

—No seas tonto, hombre —replicó Ham—. Esta muchacha comprendió que nosotros no la entregaríamos y por eso se entregó ella. Ha sido un acto de nobleza para salvar nuestras vidas.

Doc Savage entró en acción. Yendo hacia proa, llamó al capitán

Flamenco y le dijo que él y sus compañeros se alejarían en el bote salvavidas, siempre y cuando los pasajeros fuesen embarcados también.

—¡De acuerdo! —replicó el capitán Flamenco, muy satisfecho.

—Vigilad por ambas bordas —recomendó Doc Savage a sus compañeros—. Y cercioraos de que, en efecto, embarcan a los pasajeros en los botes salvavidas, sin olvidar tampoco a la tripulación. Cuando hayan hecho esto, nos marcharemos.

Muy alicaídos se separaron para cumplir las órdenes de Doc. Había oscurecido ya y la cubierta superior no estaba alumbrada.

Perdieron de vista a Doc Savage y se figuraron que andaría por allí cerca o que, a su vez, vigilaría lo que hacían los piratas.

Pero se equivocaban. Doc Savage ni siquiera se hallaba en la cubierta superior. Se dirigió a proa, quitó en silencio la lona que cubría un ventilador y se metió en la abertura.

Aquel paso no era muy ancho, pero consiguió descender, aunque con alguna dificultad. En el fondo encontró una abertura, destinada, sin duda, a facilitar la limpieza.

Y así, paso a paso, consiguió penetrar hasta las entrañas del buque.

El capitán Flamenco cumplió su palabra, poniendo los pasajeros a bordo de los botes salvavidas, pero la operación exigió algún tiempo. En cada embarcación pusieron una lámpara encendida.

Eso no se hizo en favor de los pasajeros, sino para poder hundir aquellas embarcaciones en el caso de que Doc Savage no cumpliese lo prometido.

—Bueno, ya está, Savage —exclamó el capitán Flamenco—. Cuando quiera.

—Vamos allá —contestó el hombre de bronce, dirigiéndose al bote salvavidas.

Este era metálico y estaba provisto de compartimientos estancos.

Cargaron sus cajas de instrumentos, comprobaron que a bordo había la cantidad de agua y provisiones exigidas por la Ley, y Renny, dando un puñetazo al costado del bote, observó que sus paredes no eran bastante gruesas para detener las balas.

—A lo mejor —observó Ham, algo inquieto,— nos enfocan con un proyector y luego nos asan a tiros.

—Ya se me había ocurrido esta idea —contestó Doc Savage,—

pero quizá una mezcla de substancias químicas pueda solucionar este problema.

EL hombre de bronce sacó un pote de cobre que había servido para contener una bengala, y como ya lo había llenado con un líquido inflamable especial, encendió el fósforo y comunicó el fuego a la mezcla.

Empezó a arder con llama amarilla y despidiendo una cantidad prodigiosa de humo negro.

Este formó pronto una nube que los ocultó por completo, y así pudieron hacer descender el bote sin que, desde a bordo, pudieron verlos.

A través del humo pudieron ver que, efectivamente, el capitán Flamenco había hecho encender algunos proyectores y eso les demostró que éste había meditado alguna traición.

Y les confirmó en esta creencia el hecho de que, a los pocos instantes, empezaron a disparar desde el barco, y las balas rodearon el bote salvavidas.

Este había llegado ya al agua y sus tripulantes se alejaron a toda prisa.

—¿Hay alguien herido? —preguntó Doc.

—No —gruñó Renny—. Esa columna, de humo nos ha salvado.

Aunque el bote salvavidas era bastante pesado, como todos eran buenos remeros, empezaron a alejarse con buena velocidad.

Habían recorrido ya casi doscientos metros antes de que los faros de a bordo los descubriesen. Y, en el acto, volvieron a disparar contra ellos.

Doc Savage dejó su remo y se dirigió a popa del bote, donde aun quedaba cierta cantidad del líquido que había producido la cortina de humo.

Volvió a encenderlo y, por suerte, la brisa soplaba en la dirección conveniente para no disipar las nubes de humo que se produjeron. Los proyectiles de los rifles empezaron a caer cada vez a mayor distancia de ellos.

El mar Caribe, a excepción de unos meses del año, en los que soplan algunos terribles huracanes, es, ordinariamente, muy apacible.

Aquella noche apenas se movían sus aguas y la fosforescencia de éstas era algo fantástico y bellísimo.

—AL fin y al cabo —exclamó Renny,— resulta que no tenemos la menor idea de lo que es Taz, o de dónde está.

—En realidad, no hemos podido averiguar nada acerca del caso —convino Ham.

Monk no contestó una sola palabra, pues estaba muy apenado a causa de haberse visto obligado a dejar a Habeas Corpus a bordo.

Remaron con la mayor rapidez y avanzaban de un modo satisfactorio.

El agua que levantaban los remos y la estela que dejaba el bote aparecían fosforescentes.

De pronto, Doc Savage ordenó parar la marcha. Estaban ya fuera de tiro.

El hombre de bronce sacó del bolsillo un paquete de papeles amarillos y empezó a examinarlos con su lamparilla eléctrica.

—¿Qué es eso? —preguntó Renny, muy interesado.

—Dos mensajes inalámbricos expedidos desde el Caribbenda —le contestó Doc.

Examinó aquellas misivas y entresacó de ellas cosa de media docena, que mostró a sus compañeros.

La primera era un telegrama expedido desde el buque *Seaworthy*:

"Se desarrollan muy bien los planes de Mares Tropicales. Stop Creo podremos detener capitán Flamenco Stop infórmame tus progresos.

Los compañeros de Doc leyeron los tres mensajes, que eran copias de los radiogramas recibidos. Uno de ellos decía:

"Post: Vapor Caribbenda. Diríjome Taz buena marcha".

Los otros mensajes recibidos más tarde eran casi idénticos.

De pronto Renny levantó los ojos, sobresaltado, y profirió un rugido.

—¡Mirad! Ahí viene el vapor. ¡En línea recta hacia nosotros!

Sus excitadas voces expresaban muy bien la intención del capitán Flamenco, que empuñaba la rueda del timón.

Aún vestía el traje multicolor, aunque se cubría la cabeza con una gorra de marinero que había quitado al sobrecargo del Caribbenda, y que eligiera porque tenía mayor abundancia de galones dorados que las otras.

—¡Haced funcionar esos proyectores! —ordenó el capitán Flamenco a sus subordinados—. Luego traed al puente a la muchacha, pues quiero que vea lo que va a ocurrir. Necesita un

buen susto.

En breve se presentaron a él dos hombres que llevaban a "Diamond" Eve Post. El aspecto de la joven recordaba a un gato encolerizado. Eran visibles los arañazos que había dado a sus dos aprehensores, quienes aparecieron, además, despeinados, con el traje roto y uno de ellos se adornaba con un ojo a la funerala.

—¿Por qué no me pegáis un tiro? —preguntó airada al capitán Flamenco—. Ya sé que no los contendría el hecho de que sea una mujer.

—No, ésta no es la razón —confesó el capitán Flamenco—. Es porque la necesito a usted para otra cosa muy interesante.

—No diga estupideces —replicó ella.

—Nuestro amigo Seaworthy se irritará bastante cuando sepa que está usted con nosotros. El se figura que se halla ahora en libertad y en un buen buque.

La joven no contestó, pero, antes de que pudieran impedírselo, dio un tremendo puntapié a una de las rótulas del capitán Flamenco, quien dio un salto de dolor y levantó la pierna herida.

—Estamos a punto de chocar contra el bote de Doc Savage —gritó un vigía. El capitán Flamenco, sosteniéndose sobre la pierna sana, dedicó su atención a la rueda del timón.

Un proyector había sorprendido la pequeña embarcación de Doc Savage y el vapor se dirigía a ella en línea recta.

Vieron que el hombre de bronce encendía la mezcla química productora de una nube de humo.

—No le servirá de nada —exclamó el capitán Flamenco.

"Diamond" Eve Post, comprendiendo lo que iba a ocurrir, dio algunos gritos de horror y empezó a luchar con violencia, pero eso no le sirvió de nada, porque la llevaron a la barandilla y la obligaron a contemplar lo que iba a ocurrir.

El capitán Flamenco ordenó disminuir la velocidad del barco, y con la mayor maestría maniobró en el timón.

Se oyó un débil choque, en el momento en que el bote salvavidas fue sumergido.

"Diamond" Eve Post dio un gemido. Cerró los ojos, se tambaleó y, un momento después, cayó desmayada. Sus dos aprehensores la siguieron sujetando, temiendo que aquello fuese un ardid.

El capitán estaba muy atareado. Ordenó a las máquinas poner

marcha atrás y el vapor se paró. A lo largo de la barandilla estaban encendidas las linternas de gasolina, así como también un proyector que iluminaba el mar.

—¡El bote salvavidas al costado de estribor! —gritó un hombre.

Todos se dirigieron a aquel lado. El bote salvavidas hallábase a menos de doce metros de distancia del casco del navío. Flotaba perfectamente, sostenido por sus compartimientos estancos. Los remos se hallaban a su lado, en el agua.

En cuanto a Doc Savage y a sus amigos, no había ningún rastro de ellos.

—Disparad por los alrededores —ordenó el capitán—. A lo mejor están ocultos por ahí.

Oyéronse numerosos tiros y era tal la intensidad de la luz de los proyectores, que se podían ver claramente los agujeros practicados en el casco del bote por las balas.

—Acribillad a balazos los compartimientos estancos —ordenó el capitán—. A ver si, de una vez, hundimos este bote.

En pocos minutos se alcanzó este resultado. Mientras tanto los proyectores registraban el mar y, a gran distancia, descubrieron los botes salvavidas que llevaban a los pasajeros y a la tripulación del barco, pero no se pudo encontrar ningún rastro de Doc Savage y de sus amigos.

El bote salvavidas, después de haber recibido numerosos balazos, se hundió en las fosforescentes aguas y, casi enseguida, empezaron a salir burbujas de aire.

Luego, los proyectores empezaron a registrar el mar e iluminaron los lejanos botes ocupados por los pasajeros y la tripulación.

En parte alguna se vió la menor señal de Doc Savage y de sus tres compañeros.

—Aun quedan tres botes salvavidas —exclamó el capitán Flamenco—. Botadlos al agua, porque es preciso asegurarse de que estos hombres se han ahogado.

Se cumplieron sus órdenes y los tres botes pasaron una hora yendo de un lado a otro y dando varias vueltas en torno del barco, para cerciorarse de que nadie podía realizar la imposible tarea de permanecer suspendido de sus costados.

Al fin, cuando regresaron al barco, el capitán se dio por

satisfecho.

—Oiga usted, capitán —exclamó uno de sus suboficiales, muy alarmado—. ¿Y si esa gente sabía con respecto a Taz algo más de lo que nos figuramos? Tal vez hayan podido hacer lo mismo que nosotros, es decir, sumergirse en el mar sin ahogarse y..

—No hay miedo —contestó el capitán Flamenco—. Con toda seguridad se han ahogado.

Dicho esto se dirigió al puente y dio al cuarto de máquinas la orden de dar toda la presión posible a las calderas para dirigirse a toda prisa a Taz.

Cuando el barco no había adquirido aun toda la rapidez de marcha que era capaz, aparecieron en el puente dos hombres que llevaban sujeto por las orejas al cerdo Habeas Corpus.

—Hemos cogido este insecto en la cala —dijo uno de ellos—. ¿Qué hacemos con él, echárselo a un tiburón?

El capitán Flamenco reflexionó unos instantes y luego dijo:

—Nos lo comeremos el día de nuestra llegada a Taz.

CAPÍTULO XII

MISTERIO... Y PICADILLO

LAS máquinas del Caribbenda se habían parado y producían el efecto de que faltaba algo muy necesario, algo que había muerto.

Monk y Ham —habían reanudado su discusión acerca de los pantalones de los marineros y como el primero elevase un poco la voz, su compañero le recomendó que se contuviera para evitar el peligro de que lo oyesen; toda vez que ya no funcionaban las máquinas.

El lugar estaba oscuro a más no poder y el aire apenas era respirable por la escasa cantidad de oxígeno que contenía y el mal olor que allí reinaba.

Renny quiso hablar en voz baja, pero sólo consiguió producir una serie de ruidos raros.

—¿Cuánto tiempo llevamos aquí? —preguntó.

—Mas de siete días y medio —contestó Monk.

—Parece que ocurre algo en cubierta —observó Doc Savage.

Prestaron oído, cosa que les resultaba casi una diversión, porque llevaban ya siete días en la cala del vapor.

Durante aquel período, Doc Savage se aventuró a salir dos veces con objeto de averiguar si "Diamond" Eve Post se hallaba sana y salva, y pudo convencerse de que realmente era así.

En el escondrijo que ocupaban el hombre de bronce y sus amigos hallábanse también las cajas que contenían su equipo.

No resultó nada fácil llevarlo a bordo, porque había sido necesario dar a entender al capitán Flamenco que se habían ahogado.

Pudieron hacerle creer eso gracias a un aparatito que consistía en una pinza que cerraba la nariz y un tubo cuyo extremo era

sostenido por la boca y que estaba en comunicación con un pequeño tanque de oxígeno.

Cuando el vapor abordó al bote salvavidas, hundiéndole, ya sus tripulantes se habían arrojado al mar. Aprovecharon la parada del vapor para situarse debajo del casco, a fin de no ser descubiertos.

Luego se dirigieron a estribor y a popa, hasta llegar a un cabo colgante que Doc Savage había dejado allí antes de embarcar en el bote salvavidas. De este modo se encaramaron a bordo, quitaron la cuerda y buscaron un escondrijo.

Eso se realizó mientras el capitán Flamenco hacía registrar el mar en busca de sus cadáveres. Y luego siguieron muchos días de inactividad.

—¿Por qué habrán parado las máquinas, Doc? —preguntó Monk.

EL interpelado se acercó al que le dirigía la palabra, en tanto que el barco daba un bandazo y se oía un fuerte chirrido a estribor.

Los hombres corrían por la cubierta, gritando. AL parecer llevaban de un lado a otro unos objetos pesados. Luego se hizo un silencio extraordinario.

Doc Savage y sus compañeros se dirigieron cautelosamente hacia la cubierta y en cuanto sus ojos, desacostumbrados ya a la luz, no sufrieron el natural deslumbramiento, vieron algo realmente extraordinario.

El Caribbenda estaba al costado del Mares Tropicales.

Pero lo más raro todavía fue que en ninguno de los dos buques había el menor movimiento —ni señal de que hubiese por allí un solo tripulante.

Poco a poco los intrusos cobraron ánimos y realizaron un registro de ambas naves. Y, en efecto, pudieron observar, con verdadera sorpresa, que en ellas no había una sola alma viviente.

No faltaba ni uno solo de los notes de salvamento, excepción hecha de los que el capitán Flamenco utilizara para embarcar a los pasajeros.

No había ninguna tierra a la vista y cuando Doc Savage quiso consultar los mapas, vió que también habían desaparecido.

Monk, que andaba por el Caribbenda, tuvo la alegría de encontrar a Habeas Corpus. Estaba encerrado en un pequeño recinto al lado de la cocina. Y sobre el hornillo de esta última descubrió un guisado que se cocía a fuego lento.

—He encontrado algo que comer —exclamó saliendo a cubierta y dirigiéndose a Renny—. Los alimentos concentrados que hemos ingerido durante los pasados días son, sin duda, nutritivos y tienen la cantidad de vitaminas necesarias pero no sirven para llenar la panza de un hombre.

—¿Y si han envenenado la comida? —preguntó Renny.

—No es fácil —contestó Doc—. Además, ignoran nuestra presencia a bordo.

Monk salió disparado hacia la cocina y tal sería el hambre de los demás que casi llegaron al mismo tiempo que él.

—Ven —dijo Monk indicando el comedor.

Mostró unos platos recientemente usados y, a juzgar por los restos que en ellos había, vióse que habían contenido el mismo guisado que aun estaba en el fuego.

—Eso demuestra que no está envenenado —observó Monk—. Y, por lo tanto, yo voy a comer.

Proporcionáronse unos cuencos y unas cucharas grandes. Aunque el guiso hubiera sido malo, nadie lo hubiese notado, porque era tanto su deseo de comer, que no habrían hecho caso de nada en absoluto.

Pero en cuanto hubieron calmado su hambre empezaron a fijarse mejor en la comida.

—Estoy seguro de que el cocinero ha aromatizado este plato con unos pedazos de cuerda alquitranada —observó Ham, que se había servido ya cinco veces.

—Yo lo encuentro muy sabroso —contestó Monk, deseando contradecir a su compañero.

—No comprendo como me he comido ocho platos —contestó Renny—. Sin duda he perdido ya el sentido del gusto.

Doc Savage, que había comido tanto como los demás, no hizo ningún comentario, tomó un sorbo de agua y volvió a probar el guiso.

De pronto profirió aquel trino extraño, que era su reacción característica en momentos de grande excitación.

Pero, al fin murió aquel sonido, dejando a los demás muy asombrados.

—¿Qué pasa, Doc? —preguntó Monk.

Doc se dirigió al comedor y, viendo la fuente que había

contenido el guiso, probó una pequeña parte que aun quedaba.

—Es absolutamente igual —dijo—. Todos han comido lo mismo, de modo que eso indica que no ha sido envenenado.

—Pero tiene muy mal gusto —replicó Ham.

—Toma un sorbo de agua —le aconsejó Doc.

Ham obedeció, e hizo una mueca diciendo:

—El agua tiene el mismo sabor.

—Ahora respira profundamente varias veces —añadió Doc.

Ham lo hizo así y los resultados fueron notables; se congestionó su rostro y cuando quiso dar un paso estuvo a punto de caerse.

—No hay nada que decir del guiso —exclamó con lengua estropajosa, de tal modo que cualquiera le hubiese creído borracho.

—Pero ¿qué pasa? —preguntó Renny.

—Contén el aliento —le aconsejó Doc Savage. Renny lo hizo, lleno de curiosidad. Transcurrió un minuto y en su rostro apareció una expresión de asombro, pues acababa de descubrir algo increíble. Dejó de contener el aliento y exclamó:

—¡Caramba, Doc! Parece que algo…

—Vamos a asegurarnos de eso —le dijo Doc Savage—. La cosa es posible, aunque la ciencia sólo ha podido realizarlo como experimento de laboratorio.

Renny tragó saliva y, al fin, exclamó:

—Es rarísimo. Casi me da miedo.

Y lo que resultaba verdaderamente raro era que Renny confesara tener miedo de algo.

CAPÍTULO XIII

MONSTRUOS SUBACUATICOS

ESPERA —recomendó Doc.

EL hombre de bronce bajó al cuarto de máquinas y, dirigiéndose al depósito de herramientas, tomó varias llaves que eligió según su peso y no de acuerdo con su utilidad.

Con ellas volvió a cubierta, donde, entre tanto, Monk había hecho un descubrimiento.

—Doc —exclamó—. Me estoy muriendo, o me pasa algo muy raro. Acabo de descubrir...

—No tendremos tanta suerte —exclamó Ham.

—Callaos —ordenó Doc—. Es realmente muy raro lo que nos ha sucedido, pero vale más no hablar de ello hasta que hayamos hecho algunos experimentos.

—Sé perfectamente lo que me sucede —exclamó Monk—, y...

—La cosa tiene una explicación científica —exclamó Doc—. Ya recordaréis que, hace un momento, se dijo que se había hecho algo de eso como experimento de laboratorio y tú sabes bastante química para estar enterado de cómo se hace eso.

—No hay duda de que en ese picadillo está la substancia necesaria —murmuró Monk.

—Así es —le contestó Doc Savage—, y también en el agua.

—Al principio no lo notamos —añadió Monk.

—Porque sin duda ha de pasar algún tiempo para que lo perciban las glándulas del gusto. Además todos comimos con gran prisa y verdadera voracidad.

Dicho esto el hombre de bronce distribuyó las llaves inglesas que llevaba.

Después se quitó la ropa exterior y los zapatos. Se dirigió a la

borda, llevando una llave en la mano Volvió la cabeza para hablar por encima del hombro y dijo:

—Vosotros haced lo que queráis. Seguidme o no.

Y se arrojó de cabeza al agua, sin producir un gran chapoteo.

Los tres compañeros del hombre de bronce esperaron. Transcurrió un minuto, que parecía interminable. Las manecillas de los relojes señalaron dos minutos y luego tres.

Pero ellos no estaban asustados, porque les constaba que Doc Savage, que había estudiado aquel arte entre los mejores pescadores de perlas en los Mares del Sur, era capaz de permanecer debajo del agua un espacio de tiempo increíble.

A los cinco minutos, Monk temblaba. El reloj señaló seis minutos, de modo que ya todos dudaban de que el hombre de bronce, a pesar de su increíble resistencia física, pudiese estar vivo después del tiempo transcurrido.

Ham sentía una inquietud que sus compañeros.

—Yo me arrojo al agua —acabó diciendo.

Y en efecto se encaramó a la borda y se tiró de cabeza al mar.

Inmediatamente le siguieron Renny y Monk.

A éste último no le sorprendió el hecho de que el agua estuviese bastante caliente, pues recordó que se hallaban en los trópicos. Y como agarraba la pesada llave inglesa con las dos manos, se sumergió de cabeza.

En los primeros momentos sintió un asombro extraordinario y con frecuencia doblaba el cuello para mirarse.

De su ropa salían verdaderas columnas de burbujas, a medida que la presión del aire expulsaba el aire contenido por la tela. Pero al observar que no sufría ninguna molestia, se tranquilizó.

El agua era extraordinariamente clara, pero a Monk no le asombró esto, porque ya estaba acostumbrado a tal fenómeno.

Al mirar hacia abajo distinguió el fondo. Notó que era muy oscuro. Cayó hacia él con mayor lentitud de lo que sospechara.

Luego se puso en pie gracias al peso de la llave.

En su peluda muñeca llevaba un reloj pulsera y lo acercó a los ojos para ver mejor las manecillas y las cifras. El minutero dio una vuelta completa y luego otra.

Aquello le pareció fantástico. Lo temblaron las rodillas y estuvo a punto de dejar caer la llave. Le estaba sucediendo una cosa

increíble.

Podía vivir sin respirar. Su reloj acababa de indicarle que había estado debajo del agua por un espacio de tiempo muy largo y, no obstante, no sentía la menor incomodidad y continuaba viviendo.

A pesar de que el químico llevaba debajo del agua doble tiempo quizá del que habría podido pasar normalmente sin respirar, no sentía el menor deseo de hacerlo.

Extrañado, se pellizcó para cerciorarse de que no dormía y al fin tuvo que convencerse de que, realmente, no necesitaba respirar.

Ya tranquilo, en cierto modo, buscó a los demás con la mirada. Halló su pista gracias a que los demás, al pasar, habían levantado un poco de barro y arena, que flotaba en el agua a cierta altura.

Ham y Renny se habían reunido y empezaron a vagar de un lado a otro en busca de Doc Savage.

A su vez estaban asombradísimos, observando también que no necesitaban respirar para seguir viviendo.

Monk estaba aun algo nervioso, Continuó siguiendo la pista de sus amigos y así llegó hacia el lugar en que se hallaba el áncora del Mares Tropicales.

Pudo notar que la cadena estaba floja y que describía una línea curva.

Entonces vió que cerca del áncora había tres figuras humanas. Ello le infundió extraordinaria alegría, y se dijo que serían Doc, Renny y Ham, pero no tardó en distinguir a cuatro personas.

Eran efectivamente sus compañeros y, además, otra persona.

Y, al acercarse más, pudo distinguir en ella, a "Diamond" Eve Post.

La joven tenía las manos sujetas por unas esposas a la cadena del áncora.

A su vez no llevaba ningún traje ni aparato apropiado para bucear.

Era razonable suponer que ya llevaba una hora dentro del agua y, sin embargo, la joven continuaba viva.

Doc Savage se ocupaba entonces en devolverle la libertad. Esforzábase en romper las esposas y, para lograrlo mejor, arrancó las dos mangas de la camisa de Renny.

Rodeando las dos esposas con la tela, las agarró con toda su fuerza y mientras se hinchaban los músculos de sus brazos y de sus

espaldas, se oyó un leve chasquido, y quedaron rotas.

La joven dirigió una sonrisa de gratitud a su salvador. Luego señaló hacia arriba, para dar a entender su deseo de subir.

Doc Savage inclinó la cabeza, para manifestar su asentimiento.

Luego agitó una mano, para llamar la atención de Renny, inmediatamente después empezó a mover los dedos, haciendo señas según el alfabeto de los sordomudos, porque, tanto Doc Savage como sus hombres, se habían practicado en este modo de comunicación, convencidos de que algún día les sería útil.

—El capitán Flamenco y sus hombres se hallan sin duda por ahí —dijo—. Deberíamos vigilar su regreso. ¿Quieres quedarte de guardia?

—Conforme —replicó Renny.

—Cuando reaparezcan, es casi seguro que se encaramarán por la cadena del ancla —añadió Doc.

—Estaré por ahí —contestó Renny.

Luego Doc Savage, "Diamond" Eve Post, Ham y Monk, se encaramaron por la cadena. Los eslabones les permitieron encaramarse con alguna facilidad.

Pero ninguno de ellos soltó las llaves inglesas de que se habían provisto.

Renny se quedó de guardia, aun maravillado por lo que sucedía. Y por esta causa cometió un error, tal vez disculpable, porque se abismó de tal manera en sus reflexiones, que no vigiló debidamente a su alrededor.

De pronto se sobresaltó con violencia, y cerró los puños.

A su alrededor pareció levantarse el fondo del mar, formando una copa en torno suyo y preparándose tal vez para rodearlo de un modo siniestro.

La imposibilidad de lo que estaba viendo, dejó inmóvil a Renny durante un instante, luego comprendió que algo agitaba la arena oscura y fina a su alrededor porque, en efecto, se vió rodeado.

Sin embargo, no tenía la más remota idea de lo que estaba sucediendo.

Era imposible atravesar la densa nube con la mirada. Y aquella, cualquier cosa que fuese, se acercaba por momentos.

Hasta entonces, en ninguna ocasión, se habría podido dudar del valor de Renny, pero la situación en que se hallaba, era realmente

espantosa.

Soltó la llave inglesa y, enderezándose, intentó dar un salto hacia la superficie. Para entonces observó que también había algo por encima de él.

Era algo de un color gris pálido, casi nebuloso, pero, en cambio, muy sólido y real. Y, al tocarlo, notó que era viscoso.

Tuvo la impresión momentánea de que se trataba de algún monstruo marino.

Además le pareció que estaba dotado de peso y que le obligaba a sumergirse hasta alcanzar el fondo.

Luchó como un loco, dando puñetazos a diestro y siniestro, con enorme fuerza. Y no era ninguna exageración su jactancia de ser capaz de hundir una puerta a puñetazos.

La arena siguió rodeándole. Renny luchaba desesperadamente, pero al fin se dio cuenta de la inutilidad de sus ataques.

Algo le agarró por el tobillo, él lo rechazó, pero luego se sintió cogido por la rodilla. Casi inmediatamente notó que su otra pierna quedaba también sujeta.

Le era imposible adivinar quién o qué le atacaba y qué naturaleza tenían las numerosas garras que le sujetaban.

Veíase simplemente rodeado sujeto y reducido a la impotencia. Y sus esfuerzos poderosos fueron absolutamente inútiles.

CAPÍTULO XIV

EL DOMINIO INCREIBLE

"DIAMOND" Eve Post se hallaba en la cubierta del vapor Caribbenda y examinó sus bien formadas manos, en cuyas muñecas aparecían ligeras lastimaduras.

—Traté de sacar las manos de las esposas —dijo—, y en ello cometí un error.

—¿Dónde están el capitán Flamenco y sus hombres? —preguntó Doc.

—Podría indicárselo, —contestó ella—, pero en las circunstancias en que me hallo, será mejor que no lo haga.

—¿Por qué?

—Porque si se lo dijera, tal vez quisiera usted anticiparse a mí.

—¿De modo que sigue usted misteriosa? —preguntó Monk.

—Por ahora seguiremos siendo lo que podríamos llamar enemigos cordiales. Luchamos contra un enemigo común, y en cuanto hayamos terminado con él, ya nos veremos las caras ustedes y yo.

Ham, que no estaba tan elegante con la ropa mojada, se dirigió a Doc Savage, para preguntarle:

—¿Cómo te explicas que podamos vivir sin respirar?

—Realmente es algo notable —replicó Doc.

—No tanto como otras cosas que verán en breve —replicó la joven.

—Puesto que está usted decidida a no explicarnos nada, por la menos procure no molestarnos.

—Gracias por su cortesía —replicó la joven.

Ham no le hizo caso y volvió a preguntar a Doc:

—¿Cómo es posible que no tengamos necesidad de respirar?

—Te daré la respuesta haciéndote una pregunta. ¿Para qué respiras?

—Principalmente para absorber oxigeno —contestó Ham.

—Tu contestación es bastante correcta —contestó Doc—. Hay otras razones, pero las dejaremos de lado, para no complicar el asunto. Supón que existe una substancia química que, al ser ingerida, proporcionase el oxígeno indispensable para nuestras necesidades orgánicas. ¿Qué ocurriría entonces?

—Que no habría necesidad de respirar —protestó Ham.

—El oxígeno —añadió Doc Savage—, es llevado al organismo para realizar funciones muy necesarias. Se concibe, pues, la posibilidad de que esas mismas funciones puedan ser realizadas por otro producto o elemento químico, mucho menos voluminoso que el oxígeno y más manejable que él.

Monk se rascó la cabeza, al reflexionar en multitud de posibilidades técnicas y químicas.

—¡Claro, tonto, claro! —le dijo Ham—. Fíjate en las tabletas de alimento concentrado, que tomamos durante varios días. ¡Malditas sean! Desde luego no eran ningún bistec, ni patatas fritas, pero nos proporcionaron los mismos elementos nutritivos.

—Sí, eso es posible —admitió Monk.

—Esa substancia química, o lo que sea, se hallaba en el picadillo —murmuró Ham—. Por esto sabía tan mal.

—Lo ha adivinado usted —exclamó la joven.

—¡Ah! ¿De modo que estaba usted enterada? —exclamó Doc.

—Sí —contestó ella—. Han tomado esta substancia, de un modo regular, en espera del momento en que les fuera necesario interrumpir la respiración. Por este motivo el gas hermético que ustedes soltaron a bordo no les hizo ningún efecto.

—¿Cuánto tiempo duran las virtudes de esa substancia? —preguntó el hombre de bronce.

—Depende de la cantidad que se ingiere. Tal vez unas cuantas horas. Pero también tienen la substancia en forma de pasta concentrada y sé donde la guardan.

—Díganos dónde está —exigió Doc.

—Con mucho gusto —replicó la joven echando a andar.

En la cala de proa había muchas cajas de madera gruesa, reforzada con tiras metálicas y todas ellas llevaban etiquetas

dirigidas a una firma de Nassau.

—Este es el equipo del capitán Flamenco —explicó la joven— que lo embarcó cuando ellos entraron a bordo como pasajeros.

Encontraren una caja abierta y llena de botellas de cuello ancho que contenía una pasta amarillenta. Monk tomó un poco de esta última y la olió y la probó.

—Sí, es el mismo sabor y el mismo olor —exclamó luego.

—Una cucharada cada dos horas —explicó la joven—, es una cantidad suficiente y procurar no respirar luego, porque el oxígeno embriagaría.

—Bueno, cada, uno de nosotros tomará una de esas botellas —aconsejó Doc.

Así lo hicieron todos y Monk se quedó con dos, diciendo que una era para Renny. Ignoraba la situación espantosa, en que se hallaba su amigo.

Doc Savage abrió algunas cajas y en algunas de ellas, encontró unos equipos de buzo, otras contenían armas y explosivos.

—Se ve que el capitán Flamenco se había apercibido para cualquier contingencia —exclamó "Diamond" Eve Post.

—Aunque supongo inútil hacerle a usted alguna pregunta —dijo Doc Savage—, quisiera saber dónde están su amigo Seaworthy y los tripulantes de su buque.

—En Taz —contestó la joven después de corto silencio.

—No vamos a preguntarle qué es Taz —observó Monk—, pero acabaremos por saberlo.

—El capitán Flamenco y sus hombres se dirigieron también a Taz y estoy preocupada, porque, con toda seguridad, habrá lucha —observó la joven.

—Voy a dar esta botella a Renny —dijo Monk señalando una de las dos que había tomado.

Doc Savage y Ham pasaron unos momentos tratando de averiguar detalles de lo que ocurría, dirigiendo numerosas preguntas a la joven, pero no tuvieron ningún éxito.

Luego la invitaron a que les acompañase a donde estaba el capitán Flamenco y sus hombres y ella se negó también.

En aquel momento apareció en la superficie del agua la cabeza de Monk que empezó a gritar.

—¡Renny ha desaparecido!

Doc Savage, Ham, y la joven, se apresuraron a arrojarse al agua y llegaron, a los pocos instantes, al fondo y al lado del áncora.

El agua había sido invadida por una gran cantidad de fina arena.

Doc Savage registró a un lado y a otro y Monk le imitó, pero en ningún sitio pudieron encontrar a su amigo.

Y como la marcha a través del agua se hacía difícil, Doc recordó que en el equipo del capitán Flamenco había algunos pares de calzado con suela de plomo.

Se lo manifestó así a Monk, haciéndole señas con los dedos y ambos subieron nuevamente a bordo, para proveerse de aquellas botas.

Una vez fuera del agua, y después de haberse calzado las botas de suela de plomo, Doc y Monk se quitaron las camisas y cortaron sus pantalones a la altura de las rodillas y, hecho esto, volvieron a sumergirse.

Reanudaron sus pesquisas, siguiendo el rastro que les indicaba la arena flotante y, de este modo, llegaron a un agujero negro, en el que desaparecía la nube de arena.

Monk, al verlo, hizo unas señas frenéticas con sus dedos, para decir:

—Este lugar debe de ser la guarida de algún monstruo.

Los demás se quedaron con los ojos fijos en aquel lugar.

Les extrañó mucho que por allí no circulara ningún pez y que tampoco había crustáceos o plantas marinas.

Avanzaron y pronto pudieron ver que el interior de aquella caverna era oscuro como boca de lobo. Monk se ofreció para ir en busca de una lamparilla eléctrica, pero Doc le contestó que eso exigiría algún tiempo.

Cambiaron algunas miradas vacilantes y, al fin, Doc Savage se resolvió.

Entró en el agujero y, en el acto, desapareció de la vista de sus amigos. Ellos se apresuraron a seguirlo y, en breve, estuvieron a su lado.

Diéronse las manos y, de este modo, continuaron su camino. Pisaron primero arena compacta y luego piedra.

Doc, apoyando los dedos en la muñeca de Monk, le transmitió un mensaje, de acuerdo con el alfabeto Morse, diciendo:

—Sigamos adelante. Llevaremos dos pequeñas piedras cada uno

y en cuanto haya peligro, las golpearemos una contra otra.

Dicho esto, el hombre de bronce se alejó. Penetró en un túnel, por el que tuvo que andar a gatas.

Allí no podía ver cosa alguna, porque la oscuridad era absoluta, pero, de pronto, volvió a asomarse a un lugar en que el agua estaba iluminada.

Reuniéronse los tres pocos momentos más tarde y Monk se quedó excitadísimo.

—Eso lo explica todo —señaló al fin, indicando los alrededores.

Ham parecía estar muy sereno ante algo que nunca hubiera imaginado ver.

La joven "Diamond" Eve Post llamó su atención. Luego se hizo a un lado, señaló los alrededores e, inclinándose sobre la arena, trazó en ella tres letras:

TAZ

Y Monk, a su vez, movió los dedos, para señalar: —Sin duda Renny está por ahí.

CAPÍTULO XV

ALGO EXTRAORDINARIO

SI a Renny le hubiesen preguntado dónde estaba no habría podido contestar.

Luchó y se revolvió en todas direcciones, hasta que le dolió el cuerpo y sintió confusa la mente.

Mas de pronto se aclaró la niebla que parecía rodearle. Estaba inmóvil y rodeado por una pared de piedra muy lisa y de unos seis metros de altura.

Aquel lugar parecía un pozo bien iluminado entonces, porque el sol brillaba directamente encima de él.

Renny se puso en pie. Había sido vencido sin saber siquiera quién le atacó cuando se hallaba a corta distancia de la cadena del áncora.

Nadando se elevó sobre el suelo pero, al llegar al borde del pozo, sintió que algo le impedía el paso, algo que, al tocarlo, le pareció viscoso.

Era, sin duda lo mismo que le impidió escapar durante su extraña lucha.

Se dejó caer de nuevo al fondo del pozo.

De pronto oyó un leve sonido y, al volverse, pudo observar que tenía un compañero de infortunio.

Sobre la arena vió tendido a Topping, al hombre de ciencia especializado en el estudio de la vida en el fondo del mar. Miráronse mutuamente aunque con poca simpatía, porque Renny recordó la extraña conducta de aquel individuo.

Sin embargo, su deseo de adquirir noticias le hizo olvidar todo lo demás.

Intentó comunicarse con Topping haciendo señas alfabéticas con

los dedos, pero no obtuvo respuesta. En vista de eso se inclinó sobre la arena y, con el dedo, trazó algunas letras, escribiendo:

—¿Cómo he venido a parar aquí? —El otro meneó la cabeza y, a su vez, escribió sobre la arena:

—Acabo de recobrar el sentido.

—¿Dónde estamos? —escribió Renny.

—En Taz.

Renny meneó la cabeza y luego preguntó:

—¿Qué es Taz?

—El lugar más asombroso de la tierra.

—Pero ¿qué es Taz? —insistió.

Topping iba desnudo desde la cintura arriba. Renny pudo observar que movía sus piernas de un modo muy raro.

—En realidad no sé lo que es Taz —escribió.

Renny permaneció unos momentos inmóvil y luego preguntó:

—¿Como vino usted a parar aquí

—Me hicieron prisionero —contestó Topping—. Se figuraban que yo estaba, enterado de Taz. Pero se equivocaban: Me dejaron sin sentido muy poco después de haber salido del barco.

—¿Ha visto usted a Seaworthy?

—No —contestó Topping.

Sintiendo que había recobrado un tanto las fuerzas, Renny se puso en pie y de nuevo se elevó hasta el borde del pozo.

Y no tardó en hacer un descubrimiento asombroso. Aquel obstáculo viscoso y semi transparente dejó de ser un misterio para él.

Era simplemente una red, aunque de trama mucho más fina que la de un visillo de los que se usan ante las ventanas. Estaba hecha de hilo de acero inoxidable.

Renny se sintió mucho mejor. Pudo colgarse con la mano izquierda del borde del pozo y, con la derecha, dio un puñetazo hacia arriba.

Rompió de este modo la red, agrandó el agujero y quedó la salida libre.

Renny se volvió entonces para ayudar a Topping. Pocos segundos después habían salido del pozo y observaron cuanto los rodeaba.

Aquel espectáculo fue tan asombroso que Renny se dejó caer de

rodillas.

De pronto sintió un deseo intenso e invencible. Tenía necesidad absoluta de conocer la opinión de Doc Savage y éste no había visto aun lo que era Taz.

Luego un monstruo negro rodeó a Renny.

CAPÍTULO XVI

TAZ

SIN duda estaba Renny destinado a no ver cumplido su deseo, porque Doc Savage estaba ya mirando a Taz.

EL hombre de bronce observaba también los comentarios que le transmitía Monk, que, a su vez, se esforzaba en obtener detalles de "Díamond" Eve Post.

—¿Cómo descubrió usted a Taz? —preguntó Monk, escribiendo sobre la arena.

—Sufragué los gastos de una expedición al fondo del mar —contestó ella del mismo modo—. El capitán Flamenco mandaba el barco y Seaworthy era el segundo. Topping formaba parte de la expedición en calidad de técnico.

—¿Y cómo empezaron las disensiones? —preguntó Monk.

—Porque todos querían ser dueños de lo que había en Taz —escribió la joven—. Nos peleamos y Seaworthy se puso de mi parte, de modo que...

Doc Savage interrumpió aquella conversación escrita con un gesto imperioso.

—¡Renny! —señaló con sus dedos.

Avanzaron por el sendero y entonces pudieron contemplar a Taz.

Taz era una ciudad.

Entonces comprendieron que el oscuro túnel por el que habían pasado era, en realidad, una de las puertas de la muralla que rodeaba la ciudad.

Algunas casas estaban semicubiertas por la arena, pero no había tantas como se habría podido esperar. También se veían algunos moluscos agarrados a las piedras, pero en número menor del que se hubiese imaginado.

Algunos de los edificios eran muy grandes, y sus paredes estaban formadas de bloques de piedra de enorme peso.

En todas las construcciones dominaban los cuadrados, los rectángulos, y los triángulos, pero en ninguna parte se veía un círculo y tampoco un arco.

También eran notables los relieves que aparecían en todas partes.

Los arquitectos de Taz al parecer, no gustaban de las superficies sin adornos y, habían cincelado caricaturas de animales, grotescas figuras humanas y combinaciones de bestias y de hombres.

Y era imposible reconocer algunos dibujos.

Algunos edificios aparecían casi derribados y muchas calles estaban invadidas por las arenas.

Sin embargo, y teniendo en cuenta el tiempo que llevaba la ciudad sumergida en el mar, su estado de conservación era maravilloso.

Y mientras estaban todos pasmados ante lo que veían, Ham sorprendió a la muchacha cuando se disponía a emprender la fuga.

Estaba Ham muy receloso de la conducta de la joven, de modo que no la perdió de vista. De pronto notó que se introducía entre los edificios de piedra y agitaba los brazos para apresurar su fuga.

Ham echó a correr tras ella, luchando con el peso de sus zapatos de suela de plomo. El ruido que hizo obligó a Monk a volverse y así se dio cuenta en parte de lo que sucedía. Echó a correr y, al fin, pudo alcanzar a su compañero.

Ambos observaron que la joven los aventajaba en su carrera. Sintieron que se elevaba el suelo, de tal manera que Monk se preguntó cómo era posible, puesto que sus más altos edificios debían de haber llegado casi a flor de agua.

Pero luego se dijo que tal vez los navegantes los confundieron con algún arrecife y eso les obligó a alejarse de aquellos lugares.

Luego observó que la muchacha estaba tomando pequeñas cantidades de aquella pasta que evitaba la "necesidad de respirar". Con toda evidencia era también un estimulante.

Los dos amigos siguieron el ejemplo de la muchacha y así consiguieron alcanzarla en breve, pero ella, frenética, torció de repente por un estrecho paso para ver si lograba hacerles perder la pista.

Monk y Ham, corriendo y nadando a la vez, se metieron por el mismo lugar y se vieron rodeados de profunda obscuridad.

A pesar de su aparente enemistad los dos amigos actuaron con el mayor acuerdo.

Cogiéronse de la mano y se comunicaron telegráficamente, es decir, haciéndose señales con los dedos, de acuerdo con el código Morse.

Cambiaron algunas suposiciones acerca de los motivos que indujeron a la joven a alejarse de ellos y, mientras tanto, no pudieron descubrir su paradero.

En vista de ello penetraron a mayor profundidad en aquel lugar.

De este modo, y después de chocar contra las paredes, hallaron una puerta estrecha y baja. Ham pasó en primer lugar, pero Monk apenas pudo seguirle.

Apenas estuvieron dentro oyeron claramente un rechinamiento y un golpe como si hubiese caído un peso muy grande.

Ello les alarmó y, deseosos de salir de aquel lugar, se dirigieron de nuevo hacia la puerta, mas ya no pudieron encontrarla.

La abertura estaba obstruida por un bloque tan enorme que ni siquiera podían soñar en la posibilidad de moverlo.

Y ambos habrían dado cualquier cosa por hallarse en el lugar donde pudieran ver la luz del sol a través del agua.

—Es una trampa que nosotros mismos hemos hecho funcionar al esforzarnos en atravesar la puerta —comunicó Monk.

Aquella hipótesis no era imposible.

De pronto oyeron una serie de sonidos extraños y misteriosos. Alguien o algo atravesaba el agua, de modo que Monk no tuvo la menor duda de que iban a ser víctimas de una misteriosa y espantosa agresión.

CAPÍTULO XVII

LA MUERTE EN LA OSCURIDAD

A pesar de sus esfuerzos, Renny no había conseguido salir de su apurada situación. Había perdido el sentido.

Doc Savage se ocupaba en hacerle masajes y en producirle un ligero dolor para estimular su organismo, a fin de que recobrase la vitalidad.

Y pudo notar que Renny tenía una contusión reciente en la cabeza, que tal vez era causa de su insensibilidad.

Doc Savage no había seguido a Monk, Ham y a la muchacha, porque, por unos momentos, no se dio cuenta de su ausencia, ocupado como estaba en seguir la pista de Renny.

Y, al mismo tiempo que notó su desaparición, descubrió al ingeniero tendido en el suelo.

Renny abrió al fin los ojos. Luego hizo esfuerzos para comunicar por medio del alfabeto de los sordomudos.

—¿Qué me ha pasado? —preguntó.

Doc le contestó que no lo sabia y él, después de palpar su cabeza, explicó cuanto sabía acerca de lo que le había sucedido. Dio cuenta de la presencia de Topping y terminó con el ataque repentino y misterioso que le dejó sentido.

—Y no sé ni remotamente qué ha sido de Topping —añadió.

Mientras se reponía Renny, Doc Savage examinó aquella red de finísimo hilo de acero y pudo convencerse de que su objeto era impedir la entrada de la arena, por fina que fuese.

Renny, al fin, se puso en pie y Doc le comunicó su intención de ir en busca de Monk, Ham y la muchacha.

Regresaron al punto en que la joven se separó del grupo para verse perseguida por Monk y Ham. En la arena se divisaba aún sus

huellas y empezaron a seguirles.

Renny, que había pasado hasta entonces mucho rato sin sentido, empezó a demostrar el mayor interés por lo que le rodeaba. Como era ingeniero, algunos aspectos de aquel lugar le intrigaban enormemente.

Comunicó sus impresiones a Doc y le dijo que aun utilizando máquinas e instrumentos modernos, habría sido difícil manejar aquellos bloques de piedra.

Luego los dos amigos convinieron en que aquella arquitectura tenía cierta semejanza con el estilo maya y egipcio.

Siguieron su camino, tropezando a veces con las piedras que hallaban al paso y por fin, llegaron a la puerta, a través de la cual pasaron Monk y Ham en persecución de "Diamond" Eve Post.

De este modo descubrieron el bloque de piedra que interceptaba el extremo opuesto del paso, pero, a pesar de sus esfuerzos, no pudieron moverlo.

Salieron en busca de otra entrada y entonces pudieron notar que aquel edificio era el único de forma circular que había en toda la ciudad y que además, se hallaba en excelente estado de conservación.

Llevaron a lo que parecía la entrada principal que por caso raro, tenía un arco, es decir, que era el único que hasta entonces habían visto.

Sobre el arco había un relieve que explicaba la razón de que "Diamond" Eve y los demás hubiesen llamado Taz a aquel lugar.

El dibujo consistía en tres grupos de hombres empeñados en mortal combate. Y sus figuras, entrelazadas y en posiciones violentas recordaban las tres letras: T A Z.

La entrada, parecía libre, pero los dos hombres avanzaban con la mayor cautela. Por fortuna obraron así, aunque tal vez por su desgracia, teniendo en cuenta lo que sucedió después.

Doc Savage llamó la atención de su compañero con sus ojos irritados por las sales del agua de mar. Acercábase una fila de hombres capitaneados por Seaworthy.

Los otros pertenecían a la tripulación del Mares Tropicales. Avanzaban en fila india, cogidos unos a otros por los cinturones.

Doc se quedó mirando las huellas que dejaban en la arena y se fijó en que se parecían exactamente a las que dejaran los

aprehensores de Renny.

Y de esto dedujo que el ingeniero había sido capturado por hombres.

Seaworthy condujo a sus compañeros a través de la puerta de arco y, pocos momentos después, todos habían penetrado allí.

Renny miró a Doc Savage, que hizo una señal de afirmación, y ambos entraron a su vez. Allí no había ningún ruido, que el agua habría transmitido perfectamente. Entraron pues, procurando hacerlo en silencio.

Aquel lugar estaba muy oscuro, de modo que avanzaron a tientas y al mismo tiempo oyeron algunos ruidos vagos y, sin duda, debidos a los hombres que avanzaban ante ellos.

Doc y Renny siguieron andando con mayor prisa. De repente se vieron inundados de luz difusa y pálida, pero que entonces les pareció cegadora.

Por último, se acostumbraron a ella y pudieron ver que "Diamond" Eve Post sostenía una lamparilla eléctrica y que sus rayos luminosos permitían discernir su figura.

Los dos amigos se arrojaron contra la joven para sujetarla, pero ella se inclinó hacia el suelo y, apresuradamente, escribió:

—No, no hagan eso. Quiero llevarlos al lado de Monk y de Ham.

Doc Savage se volvió para comunicar con Renny mediante el alfabeto de los sordomudos.

—Me parece que miente —informó Doc a su compañero.

—No me extrañaría. ¿Por qué lo crees así?

—Por su aspecto triunfal. Procuraremos apoderarnos de la lamparilla eléctrica y luego llevaremos a esa muchacha con nosotros.

Fingieron la mayor gratitud, pero ella no se dejó engañar.

Les hizo señas para que se mantuviesen alejados y cuando hubieron obedecido, intentó la fuga. Pero Doc se le anticipó y, sin ninguna dificultad, pudo apoderarse de su luz eléctrica.

En realidad, la muchacha los había engañado, porque, de repente, se vieron rodeados de muchas luces que empuñaban Seaworthy y sus hombres.

En el acto, Doc Savage se quitó sus zapatos de suela de plomo y Renny lo imitó. El primero no soltó la lamparilla eléctrica al elevarse en el agua, pues se dijo que podía serle útil.

Era evidente que Seaworthy había imaginado un sistema de señales para comunicarse con sus subordinados.

AL abandonar sus zapatos de suela de plomo, Doc y Renny obtuvieron una ventaja sobre ellos.

Seaworthy y sus hombres no los imitaron, de modo que cuando querían separarse del suelo, les era preciso nadar furiosamente.

Renny cogió el brazo de Doc y, mediante señales del código Morse, preguntó qué dirección habían de seguir.

Doc le contestó señalándola con la mano y Renny se manifestó conforme, pues era, razonable creer que Monk y Ham estuviesen por allí. Durante unos momentos nadaron con la mayor energía.

A veces se acercaban al suelo y, golpeando una piedrecita con otra, transmitía señales telegráficas rogando a Monk y a Ham que dieran cuenta de su presencia apelando al mismo procedimiento.

Por fin llegó la respuesta. Era difícil localizar su origen, porque la dirección del sonido engaña bastante dentro del agua.

Pero Doc se volvió lentamente y, al fin, se dirigió a una puerta no muy ancha y que daba paso a una estancia de bajo techo.

Monk y Ham se hallaban cada uno en un hueco del suelo, apenas capaces de contenerlos.

Sobre el pecho de los dos presos había unos enormes bloques de piedras mantenidos en su lugar por un ingenioso mecanismo metálico que no se había oxidado.

Monk había hecho señales, golpeando con la suela de plomo de sus zapatos contra la piedra del pozo.

El hombre de bronce se dirigió rápidamente a Monk, y Renny lo imitó, acercándose a Ham. No les fue difícil soltar las dos piedras. Doc examinó una de ellas y lo que pudo observar, lo obligó a ponerse rápidamente en pie.

Demasiado tarde. El ingeniero dio un fuerte empujón a la piedra que cubría a Ham.

Los resultados fueron espantosos. Aquel bloque se movió con la mayor facilidad, pero, simultáneamente, oyeron a su espalda un rechinamiento y un golpe.

Se volvieron y Doc encendió la lamparilla, cuya luz fue a dar en la puerta.

Estaba ya cerrada por unas barras de piedra que habían caído desde arriba.

Eran cuadradas y medían treinta centímetros de anchura y grueso.

Con toda evidencia, al quitar las dos piedras que sujetaban a los prisioneros, hicieron actuar algún resorte que hizo caer las barras.

CAPÍTULO XVIII

EL FABULOSO TESORO

UN momento después apareció una luz entre las piedras. Y casi inmediatamente se asomaron "Diamond" Eve Post, Seaworthy y sus hombres, que sonreían triunfantes. Y la primera hizo un gesto de burla al ceñudo Ham.

Seaworthy sacó una pizarra y un pizarrín y escribió:

—Este lugar está lleno de trampas como en la que habéis caído. Es preciso que tengáis cuidado. En nuestra visita anterior, cuando descubrimos esta ciudad, perdimos cuatro hombres.

Pasó la pizarra por la abertura, para que los prisioneros leyesen sus palabras y pudiesen contestar.

Por este medio se desarrolló una conversación como sigue:

—¿Qué van a hacer de nosotros? —preguntó Monk.

—¿Me quieren dar su palabra que no trataran de escapar?

—No —contestó Monk.

Sin duda existía algún mecanismo exterior que permitía quitar aquellas barras de piedra, porque, de pronto, se separaron y algunos hombres pudieron entrar.

Empuñaban unas largas pértigas, en cuyos extremos superiores había unas puntas de acerado corte.

Eran verdaderas lanzas y probablemente las llevaban para defenderse de los tiburones o de otros monstruos submarinos que pudieran presentarse.

Eran armas eficaces y, con su ayuda, hicieron retroceder a Doc y a sus amigos.

El primero agarró una de aquellas armas y se apoderó de ella. Pero inmediatamente la soltó, porque los hombres de Seaworthy le impedían la salida y, para escapar, habría tenido que matar a

alguno.

Los cuatro prisioneros fueron acorralados y luego muy bien atados.

Era evidente que Seaworthy conocía muy bien aquel lugar, porque andaba con seguridad por aquellos laberintos. "Diamond" Eve Post iba a su lado.

El numerosos grupo, alumbrándose con bombillas eléctricas, avanzó por estrechos pasillos, descendió por unas rampas, subió escaleras y cambió muchas veces de dirección.

Monk, situándose al lado de Doc, pudo comunicarle.

—Ham y yo perseguimos a esa muchacha y ella nos llevó a Seaworthy.

La extraña procesión llegó por fin a una amplia estancia, atravesando una pared de piedra, que tal vez tenía seis metros de espesor.

Lo más asombroso de aquel lugar era el techo constituido por un solo bloque de piedra y lo más raro todavía, que aquella masa no parecía descansar sobre el borde de las paredes, como la tapa de una caja, sino que estaba cortada para encajar en las paredes.

Formando unas figuras geométricas había algo que, a primera vista, podía parecer sepulcros de piedra, pero eran más estrechos, menos profundos y más largos.

Eran de una especie de piedra negra, que aun conservaba su pulimento original. Las tapas encajaban con mayor exactitud y no había cierres visibles.

Y, en número, aquellas cajas excedían del centenar. En el suelo había una gruesa capa de arena. Veíase también un jarro roto.

Seaworthy se acercó a éste, lo empujó con el pie y, acurrucándose, buscó entre la arena.

Se levantó luego y extendió la mano hacia Doc Savage, mostrándole una esmeralda, no muy grande ni demasiada perfecta, aunque valía varios millares de dólares.

Luego escribió en su pizarra:

—El capitán Flamenco, en la primera visita que hizo aquí, obtuvo las suficientes esmeraldas para comprar su equipo y pagar a su gente. Tenía el propósito de buscar más entre la arena.

Doc Savage recordó la red que hubo encima del peso en que se hallaba Renny. Por consiguiente los raptores de éste habían sido el

capitán Flamenco y su gente.

Seaworthy escribió en la pizarra la palabra "Recuerdo" y entregó la esmeralda a Doc Savage, quien se sorprendió en extremo.

—¿Forma parte del tesoro que anda usted buscando? —preguntó por medio de la pizarra.

—Todas las joyas del mundo —contestó Seaworthy, después de sonreír y de negar con la cabeza—, no valen lo que andamos buscando.

Doc Savage se encogió de hombros, para dar a entender que no comprendía una palabra.

Seaworthy se acercó entonces a una de aquellas cajas de piedra, levantó la tapa y se pudo ver que aquélla estaba llena de placas metálicas dispuestas de canto. Seaworthy tomó una.

Era de metal de color negro y en extremo brillante y tenía la superficie cubierta de jeroglíficos muy claros y precisos.

Los ojos dorados de Doc Savage se habían fijado en aquella placa.

Mientras tanto, Seaworthy escribió en la pizarra:

—Es muy posible que esta sola valga millones de dólares.

Doc Savage seguía con la mirada fija en la placa y en sus jeroglíficos, que no eran precisamente egipcios o mayas, sino una combinación de ambos.

Doc Savage, que estaba algo familiarizado con ambas escrituras, traducía despacio los símbolos de la placa.

El contenido era muy interesante y, traducido, habría significado, más o menos:

LIBRERIA CENTRAL CIENTIFICA

PLACA 1001

TELEPATIA MENTAL

Recapitulación de infinitos experimentos realizados por el laboratorio Científico Central y que demuestran, de modo concluyente, que el impulso del pensamiento sobre la estructura nerviosa del cuerpo humano es un fenómeno semejante a la fuerza conocida con el nombre de electricidad, que estas corrientes del pensamiento son generadas por acciones atómicas producidas químicamente; que existe un campo magnético de pensamiento en torno de los nervios humanos y que la estructura celular del cerebro es igual que el campo magnético que existe en torno de los cables

que conducen corriente eléctrica. En éstas y en las siguientes placas, se describe, en beneficio de la posteridad, la construcción de aparatos convenientes para la recepción de tales vibraciones del pensamiento…

Seaworthy se apresuró a guardar la placa en su caja y, por medio de la pizarra, preguntó:

—¿Puede usted leer lo que dice? —Doc Savage afirmó.

—¿Qué le parece? —preguntó Seaworthy.

—Si es verdad, algo increíble —contestó Doc Savage.

—De eso no hay duda.

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó Doc Savage.

—En mi primera visita me llevé algunas placas —escribió—, y, una vez traducidas, averiguamos el medio de producir la sustancia que elimina la necesidad de respirar.

Monk, Ham y Renny habían leído estas preguntas y respuestas y estaban muy asombrados. Aquello les parecía absolutamente increíble.

Seaworthy parecía estar tan contento como un niño en una tienda de juguetes. Hizo una seña a sus hombres, que no se diseminaron.

Llevaban largas fajas de tela. Se las quitaron y luego, tomando placas de las cajas, las sujetaron a su cuerpo, por medio de las tiras de tela.

—¿Le convendría a usted —preguntó Seaworthy—, traducir las placas y construir los aparatos que aquí se describen mediante un tanto por ciento?

—Creo —contestó Doc Savage—, que esos tesoros científicos deberían ser explotados en beneficio de la humanidad.

—Desde luego —contestó Seaworthy—, pero no me vendrían mal algunos millones de dólares, y a la señorita Post también le convendrían.

Mientras hablaban así, hubo cierta conmoción en la puerta. Todos volvieron los ojos en aquella dirección y vieron entrar al capitán Flamenco y a sus hombres.

Uno de ellos llevaba un jarro cuya capacidad sería de cinco litros y, para evitar que se rompiese, estaban protegidos por una jaula de madera.

En ella estaba pintado el símbolo H2S04.

Doc Savage y Monk leyeron claramente el símbolo del ácido sulfúrico y comprendieron la intención de aquella gente.

Vaciarían los jarros y el ácido sulfúrico, aun diluido con el agua, sería capaz de dejarlos a todos ciegos.

CAPÍTULO XIX

EXPLOSIÓN

EL capitán Flamenco estaba en la puerta, arrogante y confiado; sacó del bolsillo un lápiz de color claro y escribió en la pared:

"Pónganse de cara al suelo y los ataremos. Este es el único medio que tienen de salvar la vida."

Doc Savage se volvió a Seaworthy que estaba aterrado.

Por medio de la pizarra le recomendó decir que aceptaba estas condiciones y que luego, tanto él como sus hombres, deberían apresurarse a dejar en el suelo sus calzados con suela de plomo. Seaworthy, de momento, no quiso atender a esa indicación, pero ruego se volvió al capitán Flamenco y le hizo una señal afirmativa.

Seaworthy, la joven y los hombres del primero, se dirigieron a la pared, seguidos por Doc y sus tres ayudantes.

Allí se descalzaron todos, ante el asombro del capitán Flamenco.

Este hizo señas a su gente para que se diseminara por allí, y el individuo que llevaba la jarra del ácido sulfúrico entró también.

Doc Savage hizo un ademán tan expresivo que todos los hombres de Seaworthy lo comprendieron.

Dejaron sus bombillas eléctricas en el suelo, de modo que la luz deslumbrase al grupo de Flamenco.

Doc hizo una nueva seña y todos, ya libres del peso de las suelas de plomo, ascendieron hacia el techo.

Mientras tanto, el hombre que llevaba la jarra de ácido sulfúrico la rompió y dejó que el líquido se mezclara con el agua.

El capitán Flamenco fue cogido por sorpresa. A causa del calzado que llevaban, él y sus hombres no podían subir con facilidad.

Doc Savage y todos los demás se habían escapado, pero, sin

embargo, no podían tener grandes esperanzas de salir de allí.

Continuaron nadando cerca del techo, en espera del ataque que, al fin, llegó.

Cruzáronse las lanzas y los cuchillos, porque los hombres de Seaworthy no habían soltado sus armas, y allí se desarrolló una lucha fantástica y propia de una película cinematográfica.

Poco a poco, los hombres de Doc Savage se aproximaron a la puerta y, uno tras otro, desfilaron por ella.

Doc Savage, que encontró a su lado a "Diamond" Eve Post, le mostró una luz brillante, que aparecía a cierta distancia.

Siguieron nadando ambos con la mayor cautela, porque Doc recelaba la posibilidad de que el capitán Flamenco hubiese dejado algún guardia.

Pero cuando estuvo más cerca, pudo ver claramente que allí estaba el diminuto Stanley Watchford Topping.

Este estaba acurrucado en aquel espacio iluminado y, al parecer, le dominaba de tal modo el miedo que, probablemente, ni el más diminuto pez hubiera pasado por allí sin ser advertido por él.

Estaba trabajando sobre una caja negra, de la que salía una palanca.

De la caja partían también unos alambres que, a poca distancia, se hundían en la arena. Era imposible saber adónde iban a parar.

Todos los hombres de Seaworthy habían logrado salir de la biblioteca y el capitán Flamenco y los suyos estaban aún allí. Monk, Renny, Ham y Seaworthy, provistos de lanzas, defendían la puerta, en tanto que procuraban cerrarla con el bloque de piedra. Al fin lo consiguieron, de modo que el capitán Flamenco y los suyos quedaron encerrados allí.

Inmediatamente los prisioneros empezaron a empujar para levantar el bloque.

Los cuatro defensores, deseosos de evitarlo, amontonaron varias piedras por el lado exterior, a fin de impedir la salida de los que estaban presos.

Doc había vuelto á aquel lugar y, dándose cuenta de lo que sucedía, aconsejó a Seaworthy volver a bordo del barco, tomar cuanto pudiera necesitar para vencer a sus enemigos y luego recoger el mayor número de placas metálicas que les fuera posible.

Seaworthy aceptó el consejo y cuando Doc le recomendó que

apagase la luz que llevaba, el primero se extrañó muchísimo.

—Ahí está Topping —dijo Doc—, y me parece que ha conectado un aparato explosivo.

EL rostro de Seaworthy expresó, exactamente, lo que pensaba de Topping.

Efectivamente, este trabajaba sobre el generador. Doc Savage guió a sus compañeros para pasar de manera que Topping no se diera cuenta de ello.

En rápida sucesión salieron del edificio redondo que contenía la biblioteca científica de la civilización prehistórica.

Luego Doc Savage se acercó a Monk y, valiéndose de los signos hechos con la mano, les dio instrucciones para que hiciesen subir a todos a bordo, valiéndose de la cadena del áncora, y que luego atasen a cada uno de aquellos para reducirlos a la impotencia.

No había ninguna duda de que Topping se disponía a hacer algo irreparable.

Él fue quien dejó insensible a Renny, después que éste le hubo sacado del pozo en que estaba prisionero y, sin duda, luego se dirigió al barco y tomó el explosivo.

Doc no sabía con precisión lo que aquel hombre quería hacer. Él, por su parte, estaba dispuesto a averiguarlo en el caso de que no le conviniese.

Se dirigió, pues, hacia el lugar en que se hallaba Topping, pero simultáneamente vió llegar al capitán Flamenco, seguido por algunos de sus hombres.

Sin duda, habían conseguido abrir la puerta de piedra de la biblioteca.

Topping vió también al capitán Flamenco y el resultado de ello fue sencillamente espantoso. Doc Savage se acercó, comprendiendo lo que iba a suceder, pero no tuvo tiempo de impedirlo.

Topping oprimió la palanca que generaba la corriente y en el acto se produjo una explosión horrorosa. Doc Savage se apresuró a llevarse las manos a los oídos. Y eso, probablemente, impidió que se quedara sordo para siempre.

Se originó una presión espantosa en el agua y ésta empujó a Doc Savage con una violencia extraordinaria. Tal vez el hombre de bronce llegó a perder el sentido. No estaba seguro de ello.

Sólo se dio cuenta de que sufrió un golpe al chocar contra la

roca y que luego se vió ya en el exterior, al mismo tiempo que percibía un rugido intenso y continuado, como el de un tremendo terremoto.

CAPÍTULO XX

FINAL

LAS paredes del titánico edificio circular que contenía los archivos asombrosos de aquella civilización perdida, se agrietaban en uno o dos sitios, cayeron algunos sillares y el lugar quedó envuelto en nubes de barro y arena.

Doc Savage se vió cogido por un remolino que lo acercó otra vez al edificio.

El techo de la biblioteca, aquel enorme bloque de piedra, habíase desplomado, sin duda, a causa de la explosión.

Innumerables toneladas de piedra pesaban sobre los secretos de la antigua civilización.

El hombre de bronce nadó hasta la superficie, y cuando se hubo asomado a ella miró a su alrededor. Nadie más apareció por allí y no pudo ver ningún cadáver. Entonces se dirigió hacia los buques.

Monk, que llevaba ya ropa seca, estaba asomado a la borda cuando Doc Savage se encaramaba por la cadena del áncora.

—No están poco enfadados —exclamó el químico.

—¿Los has atado a todos?

—A todos, y a la chica también. Hay que oírlos. ¿Qué sabes del capitán Flamenco?

—Ha muerto —contestó Doc Savage.

Ambos se dirigieron a popa.

Seaworthy, "Diamond" Eve Post y la tripulación del Mares Tropicales, se hallaban hacia el centro del buque. Todos estaban atados de manos y pies, y Ham los vigilaba, rifle en mano.

La muchacha miró ceñuda a Doc Savage y se limitó a preguntarle:

—¿Qué sabe usted del capitán Flamenco?

—Topping originó una explosión —contestó Doc,— y han muerto todos.

—Topping —dijo la muchacha—, era el jefe del capitán Flamenco. Sin duda éste se rebeló contra él, tal vez porque Topping pidiera demasiado.

—¿De modo que Topping era uno de ellos? —gruñó Monk—. No lo comprendo, porque en Nueva York, y cuando ocurrió aquello de las morayas, corrió el mismo peligro de ser muerto que cualquiera de nosotros.

—Te engañas —dijo Doc Savage—. Las morayas no podían morder a ninguno de nosotros a una altura mayor de las rodillas y Topping no corría ningún peligro.

—¿Por qué? —preguntó Monk.

—Porque llevaba piernas artificiales. Si te hubieras fijado en su modo de andar, no hay duda de que lo hubieses imaginado.

—Pero si sabías que era uno de ellos, ¿por qué no...?

—Porque era preciso resolver el misterio de Taz —contestó Doc Savage.

—¿Y qué ha sido ahora de la biblioteca de Taz? —murmuró Seaworthy, muy avergonzado de sí mismo.

—Pues que se ha perdido para siempre, porque se desplomó el bloque que formaba el techo y no hay a bordo de estos buques el equipo necesario para levantarlo.

Resultó acertada la opinión de Doc, porque aun cuando emplearon un mes en sus tentativas de penetrar otra vez en la biblioteca, y a pesar de que hicieron uso de toda su dinamita, no les fue posible conseguir ningún resultado.

Desde luego, hicieron un registro en otros edificios de la metrópoli e hicieron hallazgos altamente interesantes.

Una noche, a Monk se le ocurrió preguntar a "Diamond" Eve Post:

—¿Qué contendría la caja de latón que nos mostró Topping?

—Probablemente —contestó ella—, las cartas marítimas en las que estaba señalada la situación de Taz.

Emprendieron la navegación un mes después de la explosión. El Mares Tropicales fue dejado en el mismo lugar en que se hallaba hasta que pudiesen volver para recogerlo.

Doc Savage no salió de la aventura con las manos vacías, porque

aquella composición química que hacía innecesaria la función respiratoria sería algo de valor inestimable para la ciencia.

Por lo menos sería de un valor extraordinario para los enfermos del aparato respiratorio, aunque también podría tener otras aplicaciones.

Aquella aventura había terminado ya, pero ya vendrían otras. Doc Savage proseguiría su extraña carrera, enderezando entuertos, ayudando a los oprimidos y eso a costa de infinitas molestias y peligros para él y para los suyos. Monk y Ham disputaban como de costumbre, pero aquella vez era porque ambos deseaban monopolizar a la linda "Diamond" Eve Post.

Pero ésta acabó la discusión, exclamando:

—Váyanse cuanto antes, porque ya estoy cansada de ustedes. Y no me dirijan miradas lánguidas, porque podría no gustarle eso a mi marido.

—¿Su marido? —exclamó Monk.

—Sí, es Seaworthy —replicó ella—. Hace ya un año que nos casamos en secreto.

Monk dirigió una mirada a Ham, que parecía haber quedado muy desalentado.

—Eso demuestra que no conoces a las mujeres —dijo Monk.

—Por lo menos tanto como tú de los pantalones de los marineros —gruñó Ham.

—¿De qué hablan ustedes? —preguntó Seaworthy, acercándose.

—Monk asegura —exclamó Ham—, que son anchos por la parte inferior para que se los puedan poner y quitar rápidamente. Está loco.

—Y Ham sostiene que es a causa de la moda —gruñó Monk—. Es un tonto.

—Se equivocan los dos —contestó Seaworthy—. ¿Cómo podría arremangarse los pantalones un marinero si no fuesen anchos por abajo?

Esta respuesta, seguramente, no impediría que Ham y Monk siguieran discutiendo acerca del particular hasta que Doc los llamase para que le ayudasen en otra aventura que se presentaría antes de lo que se figuraban, porque el "Rey del Metal" corría suelto por Nueva York con una máquina que sumía en el terror y en la muerte a las inocentes muchedumbres.

Pero mientras el Caribbenda navegaba hacia el Norte, la brisa suave que soplaba sobre el buque no lo hacía presagiar.

FIN

Título original: *Mystery under the sea*